



32

LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACIÓN SEMANAL

SEGUNDA EPOCA

XXXII

1 JUL 1908





El coronel se acercó y, mirándola frente á frente...

EMILIO SALGARI

FLOR DE LAS PERLAS

(SEGUNDA PARTE DE "LOS HORRORES DE FILIPINAS,,")

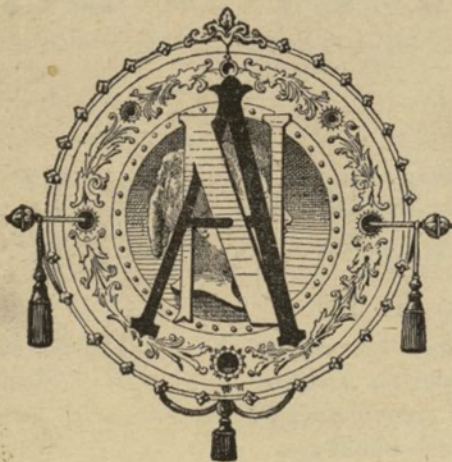
TRADUCCION ESPAÑOLA

DE

JOSÉ MENÉNDEZ NOVELLA

ILUSTRACIONES DE L. PALAO

32



1 JUL 1908

MADRID

LA NOVELA DE AHORA

ADMINISTRACIÓN: CASA EDITORIAL DE SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

CALLE DE VALENCIA, NÚMERO 28.

Es propiedad.

Ayuntamiento de Madrid

EMILIO SALGARI

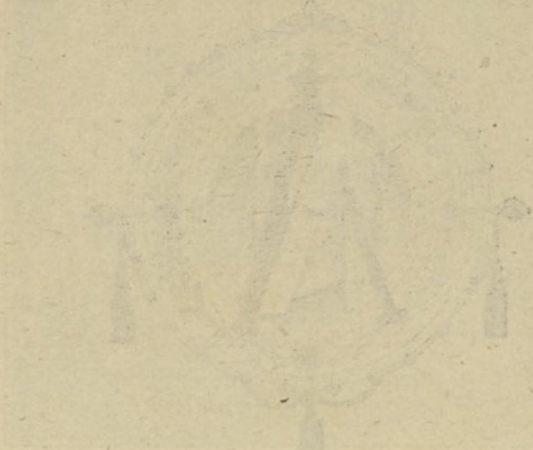
FLOR DE LAS PERLAS

(SEGUNDA PARTE DE LOS NOVELAS DE EMILIO SALGARI)

LA BIBLIOTECA DE EMILIO SALGARI

JOSE MATEO DE ROSA

ES PROPIEDAD



1 JUL 1908

MADRID

LA BIBLIOTECA DE EMILIO SALGARI

LA BIBLIOTECA DE EMILIO SALGARI

MADRID: 1908.—Imp. de T. Rey.—Alberto Aguilera, 8.

Ayuntamiento de Madrid



1 JUL 1908

FLOR DE LAS PERLAS

(SEGUNDA PARTE DE «LOS HORRORES DE FILIPINAS»)

CAPÍTULO PRIMERO

EL NAUFRAGIO DE LA CAÑONERA

—¿Es verdad, pues?
 —No se habla de otra cosa en Binondo.
 —¿Y las autoridades españolas?
 —Confirman la noticia.
 —¿Todos perdidos?
 —¡Quién sabe!
 —¿Pero Romero... el comandante... la *Perla*?...
 —Se ignora si perecieron ó se salvaron.
 —Habla bajo.
 —¿Está despierta la pobre Than-Kiú?...
 —Pocos minutos ha, no se había dormido todavía.
 —¿Qué dirá cuando sepa la terrible noticia?
 —No hace falta comunicársela, Pram-Li; podría morir; está aún débil por la pérdida de sangre.
 —¡Qué golpe!... ¡Hang-Tu y Romero á la vez!...
 —Más le valiera haber muerto con su hermano.

—¿Eh?... ¡Quién sabe! El amor más ardiente se trueca á veces en odio implacable... ¿Acaso el mar no la ha vengado de la felicidad de la mujer blanca?

—Than-Kiú no sabe odiar, y además... amaba demasiado á Romero, y creo que, mientras conserve un átomo de vida, acariciará el hermoso sueño de su alma juvenil.

—¿Habla siempre de Romero?

—Siempre, Pram-Li. Hasta de noche sueña con él, llamándole con voces tan lastimeras que me desgarra el alma.

—¿Y no lanza imprecaciones contra la joven blanca?

—Nunca una palabra de cólera ó desdén salió de labios de la pobre Than-Kiú contra la *Perla de Manila*. Cree en la fatalidad y culpa sólo al destino de la terrible catástrofe que la ha herido.

—Y el destino la vengó, Sheu-Kin; el mar se ha tragado, indudablemente, á Teresita y á su padre.

—Acaso sí; y quizá también á Romero.

—¿Ha venido el médico?

—Sí, Pram-Li.

—¿Y qué ha dicho?

—Que Than-Kiú está ya curada y puede abandonar el lecho del dolor. La herida está bien cicatrizada.

—¿Qué va á hacer?

—No lo sé.

—¿Regresará á su país natal, ó se arrojará en brazos de la insurrección?

—¿De la insurrección?... Creo que acabó ya todo, Pram-Li.

—Te engañas, Sheu-Kin. El general Polavieja se apresuró demasiado á embarcarse en *El Pío IX* para volver á España, y el general Primo de Rivera cometió gran imprudencia al repatriar á los artilleros y al licenciar á los voluntarios. Las sociedades secretas han vuelto á levantar cabeza, y ya surgieron algunas bandas de insurrectos en la provincia de Cavite y en la parte central de la isla.

—Esfuerzos generosos, pero estériles. Muerto Háng-Tu, ausente Romero, dispersos y deportados los principales cabecillas, ¿quién reasumirá el mando de esas bandas?

—Aguinaldo.

—¡Él!... Creo que Aguinaldo está disolviendo sus bandas... y además... no creo que Than-Kiú vuelva á echarse en brazos de la insurrección... á no ser para tratar de buscar la muerte. No; procuraré inducirle á que regrese á las riberas del río Amarillo, y tal vez el aire nacional y el afecto de sus compatriotas consigan curarle la terrible herida que le ha destrozado el corazón, si...

—Continúa—dijo Pram-Li, viendo que su interlocutor se detenía, titubeando.

—Si los españoles la dejaran libre—prosiguió Sheu-Kin.

—¿Qué pretenden?—exclamó Pram-Li, iluminadas sus pupilas por un relámpago.—¿No les basta haberle matado el hermano y haberla alojado una bala en el pecho? ¿Querrán volver á fusilarla, acaso?

—¡Calla! Ella ignora que los españoles la vigilan.

—Veleamos también nosotros y...

Pram-Li se interrumpió bruscamente. En la estancia contigua, una voz que tenía algo de estridente había pronunciado dos nombres:

—¡Háng!... ¡Romero!...

Pram-Li y Sheu-Kin se habían puesto en pie, cambiando una mirada angustiosa. Eran aún jóvenes, en especial el segundo, que podía contar veinte años. El primero tenía veinticinco ó veintiséis, y á primera vista reconocíase en él un miembro de la brava raza malaya. Ancho de hombros, de amplio pecho, brazos bastante largos y musculosos, estatura algo inferior á la media, y, aunque de aspecto macizo, debía poseer la extraordinaria agilidad de que están dotados sus compatriotas y que les ha dado fama de ser los marineros más diestros del mundo. Su piel era vasta con tintes rojo-pálidos; sus cabellos negrísimos y crespos; ojos pequeños, pero vivos y ardientes; la nariz algo aplastada, los labios carnosos. Vestía únicamente una camiseta de algodón, color rojizo, y pantalones blancos, llevando á la cintura el inseparable *kriss*, puñal de hoja serpentina que no abandonan los malayos ni para dormir.

El otro era un chino delgado, nervioso, cutis amarillo, ojos oblicuos, cráneo afeitado en parte y con larga coleta que rodeaba á la cabeza. Aunque fuera del Celeste Imperio, no había renunciado á sus costumbres nacionales y vestía la amplia túnica floreada de azul, con las mangas llamadas *pu-saice* y los anchos calzones que forman en el centro como doble pliegue. Calzaba esa especie de zuecos de recia suela, de fieltro y con punta larga y retorcida hacia arriba.

Ambos, tras haberse contemplado buen rato, arrimáronse á una puerta y escucharon con profundo recogimiento; no oyeron otro nombre, pero sí pudieron recoger un suspiro.

—¡Pobre *Flor de las Perlas*!—murmuró Sheu-Kin entristecido.—Sueña con ellos.

—Y jamás los olvidará—dijo el malayo.—¿Te ha hablado alguna vez de aquella terrible noche?

—Nunca, Pram-Li; ignora aún lo sucedido después que Háng-Tu cayó al suelo acribillado por las balas de los españoles; pero, en su delirio, la oí con frecuencia repetir la altiva frase dicha por su hermano á los soldados que iban á fusilarle: «Soy Háng-Tu, el jefe de las sociedades secretas. Apuntad al corazón... ¡Viva la libertad!»... Cada vez que la oigo repetir estas palabras, siento que se me enciende la sangre en las venas, y creo hallarme ante el hombre formidable que la lanzó al piquete, mientras estrechaba contra su pecho á la gentil *Flor de las Perlas*... ¡Oh! ¡Qué terrible escena! No quisiera recordarla y menos si...

Un grito estridente, lúgubre, salido de la estancia contigua á la puerta de la cual los dos jóvenes escucharon poco antes, interrumpió á Sheu-Kin; ambos se levantaron precipitadamente y, abierta la entrada, dejóse ver el santuario de una joven del Celeste Imperio.

Todo era diminuto y gracioso allí. Las paredes, tapizadas de papel de Thung con flores; dragones vomitando llamas, y una luna sonriente y brillante en fondo rojo oscuro; el pavimento, á cuadros, era terso como el cristal; las cortinas, de seda azul con dibujos extraños, atenuaban el reflejo del ardiente sol, casi ecuatorial, y daban á la cámara un aspecto coquetuelo, seductor.

Como en todas las casas chinas, los muebles eran ligeros, de laca, con incrustaciones de cuarzo, abundando las graciosas chucherías que tanto estiman las damas chinas: minúsculos jarroncitos de porcelana, color de cielo tras la lluvia; bolitas de marfil, perforadas; imágenes de deidades; abanicos de papel de seda, cubiertos de máximas religiosas, etcétera. En un lado, cuatro espléndidos jarrones chinoscos, de porcelana amarilla de reflejos dorados, sostenían ramos de lilas que perfumaban delicadamente el camarín.

Sobre una camita cubierta de seda azul, una jovencita de carnación blanca como el lirio, alabastrina, de ojos negros sombreados por sedosas y largas pestañas, envuelta en amplia bata de percal rosa, estaba sentada, sujetándose con ambas manos los cabellos negrísimos y abundantes que le caían por la espalda como manto de terciopelo. Sus facciones, alteradas, expresaban indecible espanto; sus extraviadas miradas hallábanse fijas en el techo; tenía dilatadísimas las pupilas.

Chino y malayo precipitáronse hacia la dama, exclamando:

—¡Ama!...

—¡Than-Kiú!...

La jovencita pareció no oírles ni verles, pues no cambió de actitud; parecía contemplar una terrible escena muy lejos, muy lejos. Sheu-Kin la sacudió dulcemente y dijo:

—¿Qué ocurre, Than-Kiú?... ¿Qué miras con tal fijeza?... ¿Qué temes?... ¿No estamos aquí contigo, niña?... ¿Qué imaginación pavorosa turba tu cabecita?

La joven inclinóse hacia adelante y, cogiendo al chino por el brazo, murmuró con voz trémula:

—¡Oh!... ¡Qué horrible ensueño!...

Parecía haber vuelto en sí; pero fué un relámpago; volvió á fijar sus miradas en el techo, y su rostro recobró la pavorosa expresión de antes. ¿Soñaba todavía ó deliraba?...

—Escucha — exclamó, inclinándose más aún como para escuchar lejano rumor. — ¡Oye cómo ruge el mar en derredor de la cañonera... mírala!... Álzase sobre la cresta espumosa y se precipita en el abismo que se abre para tragársela... La veo...



...oye cómo ruge el mar en derredor de la cañonera ...

la veo... le veo á él sobre la proa, entre las olas que la asaltan... veo también á la mujer blanca... allá, en el puente... del brazo de su padre... Mira cómo la cañonera atraviesa el bátraco... el cielo está negro como la noche... el trueno ruge... el viento silba y alborota el Océano... ¿Dónde van?... No; ya no brilla la estrella de la doncella blanca, ni tampoco la de la joven del país del Sol. ¿Dónde van?... ¡Míralos! Las olas los llevan de un lado para otro, los levantan, los recogen... ¡Huid!... Se los tragó el mar... ya no veo nada... ¡Y Hang-Tu ha muerto y no puede salvarlos!...

Lanzó un grito terrible, angustioso y se dejó caer en el lecho, tapándose el rostro con las manos como si le aterrorizase la visión. Las lágrimas se deslizaban por entre sus dedos, y alzaban su pecho los sollozos.

El chino y el malayo mirábanse con angustia, sin saber qué hacer.

—Hay que llamar al médico—dijo el primero;—Than-Kiú me da miedo.

—Es un acceso de delirio.

Al oír estas palabras, la joven se irguió; pasóse una mano por la frente, echando atrás sus largos cabellos y, mirando tristemente al malayo, murmuró con voz abatida:

—¿Delirio?... No; es un horrible sueño, amigos míos... Le he visto en medio de las olas, en el puente de la cañonera que lo llevaba á Ternate. Miraba sereno al mar alborotado... como si desafiase sus iras... y vi también á la doncella blanca... á Teresita... la que me lo ha robado. Corría... corría la cañonera entre lampos y fulgores arrojando bocanadas de humo... huía hacia la tierra que se perdía en el horizonte. Luego desapareció... Temo ¡ay! por el que irradiaba en torno suyo la desdicha... ¡Ah!... Me lo dijo un día... en el campo de Salitrán, y la pobre Than-Kiú no ha olvidado sus funestas palabras... ¡Cuántas desventuras!... No se engañó Romero, no; tenía que ser fatal para Hang-Tu... y para mí...

La joven china se interrumpió; un sollozo había ahogado su voz, y sus bellos ojos se arrasaron en lágrimas.

—Cállate, amita—dijo Sheu-Kin;—¿á qué evocar esos recuerdos que te destrozan el corazón?...

Than-Kiú no respondió; pero continuó á poco, con acento de terror:

—¡Oh!... ¡Qué sueño más horrible!...

—No debes creer en sueños, Than-Kiú; sólo son visiones forjadas por la fantasía.

—¡Oh! Than-Kiú creía también en los astros y no se engañó. Todas las noches surgía la estrella de la doncella blanca, cada vez más brillante, mientras que la mía palidecía cada noche, y la vi en aquella tan fatal irradiar con luz intensísima, en tanto que la de *Flor de las Perlas* se hundía en el mar. ¿Era un presagio erróneo, Than-Kiú? Aquella noche debía perder á los dos: á él y á Hang-Tu... ¡Cuánta desolación en torno mío!... Ya no veré más ni á uno ni á otro... Más valiera que las balas españolas hubiesen acabado con *Flor de*

las Perlas... Habría expirado sobre el pecho de mi hermano, mi sangre se hubiera mezclado con la de los héroes libertadores, y mi alma vagaría por las riberas de mi río Amarillo...

—Calla, Than-Kiú—exclamó sollozando el chino.—Aleja de ti esos lúgubres recuerdos.

La china enmudeció, pareciendo seguir con la mirada algo como una visión fugitiva y escuchar con gran atención. Permaneció algunos instantes inmóvil y exclamó con voz alterada:

—¿Es el mar el que ruge?

—No—repuso Pram-Li;—el golfo está tranquilo y terso como un espejo.

—Parecíame oír las olas romperse en la escolera. ¿No me engañas?

—No, Than-Kiú; mira.

Y el malayo apartó la cortina de seda azul que cubría la ventana, y un rayo de luz casi sangriento penetró en la estancia, con una ráfaga de aire impregnada de sal húmeda. La joven se alzó lentamente, pero después se dejó caer de nuevo en el lecho. Pram-Li y Sheu-Kin lanzáronse en su socorro; pero ella les detuvo con un gesto, diciendo:

—Than-Kiú, que ha combatido en el campo insurrecto al lado del valiente Hang-Tu, no es una chiquilla.

Se enderezó con fiereza y, apelando á todas sus fuerzas, atravesó la estancia con paso firme y se asomó á la ventana. Luego se sentó en una silla ligera y graciosa de bambú, pasándose la mano por el pálido rostro. Contempló en silencio la amplia bahía de Manila, llena de embarcaciones y barquichuelos, y aspiró la brisa vivificante del anochecer, en tanto que Pram-Li y Sheu-Kin, á su lado, cambiaban entre sí melancólica mirada.

CAPÍTULO II

EL JEFE DEL «LIRIO DE AGUA»

Era un espléndido crepúsculo lleno de melancólica poesía.

El Sol se escondía en el mar entre dos nubes enormes y flamígeras, en la punta extrema de la isla del Corregidor, tiñendo las aguas de oro y grana, mientras las de la inmensa bahía de Manila se oscurecían, tornándose poco á poco parduscas, aceradas.

Manila, la opulenta capital del archipiélago, alzándose gigantesca sobre el río Passig, se esfumaba

en la sombra, mientras la selva de campanarios de sus numerosas iglesias y monasterios recibía aún los últimos besos del astro diurno, aguardando los de la Luna que aparecía por detrás de la sierra de Mariveles.

Los barcos desfilaban silenciosos á lo largo del muelle ante el populoso barrio de Binondo, con sus blancas velas desplegadas á la fresca brisa de la tarde, mientras á un lado se agrupaban los rápidos *paraos* malayos y los *paolevekau* celibeos para comenzar la pesca nocturna, y navegaba alguna cañonera vomitando negra columna de humo que se elevaba en la altura, destacándose vivamente en el luminoso horizonte.

Las voces ensordecedoras de los habitantes de Binondo se extinguían rápidamente. El muelle, casi lleno de españoles durante el día, así como de tagalos, malayos, chinos y japoneses, se despoblaba, desfilando la multitud hacia los barrios interiores ó hacia Manila.

No se oía más que la monótona canción de algún barquero indígena y alguna campanada argentina que el viento llevaba desde la capital.

Than-Kiú, con la cabeza apoyada aún en la mano, contemplaba en silencio la puesta del Sol. Parecía que su mirada buscaba algo, más lejos, donde el mar se confundía con el horizonte; alguna huella borrada ya por las olas. De vez en cuando desviaba los ojos de aquel punto y los fijaba lentamente en la extremidad de Binondo por el puente de Passig, y un estremecimiento agitaba su cuerpo, asomando á sus ojos dos lágrimas que poco á poco convertíanse en sendas gotas que se deslizaban por sus pálidas mejillas. ¿Se había detenido su mirada en el sitio en que la noche fatal dió el último adiós á Romero, que le robaba la doncella blanca, ó trataba de descubrir en las piedras las manchas de la sangre derramada por su hermano, el heroico jefe de la insurrección?

Pram-Li y Sheu-Kin callaban, sin dejar de mirarla. Acaso adivinaban los tristes pensamientos que atormentaban el cerebro y el corazón de la bella joven.

Mientras tanto, el Sol se había ocultado por completo, y, tras breve crepúsculo, las tinieblas comenzaron á descender sobre la bahía como nubes de negros cuervos. La Luna alzábase ya sobre las crestas de la sierra, y, seguida y precedida de miríadas de estrellas, teñía de plata las aguas. Habían cesado todos los rumores en el muelle, y ni las

campanas de la ciudad dejaban oír sus toques; sólo la brisa nocturna silbaba á intervalos, penetrando por entre las cortinas de seda de la estancia. Sheu-Kin inclinóse hacia la doncella, diciéndole:

—Recóbrate, Than-Kiú.

Ella no respondió. No miraba ya ni el mar, ni el muelle, ni el puente del Passig, ni la ciudad; contemplaba el horizonte, cual si esperase la aparición de algún nuevo astro ó de algún farol que indicase la llegada de alguna embarcación.

—Ven, amita—repitió Sheu-Kin.

—Déjame admirar esta espléndida noche—repuso ella con voz trémula.—Me recuerda una de las más bellas, una de las más felices de mi vida; pero no aquí: él no había partido, ni Hang muerto. La recuerdo como si hubiera sido ayer. La Luna brillaba iluminando las copas de los árboles; á lo lejos veíanse las luces de los campamentos españoles, y como cinta de plata el Zapote... Romero me hablaba... la estrella de la doncella blanca no había aparecido, ni declinaba aún la mía... Y todo acabó con una catástrofe. ¡Es horrible!

Inclinó la cabeza sobre el pecho y escondió el rostro con la amplia manga de seda, como si intentara substraerse á la visión que le perseguía. Súbitamente irguió la frente, miró con fijeza apretándole una mano al chino, y exclamó:

—Murió; ¿verdad?

—¿Quién?—preguntó estupefacto Sheu-Kin.

—Mi hermano.

—Sí, Than-Kiú; había recibido tres balazos en el pecho.

—Habla; quiero saberlo todo.

—Se abrirá de nuevo la herida que por tanto tiempo sangró.

—Than-Kiú está ya restablecida—dijo la joven con melancólica sonrisa.—Quiero saber todo lo acaecido desde aquella noche fatal que me destrozó el alma. ¿Cuántos días han transcurrido desde aquella mañana en que asesinaron á Hong? No recuerdo nada... nada... Tú asististe á la tremenda escena; ¿verdad, Sheu-Kin?...

—Sí, Than-Kiú. Hacía pocos días que llegué á Cavite, donde hallé refugio después de la rota de Salitrán, que me separó de ti, de Romero y de Hang. En medio del tumulto pude huir con Hong, el jefe del *Lirio de Agua*, á quien conoces bien; atravesamos las líneas españolas y á marchas forzadas llegamos á Manila para comunicar el desastre al Comité de la sociedad secreta. Una vez aquí,

en Binondo, supimos también la caída de Malabón y la destrucción de la partida capitaneada por tu hermano y Romero Ruiz, pero sin poder averiguar lo que había sido de ellos y de ti. Os buscamos por todas partes, creyendo que habríais logrado esconderos, pero en vano; ni en la sociedad del *Loto Blanco* supieron decirnos nada. Una noche averiguamos que á la mañana siguiente iban á ser fusilados los jefes insurrectos cogidos en Cavite y Novaleta, y, por no sé qué inspiración, Hong y yo nos trasladamos á Tondo para asistir á la ejecución. Asaltónos el temor de que tú estuvieras entre ellos, y escogimos entre los miembros del *Lirio de Agua* una partida de hombres resueltos y consagrados á Hong en cuerpo y alma para intentar por todos los medios posibles salvarte de la muerte. Nos tranquilizábamos ya al no verte, pero nuestra esperanza duró poco. Ya iban á fusilar los soldados al último de los sentenciados, cuando oímos una voz tonante que reconocimos con espanto. Hang, tu heroico hermano, soltóse de entre los prisioneros y, atravesando el cuadro, fué á colocarse ante las víctimas, dando el pecho á las balas. Era hermoso, soberbio, terrible como el dios de la guerra, y te abrazaba con su robusto brazo. Sus ojos lanzaban llamas, y su rostro estaba radiante, transfigurado. Pronunció esas altivas y arrogantes palabras que tantas veces repites tú, y sonó la descarga. Un instante de retardo y estaría vivo aún, pero no lo quiso el destino. El héroe amarillo cayó junto á los jefes insurrectos, destrozado el pecho por tres balas, arrastrándose en su caída. Entonces, una nube de sangre cubrió mis ojos, y á través de ella vi que erguías un instante la cabeza y la dejabas caer sobre el pecho ensangrentado de tu hermano... Lo que acaeció después, aun hoy no lo sé con exactitud. Me han contado que Hong y yo nos precipitamos como locos sobre ti y te sacamos de entre los cadáveres que te habían inundado de sangre, mientras los amigos del jefe del *Lirio de Agua* luchaban con el piquete de soldados. Hong te llevó á su casa, no atreviéndose á atravesar contigo el arrabal de Binondo. Examinamos tu herida; una bala te había atravesado el pecho, poco más arriba del corazón, ocasionándote grave pérdida de sangre, pero sin interesar ningún órgano vital. Sin embargo, la herida era peligrosa y podía acabar con *Flor de las Perlas*... Durante diez días luchaste entre la vida y la muerte, siempre presa de espantoso delirio; luego comenzaste á mejorar, merced á la asis-

tencia asidua de un médico, compatriota nuestro, y en la noche del décimocuarto, aprovechando su obscuridad, en un palanquín, y ayudados por Pram-Li, te trasladamos á tu casita, por haber observado que algunos españoles rondaban en torno de la de nuestro amigo Hong. Hace veintidós días que descansas en tu lecho, y nos felicitamos de verte completamente curada.

La joven, que escuchara hasta entonces en silencio, llorando, alargó su diestra mano á Seu-Kin y la siniestra á Pram-Li, estrechó cariñosamente la de ambos y murmuró:

—Gracias, amigos.

Y sofocando un gemido, añadió:

—¿Y el cuerpo de Hang?

—Reposa en la tierra natal, en las riberas del río Amarillo. El Comité de sociedades secretas tuvo la idea de repatriarlo.

—¿Le han sepultado, pues, en el jardín en que duermen mis padres?

—Sí, Than-Kiú.

—¿Á la sombra de la glorieta cubierta de trepadoras y lilas?

—Sí, amita.

—¡Pobre hermano mío!... Pero pronto volverá á verte Than-Kiú, que regresará en breve á la patria, abandonando sin pesar á Manila. ¡Triste destino el de *Flor de las Perlas*!... Todo ha muerto ya en torno mío: muerta la esperanza, desvanecidos los dulces sueños, perdidas las ilusiones, atormentada hasta el alma... el viento helado de la Mongolia ha tronchado al pobre lirio que crecía en tierra extranjera, y ya no florecerá más.

Un sollozo la interrumpió. Los dos jóvenes trataron de consolarla.

—Basta, amita; te estás matando.

—Dejadme llorar, amigos; ¿por qué contener el llanto cuando el corazón herido pide lágrimas que calmen los dolores?

—Puedes hacer que se te abra la herida, Than-Kiú.

—Ya estoy curada, amigos. Sólo sangra el corazón, y lo hará por mucho tiempo.

—Es ya tarde; duerme, descansa.

—No, no—exclamó con acento extraño.—Todavía no; necesito verla.

—¿Á quién?—preguntaron estupefactos chino y malayo.

—La estrella de la doncella blanca.

—¡Locura, Than-Kiú!

—Así lo decía también Romero cuantas veces le hablé de esto—suspiró ella,—pero ya se había convencido de que yo tenía razón. La estrella de la doncella blanca aparecía cada noche más radiante, en tanto que la mía palidecía... Era que se avecinaba la catástrofe... ¡Ah!

La joven se levantó bruscamente, se encorvó sobre el alféizar de la ventana, y con el brazo extendido señaló una estrella que aparecía en el horizonte surgiendo del mar.

—¡Mírala, Sheu-Kin!...—exclamó, retrocediendo un paso y con gesto de terror.—¡Mírala, qué pálida!... No brilla como antes... ¡Gran Budda!... ¿Qué va á suceder á la doncella blanca y á Romero? ¿Será verdad mi sueño?... Sheu-Kin, Pram-Li, ¡tengo miedo!...

Desplomóse en la silla, cubriéndose los ojos con las manos. Los dos hombres cambiaron rápida mirada, diciéndose con ella: Ha adivinado el desastre de la cañonera.

Tres golpes dados á la puerta de la estancia vecina sacaron de su abstracción á Than-Kiú, que exclamó dolorosamente:

—Alguien viene á confirmar mi sueño; me parece leer en lo porvenir.

Pram-Li se aseguró de que conservaba su puñal en el cinto y se dirigió á abrir, en tanto que el chino, temiendo una visita policíaca, cubría con la cortina azul la ventana y ocultaba con su cuerpo á la doncella. Casi en seguida entró el malayo, seguido de un hombre de aspecto bravo que, á primera vista, hubiera podido tomarse por un europeo de las regiones meridionales, si sus ojos cruzados no hubiesen revelado origen tártaro-mongólico. No tenía treinta años, y, aunque chino, era lo que se llama un buen mozo; de estatura alta y elegante, con robustas espaldas y recia musculatura que denotaba extraordinaria fuerza; su piel, si no precisamente blanca, tenía el matiz moreno de la de los españoles é italianos del Mediodía; sus ojos eran negrísimos, vivos, penetrantes; el bigote negro, no caído; y en vez del cráneo afeitado y la coleta impuestos por los vencedores á la raza mongola, usaba cabellos largos que le llegaban á los hombros. También su traje era europeo: calzones blancos, estrechos á lo militar, casaca de seda de Nankin con flores amarillas, sujeta á la cintura por una faja de seda rosa que dejaba ver las culatas de dos revólveres, y amplio sombrero de fieltro de rotang.

Aquel hombre era Hong, uno de los más valerosos jefes del *Lirio de Agua*; el que había salvado y llevado á su casa para curarla á Than-Kiú. Capitán de caballería tártara, había tomado activa parte en la guerra contra los japoneses, y en su calidad de manchur se había batido valerosamente; pero prisionero en Puerto-Arturo, á consecuencia de una salida hecha por la guarnición, fué transportado á Nagasaki, de donde astuta y audazmente se escapó escondido á bordo de un *junco*, llegando tras quince días de navegación á Manila, donde conoció á Hang-Tu y á su bella hermana Than-Kiú. Elegido como uno de los jefes principales del *Lirio de Agua*, batióse heroicamente en Noveleta, Rosario y Cavite, regresando á la capital del archipiélago á buen tiempo para salvar á la joven arrebatándola de manos de los españoles.

Al verle, ella describió la cortina y se incorporó para salirle al encuentro; pero él se apresuró á llegar á su lado, haciéndole seña para que permaneciera sentada, y, estrechando la mano que la jovencita le ofrecía, exclamó:

—Me alegro infinito, Than-Kiú, de verte ya restablecida.

—Gracias por tus palabras y por cuanto has hecho por mí, Hong. Eres amigo fiel y abnegado, de los que nunca pueden olvidarse.

El chino sonrió, en tanto que un profundo suspiro hinchaba su pecho y en sus ojos brillaba un relámpago de júbilo.

—Sí; amigo fiel, fiel hasta la muerte, y que jamás hallará imposibles cuando se trate de auxiliarte, pobre niña.

—Te esperaba, pero no tan tarde.

—Nunca sobran las precauciones; todos los jefes de las sociedades secretas estamos vigilados.

Y, tras una pausa durante la cual miró fijamente á la joven, añadió:

—He venido aquí obedeciendo órdenes de la Sociedad.

—¿Qué desean de mí los jefes del *Lirio de Agua*?

—El fuerte brazo de la valerosa Than-Kiú, de la hermana del heroico jefe de los amarillos.

—¡Mi brazo es tan débil ya!—dijo ella con melancólica sonrisa.—Además, todo acabó para mí.

—¿Qué quieres decir?... Aquella Than-Kiú que guiaba la insurrección al par de Hang; que combatía como una leona en Salitrán, San Nicolás y Malabón; que desafiaba intrépida la muerte á la

cabeza de las partidas, animando á todos con su ejemplo y convirtiendo á los cobardes en temerarios, ¿puede creer terminada su misión?

—Sí, Hong; todo acabó para mí.

—¿No sabes que la insurrección que los españoles creyeron ahogada, ha levantado su cabeza de nuevo?... Las partidas reaparecen en la parte central de la isla, se reorganizan en todas partes, y ya han obtenido algunos triunfos alentadores.

—Than-Kiú ha muerto para la insurrección.

—No digas eso; bastaría que las sociedades secretas hicieran circular la voz de que la hermana del valiente Hang-Tu vuelve á empuñar las armas, para que se sublevaran todos nuestros compatriotas que anhelan vengar á las víctimas.

—No odio ya á los españoles—repuso la joven moviendo la cabeza.

—¡Ven á luchar por la libertad de la patria!

—Mi patria no es ésta; es aquella donde reposan los restos de Hang-Tu.

—Hang-Tu luchó por la libertad de estas islas, y tú misma hiciste armas contra los opresores blancos.

—Seguía á mi hermano, y...

—¿Y á Romero, no es verdad?...—exclamó él con amargura.

La joven bajó la mirada sin responder.

—Aquel Romero que aun traidor amas—dijo el chino con sordo rencor.

—Quizá.

—Pues el destino te ha vengado de él y de la mujer blanca—repitió impetuosamente Hong.

Than-Kiú se levantó, pálida como la muerte, mirando con ojos extraviados al chino; Sheu-Kin y Pram-Li hicieron rápida seña al jefe del *Lirio de Agua* para impedirle que continuase; pero era ya demasiado tarde.

—¿Qué dice?—preguntó ella con voz trémula.—¿De qué venganza hablas?

Hong comprendió que la joven no sabía nada y enmudeció, mirando á sus compatriotas y al malayo. Ella prosiguió:

—¡Habla, por favor; te lo suplico!

—Es que... creí que lo sabías...

—¿Qué?... ¡Dímelo todo, por Budda!—exclamó agitada la doncella.

—No me atrevo...

—¿Ninguno me sacará de esta horrible angustia? Quiero saberlo todo, ¿comprendéis?... ¡Todo! Than-Kiú no es una niña... es la mujer que ha

combatido entre las filas de la insurrección al lado de Hang-Tu.

Demostraba en aquel momento tal energía, que se la hubiera creído capaz de afrontar la más tremenda noticia. Volvía á ser la valerosa joven que había desafiado la muerte con la sonrisa en los labios tantas veces; era la intrépida y temeraria guía del mestizo Romero, tan admirada por todos en Zapote, Salitrán, San Nicolás y Malabón. Sheu-Kin, tras un momento de vacilación, dijo:

—Puesto que lo quieres, amita, hablaré.

—Habla.

—Voy á desgarrarte el corazón.

—Soy fuerte.

—Se trata del hombre que tanto has amado.

—Di, pronto.

—Pues bien; la cañonera que lo conducía á Ternate, con la doncella blanca y el comandante de Alcázar, encalló en la costa de Mindanao, y se dice que fué asaltada por los piratas.

Than-Kiú no dejó escapar ni un grito ni un gemido; cerró los ojos, palideció horriblemente y se desplomó en la silla como si las fuerzas le hubieran abandonado de repente.

El sueño había tenido confirmación real.

CAPÍTULO III

LA FUGA

Los tres hombres se precipitaron hacia Than-Kiú creyendo que la tremenda noticia la había fulminado como un rayo; pero, antes de que la tocasen, ella, con un esfuerzo supremo de que sólo una naturaleza como la suya podía ser capaz, se incorporó, murmurando con voz débil:

—No es nada... Than-Kiú es fuerte.

Luego, mirando á Sheu-Kin, añadió:

—¡Habla, habla; cuéntamelo todo!... ¡Ah!... Había soñado la catástrofe... ¡Ha muerto!

—No, Than-Kiú.

—Pretendes engañarme... ¿Por qué no decirme toda la verdad?... No le he visto más en sueños, después que las olas cubrieron la cañonera... ¡Desdicha, desdicha!... Lo sabía él... sabía que había de ser fatal para todos...

—Tranquilízate... acaso no haya muerto...

—¿Acaso... no?... ¿Es una esperanza que tratas de infiltrar en mi corazón?

—Sheu-Kin ha dicho la verdad—dijeron los otros, hasta entonces silenciosos.

—Bueno; contadme todo lo que sepáis.

—Lo único que se sabe es que la cañonera embarrancó en la arena, en la parte oriental de la gran isla de Mindanao, cerca de un río, á lo que parece. Una nave procedente de Joló, que llegó á Manila hace tres días, dió la noticia de haber hallado á unas veinte millas de la costa, casi frente á la punta Tapián, á 7°05' de latitud Norte y á 130°02' de longitud Oeste, un pedazo de casco en que se leían estas dos palabras: *Concha-Manila*. ¿No se llamaba así la cañonera en que se embarcó, ó, mejor, en que fué embarcado Romero?

—Sí—repuso Than-Kiú con voz ahogada.

—Añadiré, que el gobernador de Manila ha hecho telegrafiar á Dapitao para procurarse mayores pormenores, y ha sabido que, después de embarrancar, fué asaltada la cañonera por los piratas.

—¡Y los asesinaron á todos!...

—No se sabe, Than-Kiú, pero presumo que no se habrán atrevido; pues, aunque los indígenas aquéllos son crueles y tienen fama de sanguinarios, sienten cierto respeto y les infunden cierto miedo los hombres blancos.

—¡Ah!... ¡Si fuese así!...

—¿Qué harías?—preguntó Hong palideciendo.

—Correría á salvarlos.

—¿A quiénes? ¿Á Romero y á la doncella blanca?

—Sí—repuso resueltamente la joven.

—Eso, más que generosidad, es locura.

—Than-Kiú no olvida que debe la vida también á Romero—dijo ella con noble arrogancia.—Romero era amigo de mi hermano, y no dejaré sin socorro á un hombre á quien mi hermano amaba entrañablemente.

—Sí; un hombre que ha desertado de las filas insurrectas por la doncella blanca.

—No, Hong... Un hombre que ha combatido hasta el último trance por la libertad de la isla, y que, por salvar mi vida, fué á ponerse en las manos de sus enemigos, sacrificando su existencia. No; tú no sabes cuán generoso es Romero Ruiz y cuánto hubiera amado á la hija del país del Sol si no hubiera dado su palabra á la *Perla de Manila*. Me salvó, y yo trataré de salvarlo, aunque deba sucumbir en la empresa.

—¿Y salvarás también á la doncella blanca, tu rival?

—Pues bien, sí... ¿Acaso Romero, por substraerme del poder del coronel español que me capturó en Malabón, no sacrificaba, además de la vida, su amor por la *Perla de Manila*?... Iba á buscar la muerte amando y sabiendo que era amado de la hija del comandante de Alcázar.

—Pero ¿qué pretendes?

—Ir á buscarlo.

—¿A Mindanao?

—Sí, Hong.

—¡Tú!... ¡Una chiquilla!

—Esta chiquilla se llama Than-Kiú, y ya has visto cómo combatía en las filas insurrectas.

—Cierto; eres más arrojada que un hombre; por eso me duele que tanta audacia y tanto valor sean perdidos para la insurrección, y me asombra que vayas á correr peligros mil á esa isla salvaje para tratar de salvar á Romero y á la mujer á quien Romero ama.

—Te he dicho que tengo una deuda sagrada que pagar.

—¿No será la esperanza de robar á la doncella blanca su Romero?

—No—repuso la joven cerrando los ojos y moviendo majestuosamente la cabeza.

—Me lo sospecho, Than-Kiú.

—No—repitió la jovencita.—Romero está ya perdido para mí.

—¿Me lo juras?—exclamó Hong, brillando en sus ojos un relámpago de esperanza.

—¿Para qué arrancarme ese juramento?—murmuró ella con un sollozo.

—Porque el amor de ese hombre acabará con la más hermosa mujer del río Amarillo.

—Cuando eso suceda, se habrá cicatrizado la herida que sangra todavía.

—Gracias, Than-Kiú.

—¿Por qué me das las gracias?

—Lo sabrás algún día... ¿Estás decidida á partir?

—Sí.

—Piensa que un día verás á la *Perla de Manila* feliz al lado del hombre á quien amas.

—Seré fuerte; estaré preparada para la prueba.

—¿Cuándo partirás?

—En cuanto Sheu-Kin y Pram-Li hallen una nave pronta á salir para Mindanao.

—¿Y crees que los españoles te dejarán salir tranquilamente de Manila?

—¡Los españoles!—exclamó tornándose pálida.

—No olvides que la hermana de Hang es uno de los rebeldes más peligrosos y que la consideran de más valía que á cualquiera de los más famosos jefes insurrectos.

—Ignoran que vivo aún.

—Por el contrario, saben que la herida no fué mortal.

—Nadie me vió venir aquí.

—Te engañas. ¡Mira!

El jefe del *Lirio de Agua* descorrió lentamente las cortinas de la ventana y señaló el muelle de Binondo. Than-Kiú miró con curiosidad y vió ante la casa dos hombres que reconoció al instante como agentes de policía.

—¡Espíada!—murmuró, retirándose prontamente.—¡Gran Budda!... ¿No les bastaba haberme casi muerto?

—Sí, estás vigilada y sólo aguardan tu curación para prenderte y deportarte á las Marianas, á las Carolinas ó á Joló.

—Huiré antes de que me arresten.

—Te lo impedirán.

—¿Qué me aconsejas que haga?

—Dejarte arrestar.

—¿Y después?...

—Te salvará el *Lirio de Agua*.

—¿De qué modo?

—Lo sabrás más tarde... pero con una condición.

—¿Cuál?...

—Que renuncies á Romero y vuelvas á figurar en las filas de la insurrección.

—No; no me arrancarás semejante promesa, Hong.

—Entonces te prenderán.

—Me escaparé.

—Lo veremos.

Hong se levantó, púsose el amplio sombrero de fibras de *rotang* y, después de dar dos pasos hacia la puerta, volvióse y preguntó:

—¿Estás completamente resuelta á embarcarte?

—Sí—dijo la joven con energía.

—¿Qué piensas del *Lirio de Agua*?

—Pensaba que mi hermano, después de haber sido el jefe de la sociedad secreta, después de haber derramado su sangre por la libertad del archipiélago, no ha dejado entre sus compatriotas ningún amigo, fuera de Sheu-Kin.

—He querido tentarte hasta lo último—exclamó Hong,—pero veo que eres irreductible y generosa. No, Than-Kiú; el *Lirio de Agua* no abando-

na en el peligro á sus afiliados, y yo tengo muchos amigos; puedes contar con la protección de la Sociedad y estar tranquila. Los españoles te vigilan, pero también velan los miembros del *Lirio de Agua* y los del *Soto Blanco*; si ellos aguardan el momento oportuno para apresarte, nosotros esperamos el instante propicio para salvarte. ¿Quieres una prueba?... ¡Mira!

Apagada la gran linterna de talco que iluminaba la estancia y que Pram-Li había descolgado hacía pocos minutos, cogió de la pared uno de esos maravillosos espejos—cuya fabricación es aún hoy un secreto de chinos y japoneses—hechos de un metal brillante que tiene la inexplicable propiedad de emular en transparencia al cristal, porque proyecta, cuando está iluminado, las figuras en relieve que se ven por detrás de él, y se acercó á la ventana.

La Luna se había alzado en el horizonte y brillaba en un cielo sin nubes, enviando sus pálidos rayos al muelle y á la casita de Than-Kiú, de techo combado y tejas de porcelana amarillenta. Hong indicó á la joven, que se hallaba tras él, una chalupa que bogaba lentamente en la bahía, á unos trescientos pasos del muelle.

—Está atenta—murmuró.

Expuso el espejo á la luz de la Luna y lo hizo irradiar tres veces, enviando á lo alto un rayo de luz tan viva y nítida que parecía eléctrica; instantes después vieron alzarse de la chalupa dos pequeños cohetes que produjeron detonación tan aguda, que hubiera podido oírse, no sólo en el muelle, sino mucho más lejos.

—¿Has visto?

—Sí; has hecho una señal, y los hombres de la chalupa han respondido.

—Y sin dar que sospechar á los españoles que te espían.

—¿Y quiénes son los hombres de la chalupa?

—Ocho miembros del *Lirio de Agua*, de valor probado, y armados hasta los dientes. Están dispuestos á todo por salvarte. ¿Puedes afrontar la lucha?

—¿Qué quieres decir?

—Si debieses huir, para evitar ser seguida, ¿estás dispuesta á apelar hasta al motín para salvarte?

—Estoy dispuesta á todo.

—¿Y tus fuerzas?

—No temas; estoy fuerte.

—Y, además, aquí estamos nosotros—dijeron Sheu-Kin y Pram-Li.

—Entonces, no perdamos tiempo; quizá la policía sabe que estás curada, y mañana sería demasiado tarde para salvarte.

—¿Qué harán tus hombres?

—Ya lo verás; yo vine aquí para hacerte huir, pues el *Lirio de Agua* supo que las autoridades españolas han decidido arrestarte. Éste ha sido el motivo principal de mi inesperada visita á tan insólita hora.

Se apoyó en la ventana, espejo en mano, y lo hizo irradiar otra vez, estallando inmediatamente en la chalupa una gritería espantosa, como si se pelearan entre sí los chinos que la tripulaban.

—¿Qué significa eso?—preguntó Than-Kiú, alarmada.

—Significa—repuso Hong con aire misterioso—que nuestros hombres se preparan á ayudarte.

—¿No oyes que cuestionan entre sí?

—Y en cuanto salten á tierra sacarán los cuchillos como si fueran á matarse; pero serán los guardias los que correrán el peligro de probar el temple de sus aceros. ¿Qué objetos quieres llevarte de aquí? Date prisa, porque dentro de pocos minutos habremos abandonado esta casa para siempre.

—He metido en una cajita joyas y valores; todo cuanto pudo salvar Hang cuando confiscaron sus bienes.

El jefe del *Lirio de Agua* sacó un revólver de su cintura y lo entregó á la joven, diciéndole:

—Toma: puede serte útil.

En tanto, en el desembarcadero aumentaban los gritos de los tripulantes de la chalupa, insultándose recíprocamente y amenazando acuchillarse. Los dos guardias que vigilaban la casa de Than-Kiú, atraídos por el escándalo, se acercaron para enterarse del suceso. Al observarlo desde la ventana, volvióse Hong y dijo:

—No hay que perder tiempo. ¿Estás pronta?

—Lo estoy—dijo ella poniéndose un mantón de seda blanca bordado de flores.

—Mis hombres han comenzado la farsa; si no acuden más guardias ó soldados, dentro de un cuarto de hora estaremos todos en lugar seguro.

Los fieles amigos de Hong habían desembarcado amenazadores y desgañitándose de gritar. Eran ocho, la mitad chinos y la mitad tagalos, y parecían prontos á matarse.

—¡Venid, ladrones!—gritaban los mongoles.

—¡Echemos al agua á estos canallas!—aullaban los tagalos.

—¡Tú, primero!—rugió un chino, cogiendo á un tagalo por el cuello y lanzándolo á tierra.

Los compañeros del caído empuñaron los *kriss* y se precipitaron sobre los hijos del Celeste Imperio, que habían sacado sus cuchillos. La pareja del Orden, viendo brillar las armas, se lanzó presurosa entre los combatientes. Pero, de improviso, la escena cambió; chinos y tagalos se precipitaron sobre los dos guardias, reduciéndolos á la impotencia antes de que pudieran darse cuenta de lo que sucedía. Los ocho rebeldes los llevaron bien atados á la chalupa, dejándolos allá y diciendo con ironía:

—¡Buen viaje!

Luego dieron impulso á la embarcación, que, impulsada por el reflujo, se dirigía á la salida de la bahía.

Hong abandonó la ventana, cogió una mano de Than-Kiú y se dirigió á la puerta, diciendo:

—Démonos prisa á abandonar la casa antes de que lleguen nuevos guardias ó alguna patrulla de soldados. Por ahora, esa pareja no puede estorbarnos la salida.

CAPÍTULO IV

LA CAZA DE LOS FUGITIVOS

Hong, la joven y sus dos fieles compañeros salieron á la calle, donde les aguardaban, revólver en mano, los ocho afiliados del *Lirio de Agua*, que volvieron apresurados, después de empujar la chalupa, con los dos guardias. Iban á marchar juntos hacia los barrios interiores de Binondo, donde sabían que encontrarían amigos fieles y refugio seguro, cuando vieron avanzar una patrulla de guardias voluntarios, que atravesaba ya el puente del Passig, atraída por los gritos de los tripulantes de la barca y por los avisos de varios españoles que contemplaran desde lejos el lazo en que había caído la pareja del Orden público.

—¡Muerte de Confucio!—blasfemó Hong al verles.—Vamos á ser cogidos.

—Huye con Than-Kiú—le dijeron los hombres armando los revólveres.—Nosotros protegeremos la retirada.

—Vamos á refugiarnos en casa de Thuang. Allí os aguardaremos.

Cogió á la joven con sus robustos brazos, cual si

fuera una niña, y se lanzó por una callejuela estrecha, seguido de Pram-Li y Sheu-Kin, y más lejos de los ocho amigos. Los voluntarios, viéndoles huir, tomándolos por ladrones, ó quizá por insurrectos recién desembarcados de algún *parao*, redoblaron su carrera, gritando amenazadores:

—¡Alto ó hacemos fuego!

Los afiliados del *Lirio de Agua*, sabiendo que los guardias sólo iban armados de revólver y no po-



Cogió á la joven con sus robustos brazos...

dían hacerles daño á más de veinticinco pasos, en vez de obedecer á la intimación apretaron el paso para ponerse fuera del alcance de sus balas.

No obteniendo resultado la intimación, los guardias dispararon, sin herir á nadie; pero sus disparos podían atraer otras patrullas de soldados ó guardias civiles.

—¡Muerte de Confucio!—rugió Hong sin detener su carrera.—Si no cesan el fuego, van á acudir otros. ¿No lo decía yo?... ¿Oís?

Por una calle lateral oíanse los pasos precipita-

dos de varias personas: guardias y voluntarios. Sin aguardar su llegada, Hong volvió la esquina de una calleja, en tanto que sus compañeros recibían el fuego de sus perseguidores, resueltos á detenerlos. La primera patrulla, al hallar resistencia inesperada, detuvo su carrera; pero por la calle lateral desembocó otra compuesta de ocho personas que hicieron fuego sin contemplaciones, echando por tierra á dos de los miembros del *Lirio de Agua*. Los otros seis huyeron velozmente, reuniéndose con Hong, que no había abandonado su preciosa carga, aunque la joven le rogó reiteradamente que la dejase ir andando.

—Jefe—dijo uno,—íbamos á ser presos; teníamos tras nosotros veinte hombres, y quizá alguna otra patrulla más iba á acudir.

—¿Habita alguno de los nuestros aquí?—preguntó Hong, lanzando una mirada recelosa á la casa vecina.

—No; estamos en el barrio malayo.

—¿Adónde sale esta calle?

—Al embarcadero.

—Entonces, podemos salvarnos todavía.

—Las patrullas nos darán caza por el mar.

—Y las haremos correr. ¡Hala! ¡A galope! Hay que llegar al muelle, antes de que acudan soldados.

Redoblando sus esfuerzos, llegaron en un instante al muelle, que en aquel momento seguía desierto. Con rápida mirada vió Hong que había anclados varios *paraos* y algunos juncos chinos, y se precipitó sobre una *tow-meng* que tenía las velas medio desplegadas, como si esperase el despuntar del día para partir. Sus hombres le siguieron sin preguntarle por qué buscaba refugio en una nave china. El jefe dejó andar á Than-Kiú, cortó de una cuchillada las amarras y ordenó con voz tranquila:

—¡Ohe!... ¡Iza!... ¡Un hombre al timón!

—¿Qué haces?—preguntó Than-Kiú estupefacta.

—Te salvo de los guardias—repuso el chino sonriendo.

—¿Es tuyo este junco?

—No; pero ¿qué importa?

—¿Y su propietario?

—Me importa un pito... Además, el *Lirio de Agua* paga, y paga bien.

Sus seis hombres y Sheu-Kin transformáronse al instante en marineros, y Pram-Li, el más hábil de todos, como malayo, empuñó el timón; desplegadas las velas, el barco comenzó á moverse ale-

jándose del río. En aquel momento desembocaban en el muelle las patrullas, deteniéndose atónitas al no ver á los fugitivos y prorrumpiendo en exclamaciones:

—¡Caray!... ¡Caramba!

—¿Dónde se han metido esos ratas?

—¿Ratas?... Di más bien presidiarios.

—¿Se han fugado esos mozos crudos?

—Al Infierno debían haberse ido.

—Busquemos á esos perros y hagámosles pagar caro el tiro de revólver.

Hong y sus compañeros maniobraban en tanto hacia la salida de la bahía; uno de sus perseguidores vió la barca, y la señaló á sus amigos, diciendo:

—¡Mirad allí, camaradas!... Acaso aquellos picares de color de limón puedan decirnos algo.

—Con seguridad que saben más de algo; había chinos entre los fugados, y esos perros se ayudan siempre unos á otros.

—Los guardias se lanzaron de común acuerdo á la orilla, y gritaron:

—¡Ohe... los del junco!... ¡Alto!

Hong apareció en la popa del velero, sombrero en mano, y preguntó á gritos:

—¿Qué desean los señores guardias?

—¿Adónde vais?—preguntó el jefe de las patrullas.

—Á pescar... Si los señores guardias quieren pescado, digan dónde está su cuartel y mañana les llevaré del mejor, porque yo se dónde se halla.

—No queremos pescado, sino que nos digas si has visto huir á unos hombres que perseguimos.

—¡Calle... sí! Me parece haber visto un grupo de personas atravesar el muelle.

—¿En qué dirección?

—Por allí.

—¡Tratas de engañarme, perro! Si se hubieran fugado por donde dices, se les vería aún, porque no hay calle que conduzca á los barrios internos.

—Entonces se habrán escondido en alguna parte; yo y mis camaradas estábamos entretenidos en largar las velas y no podíamos ocuparnos de los que pasaban por el muelle.

—De los que huían; te he dicho que huían.

—Lo mismo me da; la cuestión es que no nos interesaban.

—¿Quieres burlarte de mí?

—No, señor comandante.

—Vuelve á tierra, cara de limón; quiero ver lo que hay en tu barca.

—Redes de pescar, señor comandante.

—Vuelve á la orilla y lo veremos.

—¡Imposible! Me aguardan los camaradas; me he retrasado, y si no llego á tiempo se irán sin mí, haciéndome perder una buena pesca. ¡Buenas noches, señor comandante! Mañana á la tarde, si quiere peces, aquí me encontrará.

—¡Ah, viejo del diablo!... ¿Te burlas?... ¡Fuego sobre ese farsante!

—Soy un pobre chino inofensivo.

Los guardias dispararon sus revólveres, más con la intención de asustarle que de hacerle daño, pues la barca estaba fuera de su alcance.

—¡Muerto soy!—dijo Hong, dejándose caer al fondo de la barca. Y acercándose á Pram-Li, le dijo riendo: —Maniobra siempre á lo largo, y no te ocupes de sus disparos. Hay que representar bien la comedia.

Sus compañeros comenzaron á correr por el puente como asustados, mientras las velas, hinchadas por el viento de lleno, hicieron filar rápidamente á la *tou-meng*, dejando á los guardias con un palmo de narices. El socarrón chino, incorporándose, exclamó:

—¡Se están desacreditando! Gritan y amenazan como paganos, pero me río de ellos. ¡Eh, Pram-Li, derecho á la isla del Corregidor! Serán muy listos si me atrapan á Than-Kiú.

—¿No nos darán caza?—preguntó la joven.

—Es posible; pero, cuando quieran hacerlo, estaremos en alta mar y los recibiremos como es debido. Veo un cañón á proa y le haremos hablar.

—¿Y adónde me conduces?

—Fuera de la bahía, por ahora.

—¿Volverás después?

—No sé—dijo el chino evasivamente.

—Me alegraría de que me acompañases, Hong.

El chino se estremeció, miró á la jovencita como si quisiera investigar su pensamiento, y luego dijo:

—¡Serías feliz!... Pero ¿lo sería yo?...

—¿Qué quieres decir?

—Yo me entiendo; quizá lo sabrás algún día.—Se interrumpió y añadió bruscamente.—Y mejor sería que me alejase... Después de los sucesos de esta noche, si vuelvo á Manila no tardarían en arrestarme... así como á los camaradas que tripulan este junco. ¡Bah, nos arreglaremos como podamos! Pero... ¿es posible que no hubiera nadie á bordo, que todos se fueran á tierra á emborracharse con un barril de *sam-sciú*?

—No—le repuso una voz.—Nada de *sam-sciú* esta tarde, pues debíamos partir al alba; pero somos muchos.

El jefe del *Lirio de Agua* volvióse hacia la escotilla de proa por donde salía la voz, y vió aparecer un hombre membrudo, de anchas espaldas, brazos algo cortos y musculosos, faz angulosa, cutis más bien moreno que amarillo y bigotes de largas guías caídas. Indudablemente era un chino, y como tal vestía; representaba sesenta años, y debía ser vigorosísimo.

—¡Ta, ta!—exclamó Hong sin perder en lo más mínimo su calma habitual.—Parece que nos hemos dado cuenta de que la *tow-meng* abandonó el muelle.

—Y también de que han entrado á bordo intrusos—dijo el anciano avanzando con los puños cerrados,—y quiero saber por qué habéis zarpado sin orden mía.

—¡Ah, ah!... Parece que teniais algo que ver con el capitán del puerto, ¿eh?... Mejor.

—Ó peor. Aquí mando yo... ¿lo entendéis?

—Lo entiendo perfectamente.

—Pues entonces...

—¿Qué?—interrogó flemáticamente Hong.

—Que si no desalojas el barco, te tiro al agua.

—¡Por Fo y Confucio! ¡Se diría que eres un compadre de los españoles!... En todo caso, seríamos nosotros los que te arrojásemos á ti.

—¿Á mí?... ¡Hola!... ¡Marineros!...

Los seis afiliados del *Lirio de Agua*, oyendo las voces, se habían acercado, revólver en mano, mientras su jefe apuntaba con el suyo al anciano, diciéndole:

—Ahora, amigo mío, ten entendido que no somos ni piratas ni bribones que quieren pasear gratis por el mar; somos personas honradas, chinos como tú, y que no te harán mal alguno si te estás quieto. Si pierdes un día, se te pagará, y también si sufre algún desperfecto tu barco. ¿Quieres saber quién soy?... Soy uno de los jefes principales de la poderosa asociación *El Lirio de Agua*.

Al oír esto, el patrón del junco cayó de rodillas ante Hong, diciendo:

—Soy miembro del *Lirio de Agua* y del *Loto Blanco*, y buen patriota; si me lo hubieras dicho desde un principio, me hubiera puesto desde luego á tus órdenes. ¿Dónde quieres ir?... Mi barco y mis hombres están á tu disposición.

—Por ahora tratemos de huir.

—¿Quién te persigue ó amenaza?

—Los españoles, ó, mejor dicho, los voluntarios que querían apoderarse de esa joven, hermana de Hang-Tu.

—¡Hermana del héroe!—exclamó con admiración y respeto el viejo.

—Querían arrestarla, para fusilarla quizá.

—La salvaremos. En la cámara de proa tengo quince hombres resueltos y armas abundantes.

—Gracias—dijo Than-Kiú.

—¡Cómo!... ¿Tienes armas?—preguntó Hong.

—Cuatro cajas de fusiles, seis de municiones y una de granadas de mano para una partida de insurrectos que me aguardan en la isla de Luzón, en la punta...

—¡Magnífico!... Entre tanto nos proveeremos de ellas, si los españoles quieren darnos caza.

—Nos la dan ya—dijo Pram-Li desde el timón, que no lo había abandonado.—¡Mirad, mirad hacia el muelle!

Hong, el viejo y Than-Kiú miraron en la dirección indicada, y vieron en el mar, que iluminaba con sus rayos de plata la Luna, dos masas negras y alargadas. Aunque el junco se hallaba á media milla de distancia, los dos chinos y la joven reconocieron que las dos chalupas llevaban buen número de remeros y soldados armados de fusiles, saliendo del maremagnum de juncos, *paraos* y toda clase de embarcaciones surtas en el muelle, y que se dirigían tras la *tow-meng* rápidamente.

—No hay duda; se preparan á impedirnos salir de la bahía. ¿Es ligero tu junco?

—Es un velocísimo velero.

—¿Crees que saldremos á alta mar antes de que nos alcancen?... Estoy resuelto á combatir con las dos chalupas, pero fuera del alcance de los cañones del fuerte del Corregidor. En plena mar no las temo.

—El viento es bueno, y no nos alcanzarán antes de tres horas.

—Llama, pues, á tus hombres y haz abrir las cajas de las armas.

Dicho esto, volvióse á Than-Kiú y exclamó:

—Un combate en el mar no te asusta; ¿verdad, valiente?

—He asistido á uno ante Malabón, y aquello fué terrible, porque teníamos ante nosotros una flotilla entera de cañoneras—repuso la joven.—No temblaré por mí, Hong.

—La buena sangre no se desmiente nunca, y tú

tienes sangre de héroe en las venas. ¡Ah!... ¿Nos dais caza?... Veremos, señores guardias... En vez de regalaros peces, os obsequiaremos con balas y granadas.

CAPÍTULO V

LA CAPTURA DE THAN-KIÚ

La *tow-meng* en la que se habían refugiado Hong y sus compañeros era una de esas embarcaciones macizas usadas por los chinos, barroca, de dudosa solidez, de proa alargada y pesada, con dos ojos gigantescos que servían para la cadena del ancla, y popa bastante alta, con un timón de dimensiones monstruosas.

Tales veleros no son nada cómodos ni listos, pues siguen construyéndose como hace más de dos mil años, á pesar de los notables adelantos que se han operado en el arte de la navegación. Tienen aún velas de junco trenzado, en vez de tela fuerte; y, sin embargo, los chinos se atreven á afrontar con esas canoas primitivas los mares de la China y de la Malasia, tan peligrosos por sus tifones. Todos los años, un número enorme de *juncos* es engullido por el mar, no estando en condiciones de resistir el formidable impulso de aquellas olas monstruosas; así, cuentan que sólo el departamento marítimo de Cantón pierde anualmente de ocho á diez mil marineros; pero aquellos bravos *celestiales* no se preocupan de ello ni han pensado nunca en mejorar la construcción de sus barcos. Si sus antepasados se sirvieron de ellos durante miles de años, bien pueden seguir sirviéndose también ellos.

La *tow-meng* del viejo chino era como todas: ni más sólida ni mejor; pero tenía un desarrollo velero enorme que le permitía luchar en velocidad con las rápidas chalupas, si el viento se mantenía fresco, y una tripulación compuesta de quince bravos marineros, capitaneados por un verdadero lobo de mar que conocía al dedillo los mares de China y de la Malasia y toda la costa.

Á los gritos del patrón, los marineros, tres cuartas partes chinos y el resto malayos, acudieron al punto á cubierta y, sabiendo lo que se quería, orientaron las velas para que recibieran el mayor viento posible, y sacaron de la estiva fusiles, municiones y bombas.

La persecución por parte de las dos chalupas continuaba con encarnizamiento, y podía suponerse que iban á emplearse las armas de fuego antes de

que el junco dejase atrás el fuerte español de la isla del Corregidor.

Los perseguidores estaban aún lejos, pero podían con gritos ó señales llamar la atención de los centinelas del fuerte ó de cualquier cañonera ó torpedero, cosa de temer para la *tow-meng*.

—Lamento haberos puesto á todos en tal riesgo—dijo Than-Kiú, que no cesaba de mirar las chalupas.

—¡Bah! No te inquietes por nosotros; somos todos veteranos de la insurrección.

—Y los míos—añadió el patrón—marinos curtidos, hechos al peligro y á combatir con los piratas malayos. Mis marineros no tienen miedo.

—¿Y si os aprisionan?

—Trataremos de no dejarnos prender, Than Kiú. Si este viento no cesa, dentro de dos horas habremos dejado atrás la isla, ¿verdad? ¿Cómo te llamas?

—Tseng-Kai—repuso el viejo.

—Una vez en el mar, no hay temor; ¿verdad, Tseng-Kai?

—Echaremos á pique las chalupas. Tengo á proa un cañón que lanza balas de cuatro libras con gran precisión. Más de cuatro *paraos* malayos, que intentaron cautivar mi *tow-meng*, fueron á pique con la ayuda eficaz de mi cañoncito.

—Pero luego no podrías volver á Manila—objetó Than-Kiú.

—¿Y qué me importa? ¿Necesitas tú volver á Binondo?

—No; voy á Mindanao.

—Pues allá iremos todos. En cualquier isla puedo cargar mi barco—dijo el viejo, alejándose.

—He aquí una buena ocasión para realizar tu proyecto, Than-Kiú. Yo, en nombre de la Sociedad, contrato para ti este junco... ¿Quieres?... El *Lirio de Agua* debe mucho á su valiente jefe, muerto heroicamente por la libertad de las islas, y á su no menos valiente hermana. Este chino puede mejor que nadie llevarte adonde quieras y ayudarte.

—¡Sea!—repuso Than-Kiú;—pero... ¿aceptará?

—Me encargo de arreglarlo todo en cuanto pase el peligro.

—¿Y las armas y municiones que debía llevar á los insurrectos?

—Las haré desembarcar en cualquier punto de la costa, y pensaré en hacerlas llegar á su destino. ¡Calle... estamos ante el fuerte de Cavite!... ¡Eh,

Tseng-Kai, trata de que pase lo más velozmente posible!... Esperemos que la chalupa no hagan alguna señal... No hay que fiarse de las balas de esos cañones, demasiado duras para nuestros pechos.

El patrón se había ya dado cuenta del peligro, y dió sus instrucciones á Pram-Li, siempre en el timón, para mantener el barco fuera del alcance de la artillería del fuerte. Luego concentró toda su atención en las dos chalupas, que ganaban visiblemente terreno, y que, de continuar así, era de temer estuvieran á tiro antes de que la *tow-meng* saliera de la bahía. Los guardias, que habían embarcado buenos remeros, hallábanse ya á quinientos metros y dispararon sus fusiles para llamar la atención del centinela del fuerte, que no se dió por enterado, porque, cubierta hacía un rato la Luna por algunas nubes que se alzaron al Sur, no reparó en la persecución del junco.

—Bueno—dijo Hong, respirando libremente;—ya hemos salvado felizmente un peligro.

Una voz, desde la chalupa más próxima, gritó entonces:

—¡Ah del junco!... ¡Alto, ó hago que os cañoneen!

—Que nadie responda; podemos reírnos de esa amenaza—dijo Hong.

—Pero—observó Pram-Li—abrirán el fuego con sus fusiles.

—Estamos lejos y las balas no nos harán gran daño.

—Pero atraerán la atención de los centinelas del fuerte.

—Creo que no harán fuego con los cañones sobre un pobre junco que no se defiende; y, además, la Luna se cubre cada vez más y la obscuridad nos protege.

En aquel instante relampagueó en la chalupa próxima, y Hong oyó distintamente el silbido de la bala antes de escuchar la detonación.

—Algo alta, pero bien dirigida; pasó sobre nuestras cabezas.

—¿Respondemos?—preguntaron los del *Lirio de Agua*, con los fusiles ya armados.

—No; que ninguno haga fuego; resguardaos de las balas; una vez en alta mar, les pagaremos con usura.

Los de la chalupa hicieron un segundo y un tercer disparos; una bala salvó la popa silbando en el oído de Pram-Li, y la otra atravesó la vela; pero nadie respondió. Hong, temiendo por Than-Kiú, la

obligó á resguardarse tras el palo mayor, ya que no quiso encerrarse en la cámara de proa.

El fuego, tras un corto descanso, volvió á emprenderse con regularidad y servido por los guardias de las dos chalupas, cual si quisieran diezmar la tripulación antes de abordar el junco; pero las balas no causaban gran daño á éste, y menos á los hombres, bien resguardados. Sin embargo, Hong y Tseng-Kai estaban inquietos y miraban ansiosos á la isla del Corregidor, que cierra la vasta bahía, temiendo ver destacarse de ella alguna otra chalupa ó cualquier cañonera. Sabiendo que por la insurrección se había duplicado la guarnición del fuerte, podían ser descubiertos y presos á cañonazos.

—Tseng-Kai—dijo Hong, cuya calma parecía algo turbada,—temo que esta caza acabe mal para nosotros.

—Sí; ese fuerte puede fastidiarnos—dijo el anciano.

—¿Ves alguna cañonera anclada ante la isla?

—No; pero puede estar en la costa occidental.

—¿Qué hacemos?... Quiero absolutamente poner en salvo á Than-Kiú.

—¿Quieres un consejo?

—Sí; habla francamente.

—Desembarquemos á la muchacha, y, si las chalupas nos estrechan, intentaremos una lucha desesperada. La fortuna favorece á los audaces.

—¿Y dónde desembarcarla?

—En la costa de la isla. ¿Quién va á hacer alto en un bote donde va una chiquilla y dos boteros?... Esperemos doblar la punta extrema para que no nos vean nuestros perseguidores, y la desembarcamos. Si han de prendernos, ella se salvará por lo menos.

—La idea es buena; pero... ¿y luego?

—Luego, si podemos rechazar el ataque y huir, volvemos mañana á buscarla. Por veinticuatro horas, bien puede Than-Kiú permanecer escondida en los arrecifes.

—Sí—murmuró Hong para sí.—Creo que este proyecto es el mejor para engañar á esos obstinados guardias, que ya deben de saber que hemos hecho huir á Than-Kiú. Costea lo más posible, para desembarcarla antes de que con sus disparos atraigan la atención de los centinelas.

—Dentro de dos minutos, la hermana de Hang-Tu estará en tierra.

Llamó con un silbido á sus hombres é hizo botar al agua una pequeña canoa que llevaba á popa, haciéndola abastecer de víveres y fusiles, y empu-

ñó la barra del timón substituyendo á Pram-Li. El junco hallábase á seiscientos ó setecientos metros de la punta extrema de la isla, y las dos chalupas á poco más de mil.

El bravo chino, que espiaba atentamente el cielo, aguardó á que la Luna apareciese bajo las nubes, y luego impulsó velozmente el junco hacia la isla, virando hacia la punta, como si quisiera ponerse al abrigo de las balas de sus perseguidores. Los guardias, viéndole desaparecer tras los arrecifes, redoblaron sus disparos y gritos; pero Hong y Tseng-Kai no se preocupaban de ello por el momento. Después de asegurarse de que no había soldado alguno en la playa, soltaron la grua que sostenía á flor de agua la canoa, y Than-Kiú, estrechando la mano de sus salvadores con cierta emoción, embarcóse, seguida de Sheu-Kin y el malayo.

—Acuérdate de que, si logramos huir, señalaremos nuestra vuelta con dos cohetes—dijo el patrón.—Será mañana á media noche.

—Gracias, amigos—murmuró la joven muy conmovida.—¡Que Budda os salve!

Los dos amigos de Than-Kiú habían empuñado los remos y se acercaban vigorosamente á la orilla, ganando la costa y ocultándose entre dos arrecifes, mientras el junco continuaba su fuga.

—Quedémonos aquí por ahora—dijo Pram-Li,—para ver lo que sucede al junco.

Las dos chalupas pasaron ante ellos sin verlos, y forzando la marcha en su furiosa y encarnizada persecución. La *tow-meng* navegaba libremente, riéndose hasta de los cañones del fuerte; pero algo debieron de haber notado los centinelas, porque oyóse gritar:

—¿Quién vive?

Las dos chalupas estaban ya lejos, y las detonaciones de los fusiles de los guardias impidieron oír á éstos el grito del centinela.

—¿Á quién habrán dado el «quién vive», á los guardias ó á nosotros?—preguntó Than-Kiú.

—No sé; desde lo alto del bastión pueden haberlos visto desembarcar—respondió Sheu-Kin.

—También lo temo yo—añadió Pram-Li,—y creo que deberíamos abandonar este escondite y buscar otro más seguro antes del alba.

—Aguardemos á ver en qué pára la caza al junco—replicó la joven.—Me interesa conocer la suerte de esos valientes que han expuesto su vida por salvarme.

—Ya no los cogen, ama; el viento es más fuerte

fuera de la bahía, y la *tow-meng* dejará atrás las chalupas, si es que no prefieren echarlas á pique. ¡Ya!... ¡Oye!... ¡Un cañonazo!

En efecto; el junco, que ya estaba fuera del alcance de la artillería del fuerte, comenzaba á defenderse descargando su cañón. Al cañonazo siguió vivo fuego de fusilería por algunos minutos, luego otro disparo de la pieza, y se hizo el silencio.

¿Habían logrado las chalupas abordar al junco, ó éste conseguido escapar? Than-Kiú y sus compañeros, presa de la mayor ansiedad, interrogaban ávidamente el horizonte; pero la Luna se había eclipsado de nuevo, y nada podían distinguir.

—¡Que Budda proteja á esos valientes!—dijo la joven con un suspiro.

—Yo no temo por ellos—añadió el malayo.

—¿Crees que habrán podido huir?

—Estoy seguro. Verás cómo dentro de media hora regresan las chalupas, si los dos cañonazos no las han echado á pique.

—Así, pues, ¿esperas volver á ver la *tow-meng*?

—Sí; vendrá á recogernos mañana á la noche.

—La cita es para media noche. ¡Ah! Podremos huir y llegar fácilmente á Mindanao; el corazón me dice que Romero no ha muerto y que lo salvaré.

—Te lo auguro, ama; pero ¿quién te conducirá allí?

—Indudablemente la *tow-meng* de Tseng-Kai.

—¿Está ya arreglado?

—Sí; he encargado á Hong de tratar con el patrón... ¿Dónde vamos ahora?... Hay que buscar un refugio, porque el alba no tardará y las chalupas pueden acercarse aquí.

—Ven, ama; conozco la isla á palmos.

—Yo también—añadió Sheu-Kin.—Conozco una caverna marina donde podremos aguardar tranquilos el regreso del junco.

—¿Y la canoa?

—Está bien escondida entre estos arrecifes y no es fácil que nadie la vea.

Aseguraron el barquichuelo á la punta de un arrecife para que el reflujo no se lo llevara; cogieron los víveres y las armas y se apresuraron á ganar unos macizos de bambúes silvestres que crecían junto á la escarpa del bastión; ya llegaban, cuando el malayo, que tenía oído agudísimo, murmuró:

—¡Alto!

—¿Qué hay?—preguntó parándose y en voz baja la china.

- He oído hablar en el bastión.
 —¿Nos habrá visto el centinela?
 —No lo sé, pero me parece que nos siguen.
 —¡No moverse!

Se ocultaron entre los bambúes, procurando hacerse lo más pequeños posible para no ser descubiertos. Pasaron algunos minutos de angustiosa expectativa, sin que llegaran nuevos rumores á sus oídos. Seguros de que los soldados se habían alejado, incorporóse Than-Kiú; pero, apenas lo había hecho, cuando una voz amenazadora le gritó:

—¡Alto!

Dos soldados aparecieron de improviso, apuntando con sus fusiles á las tres personas. La joven, ya habituada á las sorpresas y azares de la campaña insurrecta, ni dió grito alguno ni hizo el menor gesto de estupor ó espanto. Cruzóse tranquilamente de brazos, dejó caer el fusil, y, mirando á los soldados, exclamó con perfecta calma:

—¿Qué hay?

—¿Qué hacéis ahí?—preguntó el soldado sin contestar y pronto á hacer fuego.

—¿Acaso está prohibido venir á cazar golondrinas de mar?—No sabía que en la isla del Corregidor existiese la veda.

—¿Golondrinas de mar?... No; no está prohibido; pero te diré, bella moza, que no sabemos por qué has abandonado el junco, ni quiénes eran los que lo perseguían á tiros. Es un misterio que quiere conocer el comandante.

—¡Oh! ¿Habéis visto?... Cuestión de amor, señores; dos galanes que me seguían y de los cuales he huido, dejando que se las arreglen como puedan.

—Es una historia muy curiosa que divertirá al comandante.

—¡Puede!—dijo sonriendo Than-Kiú.

—La paloma vale la pena... ¡Caramba! No he visto una china más guapa.

—Bueno; llevadme ante vuestro comandante. Vamos.

Pram-Li y Sheu-Kin colgaron del hombro los fusiles, y seguidos de los dos soldados, que no los perdían de vista, llegaron al puente levadizo cuando el horizonte principiaba á teñirse con los primeros reflejos del alba. Detenidos algunos instantes en el cuerpo de guardia mientras informaban de lo ocurrido al comandante del fuerte, no tardó en ser conducida Than-Kiú á un salón cuya ventana daba al mar.

La joven miró en torno y no vió á persona algu-

na; una mesa estaba casi llena de cartas y papeles; algunos sillones completaban el mueblaje. Iba á asomarse á la ventana para ver si divisaba la *tow-meng*, cuando oyó que se abría una puerta, dando paso á alguien. Volvióse rápidamente y quedó estupefacta. Sus labios pronunciaron, como á pesar suyo, estas palabras:

—¡El coronel de Malabón!...

CAPÍTULO VI

UN CORONEL GENEROSO

El recién llegado era un anciano coronel que debía haber pasado la cincuentena, con larga barba casi blanca, piel bronceada, mirada viva y aspecto marcial. Sin duda acababa de levantarse, pues sus cabellos estaban desarreglados, y no llevaba al cinto espada. Pareció quedar suspenso al ver á la joven, y se detuvo á la puerta contemplándola con curiosidad, como si tratase de recordar dónde y cuándo la había visto; luego se acercó á Thau-Kiú, cogiéndola delicadamente por el brazo, la aproximó á la ventana como para verla mejor, y exclamó:

—¿Usted... aquí?

—¿Me reconoce usted, coronel?

—Sí; no se olvida una moza tan intrépida como usted, á quien he visto batirse, como el soldado más pundonoroso, la noche de Malabón. ¡Ah!... La campaña de la insurrección ha sido ruda, y hemos contemplado heroicidades por ambas partes... Sí, sí, la reconozco; es usted la joven que Romero Ruiz salvó de una muerte cierta, poniendo su vida en mis manos; es usted la hermana del valiente jefe de los amarillos, de Hang-Tu.

—La misma, coronel.

—¿Qué hace usted por acá?... La creía muerta ó moribunda.

—Curé de la herida que me hicieron sus compatriotas, coronel, como ve usted.

—Me alegro.

En aquel instante tocaron en la puerta, y el veterano, tras un gesto de desagrado, dijo:

—Adelante.

Un sargento abrió con cautela la puerta, y saludó militarmente.

—¿Qué ocurre?

—Mi coronel; una de las dos chalupas que perseguían al velero, acaba de pasar con rumbo á Manila.

—¿Qué gente la montaba?

—Guardias voluntarios, mi coronel.

—¡Ah!... ¿Entonces se trataba de una captura?
¿Qué historia es ésta?

—¿Debo tomar informes, mi coronel?

—Veremos—dijo el coronel después de lanzar viva mirada á la joven.—Está bien.

—Á la orden, mi coronel—dijo el sargento, obedeciendo la señal de despedida de su jefe.

Antes de que hubieran salido de la estancia, el comandante del fuerte, volviéndose á Than-Kiú, y cruzándose de brazos ante ella, exclamó:

—Será usted la que me informe de esto, ¿verdad, hija mía?

—¿Yo?...—exclamó ella fingiendo la mayor sorpresa.

—¿No ha sido usted la que abandonó el velero con dos hombres, desembarcando aquí cerca?—preguntó el coronel sonriendo.—Estaba en la ventana, atraído por los disparos, y la vi.

—¿Me ha visto usted?—dijo la joven estremeciéndose.—Pues bien... ¡arrésteme de nuevo, coronel!

—Entonces—exclamó el veterano, mirándola con estupor un instante y haciendo luego un gesto de cólera—luchábamos, y era mi deber hacerla prisionera; pero ahora no hay combate, y no soy un polizonte.

Hizola sentar frente á sí, y añadió con tono más suave:

—Veamos; cuénteme esa historia... ¿Por qué huía usted?

—Por impedir que los guardias me arrestaran; no aguardaban más que mi curación para meterme en la cárcel.

—¡Por Dios santo!—exclamó el coronel indignado.—Después de haberla casi fusilado, ¿qué querían esos guardias?... ¿Enviarla á las Carolinas ó á las Marianas?... ¡Una valiente que se ha batido mejor que un veterano!... Pero esa gente no respeta el valor ni... ¡Ah!... ¡Lo veremos, señores polizontes! Afortunadamente, yo soy un soldado.

—Gracias, coronel.

—¿Y adónde quería usted huir, hija mía?... ¿Quizá á China?...

—No; á Mindanao.

—¿Á Mindanao?... ¿Y á qué?

—Á pagar una deuda sagrada; la deuda que contraí con Romero Ruiz la noche de la rota de Malabón. Él salvó mi vida y yo trataré de salvar la suya.

—¿Sabe usted, pues...?

—Que *La Concha* naufragó, coronel.

—¿Y quiere usted ver si ha sobrevivido Romero?

—Sí.

—¡Noble mujer!... ¡Cuánta audacia é intrepidez en un cuerpo tan frágil!

Levantóse vivamente, cerró con llave la puerta, y dijo:

—Veamos. ¿Qué sabe usted del naufragio de *La Concha*?

—Que naufragó en la playa occidental de Mindanao, entre punta Tapián y Tombac... nada más.

—En realidad no naufragó; embarrancó en la arena. Las últimas informaciones oficiales enviadas de Dapitao hacen suponer que el desastre ocurrió en la desembocadura del Talaján. Parece que la cañonera trató de buscar refugio en Polles y que el tifón la arrastró á la costa, encallando en los bancos de arena.

—¿Pudieron saltar á tierra, ó los devoró el mar, coronel?

—No; los atacaron los salvajes del Surrán, impidiéndoles salvarse en la chalupa. Parece que, al día siguiente de encallar, los mindaneses, que, como usted sabe, son piratas, quién más, quién menos, cercaron y asaltaron la cañonera, llevándose, tras sangriento combate, como prisioneros ó esclavos, á los sobrevivientes. Algunos marineros que lograron escapar en la chalupa, y que fueron recogidos por veleros de las islas Célebes, confirmaron las noticias. Entre los prisioneros estaban el comandante de Alcázar, su hija y Romero.

—¡Su hija!... ¡Teresita!—suspiró Than-Kiú.

—Sí; la prometida de Romero.

La joven se levantó y acercó á la ventana para ocultar su emoción; tenía necesidad de respirar aire fresco. El coronel, que la había seguido, observó su extrema palidez, y que sus bellos ojos, de ordinario tan melancólicos y dulces, miraban sombríos.

—Está usted sufriendo; su corazón esconde un misterio.

—¡Verdad, coronel!—dijo ella con un hilo de voz.—Será para mí un sacrificio terrible tener que hallarme un día frente á Teresita de Alcázar... pero lo haré.

—¡Pobre niña!... La comprendo y la admiro cada vez más. ¿Quiere usted partir?

—Sí, coronel; si usted no me lo impide.

—No, ¡vive Dios!... Yo no tengo nada que ver con los guardias. ¿Quién la llevará á Mindanao?

—El junco que ha visto usted huir.

—¿Cuándo volverá?

—Esta noche á las doce; advirtiéndome su presencia por medio de dos cohetes.

—Está bien, hija mía; usted y sus compañeros serán mis huéspedes hasta la noche.



El coronel se acercó y, mirándola frente á frente...

Poco antes de la media noche, el coronel y Than-Kiú, apoyados en el parapeto superior del fuerte, cerca de un formidable cañón que parecía amenazar al horizonte occidental, aguardaban la señal del patrón chino.

La noche era límpida y clara, iluminando el mar la Luna llena; el aire era dulce, casi tibio. Than-Kiú, acodada en el parapeto, miraba en silencio las miriadas de estrellas que aparecían en el cielo, mientras el veterano coronel, apoyado en el cañón, fumaba flemáticamente un cigarrillo.

No hablaban; pero, de vez en cuando, las miradas melancólicas de la joven se apartaban del mar y se fijaban en el coronel, quien respondía con un gesto que significaba:

—¡Paciencia; todavía no son las doce!

Than-Kiú volvía á sus observaciones, escrutando la línea en que el mar parecía juntarse con el cielo; pero ninguna señal aparecía en las argentinas aguas.

—Algo les ha ocurrido; ya debía vérselos.

—Serán prudentes.

—Ó quizá las chalupas enviaran alguna cañonera para capturarlos.

—No ha pasado ninguna ante el fuerte.

—Tengo vago miedo, coronel.

—¿Por qué?... ¿No está usted bajo mi protección?... Si el junco no viene, la embarco en el primer velero que vaya para Mindanao.

—¡Qué bueno es usted!

—Aprecio el valor donde lo encuentro.

—¡Ah!... ¡Si pudiese lograr mi intento!

—¿De salvar á Romero Ruiz?

—Sí, coronel.

—¡Qué extraña mujer!... Pero, para salvar á Romero, tendrá usted que salvar á la hija del comandante de Alcázar.

—¡Sea, la salvaré!—respondió Than-Kiú con un suspiro.

El coronel se acercó y, mirándola frente á frente, dijo:

—¿Y luego?...

Than-Kiú no contestó y abatió sus párpados ante la mirada escrutadora del coronel; pero, tras algunos instantes de silencio, exclamó con voz que semejaba un gemido:

—He nacido con mala estrella... ¡que se cumpla mi triste destino!

—¿No conserva alguna esperanza su corazón? ¿Ama usted á Romero todavía?

—Sí—murmuró ella con voz ahogada.

—Lo supuse desde la noche aquélla en que acudió á mí para salvarla á usted... Pero él ¿la ama á usted, ó la ha amado?

—Sí; á no ser por la *Perla de Manila*, hubiérase considerado dichoso casándose con *Flor de las Perlas*, y me amaría como á esposa en vez de amarme como á hermana.

—¿Y espera usted?...

—Nada; ya nada... Sólo en que el tiempo cure mi herida.

—¡Pobre niña!... Comprendo cuánto sufre usted.

—Sí... me lo ha robado; y, sin embargo, no odio á Teresita.

—¿Debo creerla á usted?

—Sí, coronel, no la odio... pero por él... Si no fuese por Romero, creo que ya la hubiera asesinado.

—Usted, que tiene un alma tan noble y generosa...

—¡Oh!... No puede usted imaginarse cuánto he sufrido, y cuánto sufrió mi hermano al ver destruido el más hermoso sueño de su vida. Recuerdo las lágrimas que vertió la noche fatal en que perdí para siempre al hombre amado... Y Hang-Tu no había llorado nunca... ¡Gran Budda!... Me parece que lo veo aún con los ojos bañados en llanto... ¡Él, tan soberbio y fuerte!... ¡Es horrible! ¡Lo venció la muerte porque había perdido sus esperanzas todas!

—Deseche tan tristes recuerdos, hija mía; la hacen mucho daño.

—Estoy acostumbrada, y resignada á los golpes adversos de mi fatal destino, coronel.

—¿Y qué espera usted de Romero?

—Nada.

—No la creo á usted, Than-Kiú.

—Lo juro, por el alma de mis abuelos, coronel. Voy á pagar mi deuda sólo. ¿Qué podría esperar?

—¡Oh!... que Teresita hubiera perecido... por ejemplo!

Un relámpago brilló en los ojos de la joven, pero dijo con voz melancólica:

—Estaría demasiado inconsolable para poder yo esperar que guardase algún afecto.

—¿Quién, Romero?

—Sí.

—Sin embargo, ha debido amar á usted mucho; nadie se entrega á los enemigos por salvar á una mujer á quien no se ama. Usted sabe bien que, al penetrar Romero en mi campamento para proponerme el cambio, se exponía á perder al mismo tiempo su vida y el amor de Teresita.

—Cierto... cierto... pero prefirió á Teresita de Alcázar—murmuró la joven con voz sorda.

—Mire usted; me parece ver un punto negro sobre las olas.

—¿Dónde?

—Allí; siga la dirección de mi dedo.

—¿Será el junco?

—Es la media noche, y sus compañeros cumplen la palabra. ¡Mire! La señal... los cohetes.

Sobre el horizonte habíanse elevado dos pequeños puntos luminosos que, después de describir un arco, reventaron, esparciendo en torno millares de puntos azules y rosados.

—Sí, es el junco; ésa es la señal convenida.

—¿Tiene usted que contestar á ella?

—No, coronel.

—Entonces, bajemos y preparemos la canoa.

Dejaron el bastión, atravesaron el patio donde aguardaban Sheu-Kin y Pram-Li, salieron del fuerte y se dirigieron hacia los arrecifes. El punto negro se había agrandado, tomando el aspecto de una navecita con velas hacia la isla, corriendo grandes bordadas por serle el viento algo contrario.

—Es la *tow-meng*—dijo Pram-Li, que tenía la vista más penetrante.—En diez minutos llegará.

—Embarcaos: la canoa está aún entre los arrecifes—dijo el coronel; y volviéndose á la joven, que se mostraba muy conmovida, púsole ambas manos en los hombros, y exclamó:—Le deseo buena suerte, y que nos volvamos á ver, siendo usted tan feliz como lo merece.

—Gracias, coronel; jamás olvidaré su noble generosidad; y, si no dejo la vida entre los salvajes, le prometo volver á saludarle.

—Adiós, Than-Kiú y acuérdesse de que tiene usted en mí un verdadero amigo.

Y, besando la frente de la joven, la empujó hacia la barca, hizole nuevo gesto de adiós y volvióse lentamente al castillo.

La canoa se dirigió velozmente hacia la *tow-meng*, la cual aguardaba al paio á unos doscientos metros de la isla. Un hombre desde la proa del junco hacía señas á los remeros de apresurarse; aunque se hallaba aún lejos, Than-Kiú le reconoció.

—¡Hong!—murmuró.—¡Cuánto me alegro de que esté sano y á bordo!

Cuando la barca estuvo próxima, una escala echada desde el junco facilitó el ascenso de la joven y sus compañeros. Hong y el anciano patrón estrecharon la mano de Than-Kiú, en tanto que la *tow-meng* viraba y huía con proa al Sudoeste.

—Estoy muy contenta de ver que escapasteis á la persecución, y os agradezco que hayáis vuelto á buscarme.

—Con dos cañonazos bien dirigidos espantamos á aquellos condenados guardias—repuso Hong sonriendo.—¡Por Fo y Confucio! Tseng-Kai envió una á pique con una precisión admirable, quitando á la otra el deseo de seguirnos.

—¿Dónde están tus hombres, que no los veo, Hong?

—Desembarcaron con las cajas de armas y municiones para los insurrectos en la punta de Luzón.

—¿Y tú, cómo?...

—Me quedé para acompañarte á Mindanao. Es una prueba de amistad que os debo á...

—¿Y el *Lirio de Agua*?

—Mis colegas de Comité me han otorgado el permiso de acompañarte.

—¿Cómo has podido informarles?

—Hice embarcar uno de mis hombres en un barco costero que pasaba por la punta de Luzón cuando llegábamos á ella, y cuatro horas después recibí un telegrama de consentimiento de mis compañeros del *Lirio de Agua*. Como ves, nada más sencillo.

—¿Y me acompañarás en mi expedición para salvar á Romero?

—Sí, Than-Kiú.

—¿Qué motivo te ha hecho tomar tal decisión?

—El de ser útil y proteger á la hermana del heroico Hang-Tu.

—Gracias, Hong; eres un amigo fiel.

—Sí; un amigo pronto á dar su vida por *Flor de las Perlas*—dijo el chino, mirándola fijamente.

Ella no respondió; parecía absorta en tristes pensamientos. Hong la tocó, y le dijo:

—No pienses ni en lo pasado ni en lo futuro; ocúpate sólo de lo presente, Than-Kiú. He averiguado dónde encalló *La Concha*.

—Lo sé, amigo; en los bancos de arena del Talaján, donde fué asaltada por los mindaneses.

—¿Cómo has podido saberlo?

—Por el comandante del fuerte, cuya prisionera, ó, mejor dicho, su huésped, fuí por veinticuatro horas.

Y la joven contó cuanto le había ocurrido con el noble coronel.

—¡Por Fo y Confucio!—exclamó el chino, no repuesto totalmente de su estupor.—Ha sido una verdadera fortuna. Si no tropiezas con ese coronel, estarías en las cárceles de Manila, ó, acaso, embarcada ya para las Carolinas ó Marianas. Ese noble y valiente jefe te ha dado informes que yo no conocía. ¡Por Fo y Confucio!... No será fácil arrancarlos de manos de las tribus del Surrán... Pero... ya veremos. Bueno, bueno; vamos primero á Talaján y luego los buscaremos en el interior, aunque debamos internarnos hasta más allá de Bu-

tuán... ¡Quién sabe si faltará alguno de los prisioneros!... No todos pueden soportar la dura esclavitud de esos bárbaros.

—¿Qué quieres decir?—preguntó la joven estremeciéndose.

—Quiero decir que no todas poseen la fibra de *Flor de las Perlas*, curtida en la campaña, y...

—¿Te refieres á Teresita?

—Sí, á ella... y á algún otro—murmuró Hong con acento sombrío.—Luego, volviéndose á Tseng-Kai, que se hallaba en el timón, gritó:—¡Eh!... ¡Viejo mío! Siempre á lo largo de la costa, por ahora... No hay que fiarse de los cruceros, que pueden haber recibido la consigna de echarnos á pique de un par de cañonazos... Tomaremos rumbo al Sur á la altura de las Calaminas.

CAPITULO VII

Á BORDO DE LA «TOW-MENG»

Cuatro días después, esto es, el 26 de Abril, el junco, que se había mantenido constantemente alejado de la vista de la costa de Mindoro, por temor de tropezarse con alguna cañonera española enviada en su persecución por la policía de Manila, avisaba las playas de Busuanga, la primera y mayor de las islas Calaminas. Este pequeño archipiélago, que se halla situado entre las costas meridionales de Mindoro y las septentrionales de Palauán ó Paragua, se compone de diez y siete isletas, de las cuales sólo tres tienen notable superficie: Busuanga (que es la mayor), Calaminas y Peñón de Corón (la más chica); las otras, muy poco pobladas y de escasas dimensiones, están rodeadas de arrecifes que hacen difficilísimo el arribo de barcos, aunque sean pequeños. La población de las diez y siete apenas pasa de veinte mil almas; son todos labradores, que sacan con poco trabajo su subsistencia de aquella tierra fertilísima; pero en el interior hay tribus de igorotes, salvajes de piel negra, que gozan fama de crueles y poco hospitalarios.

La *tow-meng*, que, á pesar de su forma maciza y su volumen casi primitivo, marchaba muy bien con viento favorable y buen viento, apenas avistó la punta Coconongo de Busuanga arrió parte de sus velas para moderar la marcha, pues no era prudente llevar en aquel paraje gran velocidad. Doblada la punta, el patrón puso proa al Sudeste para pasar entre la isla y las isletas de Tara y Bantac.

El tiempo era espléndido, y el mar estaba tranquilo; ni una nube sobre el azul maravillosamente puro del cielo radiante de luz, que se reflejaba en la tersa superficie líquida con destellos que herían la vista. Una brisa fresca que soplaba del Norte mitigaba los ardores del Sol y empujaba el junco con velocidad de cuatro nudos por hora.

Hong y Than-Kiú, sentados en lo alto de la proa, bajo una tienda que los resguardaba del Sol, miraban con viva curiosidad las elevadas playas de Busuanga, que se dibujaban claramente en el luminoso horizonte; los juncos de diversas clases marchaban con las velas desplegadas, así como los ligeros *paraos*, hacia la gran Calamina por la tranquila superficie del mar. De vez en cuando, el chino, que, como casi todos sus compatriotas de la costa, había recorrido los mares de China, indicaba á la joven las bandas de peces que acudían en torno del junco. Eran parejas de *diodones*, peces extraños que abundan en aquellas tibias aguas de la zona tórrida, que nadan con el vientre arriba y de tiempo en tiempo tragan gran provisión de aire, convirtiéndose en pelotas ó, mejor dicho, en erizos, pues sus cuerpos hallanse rodeados de pntas agudas, especie de espinas blanquizas, con manchas negras ó violáceas. Mostrábala también serpientes marinas, de un metro de largas, de forma cilíndrica, con piel morena y negra, ó blanca y amarilla, casi inofensivas por lo pequeño de sus bocas, que les impide morder, pero venenosísimas para comerlas. Había también medusas de disco cubierto de granulaciones pardas, flotantes como sombrillas.

De vez en cuando, no eran sólo peces inofensivos los que acudían á solazarse en las espumas que levantaba la proa del junco, sino también grandes perros marinos, del género *charcharia*, monstruos peligrosísimos de cinco á seis metros de largo, con grandes bocas armadas de dientes tan agudos y fuertes, que pueden partir con la mayor facilidad por el medio el cuerpo de un hombre. La *tow-meng*, impulsada por viento fresco, dejólos muy pronto á popa, ocupados en la caza de los peces voladores, perdiendo pronto de vista la alta costa de Busuanga. Ya se hallaba entre las islas de Mindoro y Panay y la parte septentrional de Mindanao, mar conocido con el nombre de Joló, y uno de los más difíciles de atravesar, no sólo por sus numerosas islas y escollos peligrosos, si que también porque, aun hoy día, no faltan en aquellas aguas piratas malayos.

Tseng-Kai, práctico en la navegación de aquel mar, del cual conocía perfectamente los riesgos, no abandonaba un instante el puente, observando con mirada aguda y penetrante todos los veleros que aparecían en el horizonte, apresurándose á cambiar de ruta cuando alguno le parecía sospechoso, y aumentando con prudencia las distancias.

No hace muchos años que Joló y las islas de Cuyo eran nidos de formidables piratas que recorrían casi impunemente el mar, mostrando orgullosos sus banderas, en las cuales se destacaban las puertas de la Meca en campo de plata y gules. Los cañones españoles lograron domarlos, especialmente después del terrible bombardeo de 1847, pero no vencerlos completamente; y, cuando se creen seguros de la impunidad, asaltan con gran intrepidez los pequeños veleros, sobre todo los chinos, que tanto abundan en aquel mar.

Afortunadamente, hasta entonces no había hallado el junco sino tranquilas naves mercantes que no se ocupaban sino de alejarse de allí lo más pronto posible; de vez en cuando, tal cual *clipper* americano ó inglés, de los que comercian con té, de construcción fina y un desarrollo de velamen que les facilita alcanzar velocidades increíbles, diez, y á veces once millas por hora; también se cruzaban con barcos chinos, *ts'ao chwan*, *ta-ju-chwan*, *paraos*, *geong* y *meriam*, variedad de embarcaciones, éstas últimas malayas; y el 28 de Abril, la *tow-meng*, que había acelerado la marcha por haber aumentado el viento, se encontraba en el archipiélago de Cuyo, compuesto de islas é isletas de naturaleza coralina, entre la costa septentrional de Paragua y la occidental de Panay, ésta del grupo de las Filipinas. Sólo cuatro ó cinco de aquéllas tienen cierta extensión: Cuyo, que es la mayor, Agutaya, Manamoci y Canipo; las otras son pequeñas, y muchas de ellas están deshabitadas.

Entre ellas había peligro para el junco de ser asaltado por aquellos piratas crueles que sostiene el sultán de Joló. Ya dos *paraos*, aprovechándose de la obscuridad de la noche, habían intentado hacerle aproximar á la isla de Dit para ponerlo al alcance de los piratas costeros; pero Tseng-Kai y Hong habían hecho descargar el cañón de proa, mostrando los dientes.

El 30 dejaron atrás el vasto archipiélago sin otros incidentes, emprendiendo, libres ya de bancos y escollos qué temer, la marcha rápida al Sudeste, hacia las islas Gagayanes.

—Dentro de cinco ó seis días—dijo Hong á Than-Kiú,—si no cambia el tiempo, avistaremos la costa occidental de Mindanao.

—Lo ansío, Hong; pienso que á cada día perdido disminuyen las probabilidades de salvarlos, pues los salvajes los habrán internado más lejos de la costa.

—Es posible; los piratas quizá se hayan apresurado á vender sus prisioneros á cualquier sultán del interior, para borrar las huellas de su rapiña y para quitar á Romero y sus compañeros toda esperanza de fugarse en algún barco.

—¿Tendremos necesidad de organizar alguna expedición armada?

—No, Than-Kiú; no sería prudente; la destruirían en cuanto nos alejásemos de la costa.

—Entonces, ¿qué crees que debemos hacer?

—Lo veremos más tarde.

—Yo estoy decidida á todo.

—Lo sé, y yo también. Mindanao es grande, pero una parte de la isla está en poder de los españoles, y los salvajes no conducirán, de seguro, á sus prisioneros por aquel lado. Será la región del lago la que tendremos que registrar.

—¿Es región peligrosa?

—Bastante; está habitada por salvajes de los más sanguinarios de todo el archipiélago malayo. Te has embarcado en una empresa que puede costarte la vida.

—No la mía sola; acaso las de mis amigos.

—¿Qué importa la nuestra? Morir en Mindanao ó á la cabeza de una partida insurrecta, da lo mismo. Es la existencia de *Flor de las Pérlas*, de la más hermosa é intrépida doncella del río Amarillo, la que desearía ver lejos de aquellas hordas salvajes... sobre todo cuando va únicamente por salvar al hombre que la ha herido de muerte...

—¡Calla!

—Y ha rechazado su amor—concluyó el chino.

—Tú odias á Romero.

—Romero no es chino, y, al rechazar á la más magnífica perla del Celeste Imperio, ha herido á toda la colonia amarilla, pero... ¡basta!...

—Pero... ¿qué?

—¿Qué te importa? Quisiera que se extinguiese la llama de tu corazón, que olvidases á ese hombre que no ha sabido apreciarte en lo que vales, mientras que todos tus compatriotas se considerarían felices obteniendo una sonrisa, una mirada de *Flor de las Pérlas*.

—¿También tú, Hong?

—Quizá más que nadie—repuso el chino, en cuya voz vibraba amargo desconsuelo.—¡Y le amas aún!—prosiguió con súbita violencia.—¡Le amas aún, no obstante haber destruido tus sueños y haber costado la vida al hombre más valiente de la raza amarilla, á tu hermano Hang!

—Calla, Hong; te lo suplico—murmuró la joven con angustia.

—Sea, puesto que lo quieres; pero cuenta que no te sea fatal el encontrar á Romero, porque si murieses... juro por Fo y Confucio que le mataré á él, y también á la doncella blanca.

CAPÍTULO VIII

LA BOCA DEL TALAJÁN

El 12 de Agosto, el junco, después de haber atravesado el estrecho de Basilán, dejado atrás el faro de Zamboanga, y atravesado también la bahía de Illana, avistaba las costas occidentales de Mindanao, entre los cabos Tanalisa y Tapián.

Esta isla es una de las más grandes del archipiélago filipino, la segunda después de la de Luzón, con una superficie de tres mil ochocientas leguas cuadradas y una población aproximada de millón y medio de habitantes, de los cuales las tres cuartas partes salvajes ó poco menos, y de hecho independientes, pues no reconocieron nunca la soberanía española, aunque desde hace siglos ocuparon varios puntos, estableciendo tres alcaldías (en Caraga, con Dapitao; en el Missamis, con la ciudadela de Davao, y en Zamboanga), y un gobernador en Basilán, dependiente del capitán general del archipiélago; pero es lo cierto que la mayoría de Mindanao no está hoy ni explorada, ni bien conocida ni conquistada.

Gran porción de aquella vasta isla hállase aún bajo la dominación de sultanes que fomentan y ejercen más ó menos francamente la piratería, que cuentan con miles de esforzados combatientes y darian gran trabajo á quienes quisieran conquistarlos; en la región septentrional hay poblaciones nómadas, pueblos ó tribus sueltas con sus caciques correspondientes; hay también, sobre todo en el interior, partidas absolutamente salvajes, que viven en perpetua guerra entre sí y con los vecinos, igorotes en su mayoría.

Si los indígenas son feroces é inhospitalarios, so-

bre todo los que no se hallan en contacto con el mar, la isla es una de las más espléndidas de la Malasia, con cómodos puertos naturales; ríos navegables y anchos, como Río Grande, Butuán, Davao; lagos vastísimos, como el Maguindanao y el Linguasán; y altas cadenas de montañas, entre las cuales las más notables son las de Apo (que forma la osamenta principal de la isla), Dicalungán y Sugut. Pocas islas tienen tan extensas selvas, casi vírgenes, habitadas por gran número de salvajes. Los indígenas tienen, pues, de todo al alcance de la mano: frutos, carne y pescado; pero la vida no les es fácil, á causa de hallarse casi siempre en guerra.

La *toiw-meng*, á la vista de la costa, amainó velas para acercarse más lentamente y poder sortear los numerosos escollos y peligros que rodean aquellas playas y que Tseng-Kai conocía muy bien, poniendo proa hacia la embocadura del río Talaján, donde, según el coronel, había encallado la cañonera.

Hong y Than-Kiú querían ante todo examinar el punto en que el buque fué asaltado por los piratas, á fin de no extraviarse en sus ulteriores pesquisas por el interior. Esperaban que algún pescador costero podría facilitarles informes respecto á la nacionalidad de los piratas que tomaron parte en el aboraje.

—No faltará quien os suministre noticias—les había dicho Tseng-Kai;—sólo que hay que estar muy alerta, porque el sultán de Selangán es muy complaciente con los piratas, y aun se dice que los anima y protege. Si se han atrevido con una cañonera española, calculad el escrúpulo que tendrán en asaltar y destruir un mísero junco chino. Afortunadamente he sacado de las cajas de los insurrectos cuatro docenas de granadas que les escaldarán las espaldas.

—Tal vez el sultán no los proteja ahora abiertamente—objetó Hong—por el suceso de la cañonera, aunque los españoles tienen demasiada ocupación en Manila para atender á los piratas.

—Es probable, y tal sospecha me asaltó al ver la ausencia de veleros en estas aguas.

—Mal síntoma.

—Sin embargo, el cañón está cargado, y he hecho subir los fusiles á cubierta.

—¿Estamos próximos al punto en que fué asaltada la cañonera?—preguntó emocionada la joven.

—Cuestión de dos ó tres horas.

—¿Pasaremos ante alguna aldea?

—Sí, la de Tambag; pero ¿por qué lo preguntas?

—Pensaba en que algún habitante nos podría dar alguna noticia.

—Y suscitaremos sospechas—dijo el patrón, meneando la cabeza.—Créeme, Than-Kiú, guardemos lo más secreto que podamos el objeto de nuestro viaje, ó, si no, apenas desembarquéis hallaréis tantos obstáculos que tendréis que volveros ó perecer. Procedamos con prudencia. Deja que lleguemos al lugar del suceso, y veremos lo que ha de hacerse. ¡Hola!... ¡Izad todas las velas, y un hombre á proa con la sonda!

El junco, que había amainado la mitad de su velamen poco antes, largólo de nuevo y reemprendió su marcha veloz, flanqueando la costa, que se extendía á dos millas de distancia. La playa aparecía desierta y cubierta de bosque, que extendía sus raíces por las márgenes de aquélla para que las bañara el mar. No se veían sino grandes bandadas de pájaros costeros y nidos de golondrinas, de esos que tanto apetecen los golosos chinos.

Hong y Than-Kiú aguzaban la vista tratando de descubrir algún barquichuelo de pesca ó cualquier cabaña; pero en vano. Aquellas playas, de ordinario tan habitadas; aquellas costas, llenas otras veces de *paraos* y veleros de todas clases, estaban entonces desiertas. Parecía que sus habitantes habían huído al interior. Á las diez de la mañana, el barco, que andaba con una velocidad de tres nudos por hora, pasó ante el Tenuán, riachuelo que desemboca entre bancos de arena, y luego ante el Matabar, cerca del cual debía existir una aldea de la cual no descubrieron ni rastro Tseng-Kai y sus hombres. Á medio día rebasó la ensenada que forma la costa, especie de canal algo semejante á los *fiords* noruegos, y ancló en la boca del Talaján, uno de los ríos más considerables de Mindanao, pues tiene sus fuentes en la región meridional, cerca de los montes Dicalungán, con vastos ramales que le unen al brazo Norte de Río Grande, sirviendo de unión al Sur y al lago Butuán por medio del Bacat.

Las bocas del río eran pintorescas; sus orillas, bastante bajas, estaban encumbradas por magníficos árboles de gigantescas hojas, que proyectaban espesa sombra sobre las límpidas aguas. Mil isletas, como macizos de verdor, servían de refugio á infinidad de variados pajarillos que revoloteaban lan-

zando alegres trinos. Ni una aldea, ni siquiera una choza aislada, se veía surgir entre aquella exuberante vegetación; sólo algunas barcas abandonadas en los bancos de arena, y medio sumergidas, indicaban que había habido allí habitantes.

Hong, Tseng-Kai y Than-Kiú, después de haber lanzado miradas recelosas al bosque, capaz de servir de refugio á los asaltantes de la cañonera,



—¡Por Fo y Confucio!... ¡Qué transformación!...

examinaron ambas orillas y el curso del río antes de intentar su exploración.

—Veremos: si ha sido aquí asaltada la cañonera, algún resto de ella hallaremos; ¿no te parece, Tseng-Kai?

—Así lo creo yo también; el vaporcito no se lo habrán llevado tierra adentro los piratas.

—No veo nada, sin embargo—añadió Than-Kiú.—¡Si no fuera éste el paraje!... ¡Y nadie á quien interrogar!

—¿Quieres un consejo?—dijo el patrón, que se había quedado pensativo.—Exploremos el río con

la canoa. Las aguas son profundas, y quizá la cañonera, huyendo del furor del mar, se internara más adentro de la boca.

—Creo excelente tu consejo, Tseng; partiremos, yo, Than-Kiú, Pram-Li y el joven Shen-Kin, y tú te quedas con tus hombres guardando la *tow-meng*.

—Tienes razón; no me atrevo á abandonarla. Si no halláis nada, iremos hasta Costabado; es imposible que en ese pueblo no sepan algo.

—Concededme diez minutos; cuando la canoa esté en el agua, estaré ya dispuesta.

En tanto que se apresuraba á meterse en el camarote de popa, los marineros echaban al agua la pequeña embarcación, proveyéndola de armas, municiones y víveres, pues no era prudente aventurarse sin ellos por aquellos parajes. Hong iba á bajar á la lancha, cuyos remos habían ya empuñado Shen-Kin y el malayo, cuando vió salir de la cámara de popa un joven de formas elegantes que no había visto hasta entonces. Cuando se volvía para interrogar á Tseng-Kai, no menos estupefacto que él, exclamó:

—¡Por Fo y Confucio!... ¡Qué transformación!... He ahí el más guapo mozo de la marina china, y á quien el mismo Emperador desearía tener á sus órdenes.

Aquel bellissimo marinero era Than-Kiú, que, comprendiendo que el traje femenino en aquellos parajes habría podido inspirar sospechas, se había encajado un traje de marinero, el cual, además, le daba mayor libertad de movimientos. La chaqueta y los pantalones, de seda azul, le sentaban admirablemente; llevaba una faja roja, y ocultaba sus cabellos bajo amplio sombrero de fibras de *rotang*.

—¿Reconocéis en mí una mujer?—preguntó sonriendo.

—No; pero estás hecho tan guapo mozo, que, si yo fuese capitán de un buque, te robaría. Has tenido magnífica idea, hija mía.

—Entonces, partamos.

Iban á abandonar el junco, cuando el patrón los detuvo.

—¿Qué quieres?

—Escucha.

El jefe del *Lirio de Agua* y Than-Kiú prestaron atención, pero sólo oyeron el grito formidable de una banda de *simiang*, horribles monos, bastante comunes en la Malasia, y que arman un estrépito ensordecedor. Sin embargo, escuchando con mayor

atención alcanzaron á distinguir también una voz humana, como si un hombre llegara por el río cantando á grito herido una canción bárbara.

—¿Algún pescador?—preguntó Hong.

—Pronto lo sabremos—repuso el patrón.

—Tal encuentro puede ser una fortuna—observó la joven.

—Ó una desgracia—añadió Tseng-Kai.

La voz se aproximaba; el viejo chino, que continuaba escuchando con cuidado, logró entender algunas palabras de la canción. Era una voz robusta que se destacaba alguna vez de la gritería de los simios, y que denotaba en el que la emitía pulmones de hierro.

—Es un malayo.

En aquel instante apareció por el recodo del río una lancha hecha del tronco de un árbol, montada por un hombre casi desnudo, pues sólo llevaba un taparrabos y un pañuelo anudado á la cabeza. Era de estatura más bien baja, macizo, de piel bronceada, brazos y piernas musculosos, de facciones nada bellas, pues tenía la nariz aplastada, boca grande y ojos pequeños y de mirar tétrico. Al encontrarse bruscamente ante el junco, alzó los remos que empuñaba y miró recelosamente á la tripulación de la *tow-meng*. Después hizo un gesto como si quisiera coger los pesados y agudos hierros llamados *bolos*, que tenía en la lancha; pero no llegó á tocarlos, comprendiendo que de poco podían servirle contra el junco.

Tseng-Kai, que había salido del castillo de proa, hizo señas á Pram-Li y su compañero de que armaran sus fusiles, y gritó al malayo, que había vuelto á remar:

—¡Ohe!... ¿Dónde vas? Si quieres pasar á bordo, puedo ofrecerte un trago de *sam-sciú* y tabaco.

El malayo no contestó; miró á todos lados cual si temiese ser espiado, inclinóse para escuchar con atención un momento, y con gesto resuelto remó hacia el junco. Una vez amarrada su lancha á la canoa, agarró la cuerda que le habían tendido y subió á bordo, con la agilidad proverbial de esa raza de valientes marineros.

—Aquí estoy—dijo examinando con rápida mirada el barco y la tripulación.—Dame ese trago de *sam-sciú* y el tabaco que me has prometido.

—Te daré, no un trago, sino una botella, y tabaco para fumar una semana, y hasta un *kriss* si quieres; pero con una condición—exclamó Tseng-Kai.

—Habla—repuso el malayo, mirando de través á los tripulantes que le rodeaban.

—¿Hace mucho tiempo que habitas en este río?

—Muchos años.

—¿Hay algún pueblo cerca?

—Uno lejano, pues se halla en la confluencia del Sur y del Talaján.

—¿Vienes de allí?

—No; tengo mi cabaña en los bosques.

—Entonces ¿eres pescador?

—Sí—dijo titubeando el malayo.

—Entonces debes saber lo ocurrido en los últimos tiempos.

—Cierto.

—Aun lo ocurrido hace dos ó tres meses.

—Sí.

—¿Viste una cañonera tripulada por blancos en estos parajes?

El malayo se estremeció; miró fijamente al patrón, como si quisiera leer en sus ojos el objeto de la pregunta, y exclamó con cierto temor:

—¿Venís á vengarles?

—¡Por Fo y Confucio!—exclamó Hong, entendiendo que el malayo no había perdido una sílaba del diálogo.—Parece que nuestro hombre sabe demasiado respecto á *La Concha*. ¡Prudencia, Tseng-Kai!

—No temas—repuso el patrón; y dirigiéndose al malayo, que no cesaba de mirarle, añadió: —No venimos á vengar á nadie; los blancos no son amigos nuestros, como debes de saber.

—¿Qué queréis saber, pues?

—Sencillamente, dónde encalló la cañonera.

—¿Para qué?

—Para satisfacer los deseos de una persona que quiere saber si se perdió aquí ó en la costa meridional de la isla.

—¿Para después vengar á los hombres que la tripulaban?—insistió el malayo receloso.

—Esta lija de agua dulce—murmuró Hong—no tiene tranquila la conciencia. Debe de haber tomado parte en el abordaje.

—¡Guay de él!—exclamó la joven, mirándole sombríamente.

Tseng-Kai continuaba su interrogatorio.

—Te he dicho que nadie piensa en vengar á los blancos; pero parece que la persona que me envía tiene interés en comprobar la desaparición de una de aquellas víctimas, para entrar en posesión de una gran herencia.

—Te comprendo—dijo el malayo, tratando de sonreír.—Y luego, tras breve pausa, preguntó:—Y si yo te digo dónde encalló, ¿me darás el *kriss*, el *sam-sciú* y tabaco?

—Sí.

—Pues bien; fué en este río.

—¿Dónde?

—Allá; el mar estaba alborotadísimo, y los blancos, por salvarse, penetraron en el río, con no poco trabajo, y remontaron un buen trecho la corriente.

—¿Y encallaron?

—En un gran banco de arena.

—¿Y después?

El malayo, por toda respuesta, clavó en Tseng-Kai dos ojos que parecían puñales.

—Después—dijo tras alguna vacilación—fueron asaltados por los piratas.

—¿Por qué piratas?

—No lo sé; no estuve presente en el acto combate. Cuando por la mañana salí al río para ir á pescar á la costa, todo había acabado; sólo vi sobre el banco de arena el casco de la cañonera destruido.

El patrón iba á continuar su interrogatorio; pero Hong le hizo una seña, y le dijo en chino:

—Luego averiguaremos lo demás. Déjame á mí.

Tseng-Kai dió orden á un marinero de que llevara al malayo una botella de *sam-sciú*—fuerte licor muy apreciado por los chinos, y que se obtiene por la fermentación del arroz,—algunos paquetes de tabaco y un *kriss*, diciendo:

—Ahora nos llevarás á ver el casco de la cañonera; ¿verdad, buen mozo?

—Cuando queráis. Os advierto que el río está muy recorrido por los piratas, y os aconsejo que vayáis muchos.

—Con cuatro de nosotros bastará.

—Son pocos. ¡Tenéis tantos hombres á bordo!...

—No podemos abandonar el junco.

El malayo pareció contrariado, y añadió:

—Por lo menos, embarcaremos el cañón.

—Hace falta para la defensa de la *tow-meng*.

—Sea; pero, si nos asaltan, trataréis de defenderme, ¿eh?

—No temas—dijo Hong, sonriendo irónicamente.—Somos cuatro hombres resueltos, bien armados, y tu barca es sólida.

Mientras el malayo bajaba á su lancha, en la cual habíanse ya embarcado Sheu-Kin y Pram-

Li. Hong se acercó á Tseng-Kai y le advirtió:

—¡En guardia, viejo, y abre bien los ojos! Este malayo manifestaba demasiado interés en privar al junco de sus hombres y de su cañón, para que no sea sospechoso.

—Si me asaltan los piratas, me hallarán apercebido para recibirlos. No tengáis cuidado. Andad, y volved pronto.

—No temas—añadió por su parte Than-Kiú—tampoco tú. Tenemos fusiles de retrocarga y cuatrocientos cartuchos. Es bastante; ya sabes que somos capaces de hacer buen uso de ellos.

CAPÍTULO IX

EL CASCO DE «LA CONCHA»

Los cuatro, con el sospechoso malayo, embarcaron en la chalupa, capaz para contener diez personas lo menos, y remontaron apresuradamente el río, favorecidos por la alta marea. Como el junco estaba anclado en la boca del Talaján, tenían aún que recorrer un buen trecho de agua marina, que conservaba entre ambas orillas maravillosa limpidez, permitiendo distinguirse límpidamente el fondo y ver todos los objetos á través del movable cristal.

Than-Kiú y Hong, que se habían sentado á popa, en tanto que el malayo se hubo tendido á la larga en la proa, no separaban sus miradas del fondo, esperando ver algún resto del naufragio; pero en la arena que formaba el lecho del Talaján no aparecía huella alguna del infortunado vaporcito; sólo se distinguían cefalópodos provistos de largos tentáculos, como brazos llenos de ventosas; pólipos bastante buscados por los pescadores chinos y japoneses; algunas parejas de esos graciosos peces de *piel* azulada de reflejos metálicos, llamados *pomacentras*, muellemente tendidos entre las algas; tal cual gigantesco *halioti*, y madreperlas que irradiaban todos los colores del iris, cuya carne es muy apreciada por los indígenas.

—Habrás sido todo arrastrado al mar—observó Hong dirigiéndose á la joven, que parecía buscar con insistencia algún objeto perteneciente á Romero.

—Verdad—afirmó la doncella, moviendo melancólicamente la cabeza.—Todo habrá ido á parar al mar.

—No importa; basta que encontremos el casco para asegurarnos de que naufragó aquí la...

—¿Y después?

—Después, ya veremos lo que conviene hacer.

—¿Esperas que hable el malayo?

—Ese hombre sabe mucho, y cada vez me convenzo más de que tomó parte en el asalto. A su tiempo se lo haremos confesar, Than-Kiú.

—¿No lo dejarás libre?

—No, hija mía; ya que hemos tenido la suerte de echar mano á uno de los asaltantes, no lo dejaremos tan pronto.

—Pero ¿crees que sea un pirata?

—Estoy seguro de no engañarme.

—¿No nos tenderá un lazo?

—Tratará de hacerlo, como también tratará de hacer sorprender al junco.

—¡Oh!

—No te quepa duda. No le he quitado ojo, y he podido apreciar cómo se fijaba atentamente en el armamento de la *tow-meng*. Pero si él es astuto, yo lo soy más.

—¿Nos guiará adonde naufragó *La Concha*?

—¿Por qué no? Quizá le conviene separarnos del junco; pero á la primera sospecha le rompo el cráneo con la culata del fusil. ¿Eh?...

El malayo, que había permanecido silencioso hasta entonces, volvió á cantar la bárbara canción que entonaba al bajar por el río, despertando los ecos del bosque. Era una serie de notas agudísimas que envidiaría un tenor, pero ásperas y extrañas.

—¿Por qué gritas?—exclamó el chino con la frente anublada, dirigiéndose al pescador.—Hace poco has dicho que no era prudente recorrer el río por los piratas, y ahora aúllas como un condenado, cual si quisieras avisarles de nuestra presencia en estas aguas.

—En este río me conocen todos, y...

—Pero nosotros no te conocemos: cierra el pico y deja gritar á los monos.

El malayo se encogió de hombros, callóse y se tendió de nuevo en la proa. Hong, que le observaba, le vió mirar con gran atención á las dos orillas.

—Ó mucho me engaño, ó en breve veremos algo—murmuró el astuto chino.

La chalupa, siempre favorecida por la marea, continuaba su marcha, internándose ya en el río, que conservaba una anchura respetable; las dos ori-

llas estaban cubiertas de verdaderos bosques espesos, de palmeras de todas clases que elevaban entrelazadas sus gigantescas hojas y sus exquisitos frutos armados de formidables espinas, cedros, ébanos y espléndidos *bados*; árboles preciosos, de cuyo fruto se extrae esa grasa apreciadísima conocida en el comercio con el nombre de aceite de Macassar. Bellísimas aves revoloteaban alegres de rama en rama ó atravesaban el río, mostrando á los rayos del Sol sus brillantes plumas de variados colores. Hacia una hora que navegaban nuestros amigos, cuando el malayo, de pie hacia un rató, dijo súbitamente:

—Ya hemos llegado.

—¿Aquí fué?—preguntaron Hong y Than-Kiú con ansiedad.

—Sí; veo allí un trozo del palo mayor de la cañonera, que las aguas han arrastrado un tanto; el casco no debe de estar lejos.

—¿Dónde está el palo?

—En medio del río; un pie bajo el agua.

—Queremos verlo.

—Remad un instante hacia allá—ordenó el malayo.

—Dirigióse la lancha en la dirección indicada. Hong y Than-Kiú miraban ansiosos el agua, que seguía estando transparente, y dieron al mismo tiempo un grito cada uno. Del fondo del río surgía casi hasta flor de agua un madero, que tenía aún jarcias y cuerdas adheridas, y las cuales se habían enganchado en una roca subacuática. No había duda; el palo aquél no podía confundirse con los de los barcos malayos, chinos ni celibes, pues tenía grandes abrazaderas de metal. La joven palideció y sus ojos se fijaron con avidez en aquel despojo, como si buscara en él algún indicio que le revelase la nave á que había pertenecido. Con voz trémula exclamó:

—¿Será el de *La Concha*, Hong?

—Veremos—repuso el chino.—Tened firme vosotros la canoa y mantened el equilibrio.

Se inclinó, sumergió los robustos brazos en el agua, cogió una cuerda que ondeaba agitada por la corriente, y, reuniendo todas sus fuerzas, operó una violenta tracción. El tronco, arrancado del fondo por aquel esfuerzo, salió á la superficie y cayó luego, levantando un monte de espuma.

—¡Por Fo y Confucio!... Mira, Than-Kiú—dijo agarrándolo antes de que se alejase, y mostrando en el anillo de metal un nombre grabado.

—Concha—leyó la joven.—¡Es el palo de *La Concha*, amigos míos!

—Sí—corroboró el jefe de la sociedad secreta.—Es una fortuna que no esperaba alcanzar tan pronto. Esto es un trozo del palo mayor de la cañonera española, cortado quizá por una bala de cañón. No nos ha engañado el malayo.

—¡La cañonera de Romero!... ¡Gran Budda!... Ha venido aquí, donde estoy yo...



Se inclinó, sumergió sus robustos brazos en el agua...

—Romero... con la doncella blanca; no lo olvides, Than-Kiú.

—¡Oh! ¡Calla, calla, por favor; no me atormentes, Hong!

—Bueno; dejemos este palo inútil y busquemos el casco.

Soltó el madero, hizo señas á Sheu-Kin y Pram-Li de empuñar de nuevo los remos, y la lancha prosiguió su marcha. La muchacha, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, seguía en su imaginación el drama de *La Concha*

como si lo presenciara; Hong la oyó suspirar y pensó:

—¡Pobre niña! ¡No se curará de su amor por ese hombre!

Un mugido extraño, procedente del bosque de la orilla izquierda, y que parecía emitido por algún instrumento, la arrancó de sus reflexiones.

—¿Qué es eso?—preguntó mirando con fijeza al malayo, que se había incorporado bruscamente.

—No lo sé—repuso el interrogado con cierto embarazo que no escapó á Hong.

—¿Una señal acaso?

—Creo que habrá sido algún mono.

—Pram-Li, ¿has oído á algún mono lanzar semejante grito?

—Nunca, Hong.

—Entonces, no cabe duda de que es una señal.

—Así me lo temo.

—Ya os dije— repuso el patrón de la lancha—que por acá suele estar lleno de piratas.

—Es una preciosa advertencia. Than-Kiú, hija mía, abre tú también los ojos. ¡En guardia todos!

—Estoy dispuesta—dijo la joven, cogiendo un fusil, como sus compañeros.

El malayo, en tanto, miraba con la mayor atención la orilla, y escuchaba ansioso, como si aguardase ver aparecer á alguno. Después de aquel grito, nada se oyó. Hong mismo, no viendo ni oyendo nada, carecía de fundamento en qué basar sus sospechas. En la orilla alineábanse tranquilamente diez ó doce *vavaus*, cuadrumanos de rostro azul obscuro, pelambre larga y parda y dotados de prodigiosa agilidad, pues avanzan en un salto doce ó quince pies. Ocupábanse en beber agua, cogiéndola del río con las manos ahuecadas.

—Si los monos están tranquilos—observó Hong—nada tenemos que temer.

—¡El casco de la cañonera!—dijo en aquel instante el malayo.

Hong y Than-Kiú pusiéronse en pie, mirando con curiosidad la masa negra que les señalaba el guía, y que se hallaba junto á un gran banco de arena en el recodo del río.

—¡*La Concha*!—exclamó la joven palideciendo y apoyándose en su amigo, como si careciese de fuerzas.

—¡Ánimo Than-Kiú! ¿Cómo es eso? ¡Tú tan valiente!... ¡Recobra el valor!...

—La vista de la cañonera me lo quita—gimió ella,—recordándome la noche fatal en que me des-

trozaron el corazón y se destrozó el más hermoso sueño de mi vida...

—Bueno, bueno—replicó conmovido Hong.—Vamos á ver si hallamos alguna huella de Romero.

CAPÍTULO X

LA TRAICIÓN DEL MALAYO

La Concha, que Than-Kiú había reconocido, y que vió partir con la rapidez de la flecha la noche en que perdió á Romero, no era más que miserable despojo en el estado en que la habían abandonado los piratas del Talaján. Todo estaba destrozado por completo, hasta el mismo casco, desprovisto de palos, velas, timón, jarcias, cuerdas, camarotes, y hasta el áncora y su cadena; tenía la proa abierta, y por la rotura penetraba el agua del río, que no tardaría en hundirlo. La cubierta presentaba un cuadro deplorabilísimo, pues los asaltantes la habían despedazado para llevarse barandas, escalas, bocas de escotillas y cuanto consideraron útil. Sin embargo, conservábanse cajas rotas, fragmentos de ropas, víveres y balas desperdigados, grandes manchas de sangre, y en la popa algunos esqueletos.

Hong y Than-Kiú buscaban ansiosamente, removiendo todos aquellos despojos, alguna huella de Romero, Teresita ó el comandante. Than-Kiú y Hong examinaron los cadáveres para asegurarse de que no estaba entre ellos el del mestizo; los esqueletos eran todos de marinos.

—Nada—dijo á Than-Kiú el jefe del *Lirio de Agua*;—no hay ninguna huella de él; debemos esperar que no ha sido asesinado.

—¡Esperar!—suspiró la muchacha, que se había sentado en una caja abierta.—Pero ¿quién nos asegura que su cadáver no ha sido echado al río? Era un valiente, y lucharía en primera fila.

—Pueden haberle sorprendido de noche y hecho prisionero antes de poder resistirse.

—¿Y quién me sacará de esta duda horrible?... ¿Quién, Hong?

—El malayo.

—Hazle hablar por todos los medios, Hong.

—No dudes que dirá todo lo que sepa, aunque tenga que despellejarlo vivo. Pero está poniéndose el Sol, y no es prudente pasar aquí la noche.

—¿Volvemos al junco?

—Por ahora, sí... Mañana resolveremos lo que convenga. Por hoy, basta con haber obtenido la

prueba de que *La Concha* encalló y fué asaltada por los piratas.

—¡Gran Budda! ¿Qué habrá sido de él? ¿Dónde lo habrán llevado? ¿Le veré algún día?

—¡Calla!—ordenó con imperio el chino.

Se había repetido el grito extraño, el mugido que oyeran antes, y mucho más cerca.

—Es indudablemente una señal—dijo, empezando á alarmarse Hong.—Temo que no pasaremos la noche tranquilos.

El malayo, que hasta ahora no se había movido de la chalupa al lado de Pram-Li, pasó á la cañonera. Ya no conservaba su calma, y sus facciones y sus ojos expresaban viva ansiedad.

—¿Has oído?—preguntó á Hong.

—Sí.

—Es una señal; estoy seguro de no equivocarme.

—¿De quién?

—De los piratas del Talaján.

—¿Lo crees así?

—Estoy seguro.

—¿Y tienes miedo?...

—Son hombres sanguinarios que no respetan á nadie.

—Sin embargo, respetaron á los de la cañonera.

—Cierto; pero tenían un motivo.

—¡Hola!... ¿Sabes que perseguían un objeto al no asesinarlos?

El malayo hizo un gesto de mal humor, como enojado por haberse vendido, y replicó luego:

—¡Huyamos, ó no respondo de vuestra piel!

—¿Y adónde?

—Á mi cabaña, por esta noche. No os aventuréis á bajar por el río.

—Somos personas resueltas.

—Lo creo; pero nada podréis hacer contra ciento ó doscientos bien armados.

—Acaso tienes razón—dijo el chino, que había quedado pensativo.—No es prudente exponerse á una descarga imprevista de armas de fuego. ¿Está muy lejos tu choza?

—En el bosque de la orilla derecha, á media milla del río.

—¿Qué me aconsejas, Than-Kiú?

—Que vayamos á la cabaña. Los piratas pueden cortarnos la retirada y asaltarnos en medio del río... Pero estoy inquieta por Tseng-Kai.

—¡Bah! El viejo no es hombre para dejarse sorprender, y está tan cerca del mar que puede largarse fácilmente.

El mugido misterioso dejóse oír por tercera vez, seguido de agudo silbido. Hong hizo pasar rápidamente á la joven á la lancha y exclamó:

—¡Pronto; partamos!

Las tinieblas surgían rápidamente, pues en las regiones ecuatoriales no hay crepúsculos. Pájaros y monos, apenas desapareció el astro diurno, apresuráronse á buscar sus nidos; al alboroto anterior sucedió profundo silencio, apenas interrumpido por el murmullo del agua. La chalupa se destacó del casco de la cañonera, que, al lado del banco de arena, semejaba una ballena estancada. Los dos malayos remaban lentamente, tratando de hacer el menor ruido posible, en tanto que los dos chinos y Than-Kiú vigilaban con los fusiles preparados.

Ya había atravesado la barquilla medio río, cuando Hong, que no apartaba los ojos de entre los árboles por donde habían lanzado la señal, vió alzarse un par de horribles y gigantescos mureielagos llamados *tainán*, y que más parecen gatos ó zorros que volátiles. Al alzar el vuelo lanzaron estridentes y sendos gritos de espanto, y atravesaron el río para refugiarse en la orilla opuesta.

—¿Has visto?—dijo á Than-Kiú.

—Sí; cuando los *tainán* han huido así, algún motivo les ha obligado... algún hombre...

—Ó algunos hombres; pero estamos ya en la orilla y no los creo tan valientes...

—Temo siempre por Tseng-Kai.

—No te inquietes por él.

Los malayos metieron la chalupa en la arena. Hong, antes de desembarcar, escuchó atentamente, y, tranquilizado por el profundo silencio que reinaba en el bosque, saltó á tierra, siguiéndole sus compañeros con los fusiles preparados, y el pescador malayo con su formidable *bolo* empuñado.

—Guía; pero acuérdate de que voy tras de ti, y á la primera sospecha te salto la tapa de los sesos.

—No tengo deseo alguno de hacerme matar—contestó el pescador tratando de sonreír.—Os conduciré á mi cabaña sin que corráis ningún peligro.

Pusiéronse en marcha uno tras otro; el pescador primero, y el último Pram-Li, abriéndose trabajosamente paso por entre ramas, raíces y cañas que formaban espesa red, procediendo con sumas precauciones, deteniéndose con frecuencia á escuchar por temor á un ataque imprevisto, no sólo de los hombres, si que también de las serpientes, numerosas y de extraordinarias dimensiones en Minda-

nao, y de los gatos de algalia, carniceros muy comunes en aquellas selvas.

Antes de mover una rama, el pescador se inclinaba hacia tierra, observaba atento y, sólo cuando estaba seguro de que no había cerca ni hombres ni animales, se atrevía á avanzar. En el bosque no reinaba el silencio; de cuando en cuando se oían clamores ensordecedores, ladridos extraños que debían ser lanzados por alguna manada de perros salvajes persiguiendo salvaginas; oíanse silbidos de serpientes, maullidos sordos y brutales, y tal cual rugido de panteras negras, formidable animal que no teme asaltar á un grupo de hombres armados. Aquella marcha silenciosa y prudente por la selva duró cerca de veinte minutos, y el pescador detúvose á la orilla de un riachuelo, que debía ser afluente del Talaján.

—Ya hemos llegado—dijo á Hong, que le seguía, amenazándole siempre con su fusil.

—¿Dónde está tu cabaña?

—Oculta detrás de ese matorral.

Dejaron la orilla para aprovecharse de un sendero abierto entre las hierbas, y llegaron á un grupo de grandes árboles, entre los cuales se escondía una choza de bambú con techo cónico. Abrió la puerta, dió á Hong una rama resinosa para que la encendiera é invitó á todos á entrar.

El interior de la cabaña no valía más que el exterior; dividíase en dos estancias: una que servía de almacén, llena de fruta, pan de sagú, redes, etc., y la otra de cocina y alcoba, pues tenía lecho y fogón rústico con varios tarros para guisar, y unas esteras que parecían servir de mesas y sillas. Hizoles sentar en ellas, escuchó un momento desde la puerta, y cerróla precipitadamente, atravesándola, y dijo:

—Ahora podemos estar seguros de no ser asaltados. Nadie es capaz de encontrar mi choza.

—Supongo que no nos habrán seguido los piratas.

—No es fácil seguir una pista de noche por una selva virgen. ¿Tenéis hambre?... Puedo ofreceros algo que cenar.

—Te lo agradeceremos.

El malayo cogió algunos cacharros, los puso ante sus huéspedes, y les invitó á servirse liberalmente. La cena era más abundante de lo que presumiera Hong; pero si los manjares eran apreciadísimos para los paladares malayos, no así para los chinos, pues consistía en *blaciang* (fétida mezcla de can-

grejos picados y pececillos, que se deja fermentar al Sol y luego se adereza con mucha sal) y *larón*, ó sea larva de *termíti* (especie de hormigas muy grandes), amén de ciertas hogazas llamadas *ud-ang*, hechas con pequeños crustáceos reducidos á harina y casi amasados.

Sin embargo, viendo que sólo Pram-Li gustaba y aun saboreaba sus manjares, el pescador ofreció al jefe del *Lirio de Agua* media tortuga marina asada, pan de sagú y un gran frasco de *kalapa*, que es una bebida refrescante que contiene la nuez de coco.

Cuando hubieron cenado, el pescador, que demostraba una amabilidad extraordinaria, sacó del almacén un paquete de *rokok*, cigarrillos excelentes envueltos en hojas secas de *nipa*, fruta de *durión*, ya abierta, y bananas, y un gran tarro de *bram*, licor obtenido por el arroz fermentado, azúcar y jugo de cierta especie de palma. Sheu-Kin y Pram-Li, de muy buen humor, aceptaron los cigarrillos y bebieron sendas tazas de *bram*; pero Hong rehusó obstinadamente probarlo, ya por recelar algo, bien por no tener costumbre de beber licores, con gran sentimiento aparente del pescador, que lamentaba no poder ofrecerle cosa mejor.

—Demasiado es lo que nos has dado; no esperaba yo hallar esta abundancia en medio de la selva; y serás recompensado si los piratas nos permiten volver á la *tow-meng*.

—¡Oh! Mañana no habrá peligro alguno, pues los piratas no se atreven á salir de día por temor á las naves del sultán de Selangán, que vienen de vez en cuando á limpiar las bocas del río.

—Yo creía que los piratas eran súbditos de ese sultán.

—No; vienen de lejos; del lago Butuán, y son súbditos del sultán de Bacat.

—¿Y se arriesgan á aventurarse hasta aquí?

—Todo el río Bacat, y parte del Talaján, pertenece á su señor y pueden recorrerlo impunemente.

—Entonces, los hombres de la cañonera habrán sido llevados como esclavos á Butuán.

—Es probable.

—¿Y es cruel ese sultán?

—Es un ladrón que vive del saqueo; pero no parece que es malo.

—¿Qué habrá hecho de los blancos?

—He oído decir que hace mucho tiempo que deseaba tener esclavos de piel blanca, y sus piratas le habrán dado ese gusto.

Than-Kiú, que entendía la lengua malaya y no había perdido una sílaba, se levantó y exclamó transfigurada:

—¿Entonces no le habrán asesinado?

—¿Para qué?—repuso el pescador.—El sultán de Bacat no colecciona cabezas humanas.

Y luego, mirando escrutadoramente á la joven, añadió:

—Hay entre ellos una persona que te interesa... ¿verdad?

—No.

Sonrió el pescador incrédulamente y agregó:

—Vistes de hombre, pero eres mujer, y debes de ser china, como tus compañeros.

—Puede ser.

—Entonces, ¿tienes algún *amigo* entre los prisioneros?

—Pues bien, es verdad.

—No me engañé—murmuró el malayo, mirándola con ojos ardientes.—Y, cambiando bruscamente de tono: —Es tarde ya; podremos dormir, y mañana, á bordo del junco, continuaremos la conversación si lo deseáis. Os ofrezco el almacén, donde podréis descansar más cómodamente; yo me acostaré aquí.

—La verdad es que tengo sueño—dijo Sheu-Kin, que bostezaba hacía rato.—No sé si es el aire húmedo de la selva ó el *bram*, pero me estoy durmiendo.

—El aire de la selva—contestó el pescador con imperceptible ironía.

Ogió la antorcha, preparó unas esteras para Than-Kiú, y salió del almacén, dando las buenas noches y dejándoles la luz en un agujero del suelo.

—¡Por Fo y Confucio! Había creído un pícaro á ese hombre, y debo confesar que no he hallado en mi vida un malayo más amable, exceptuando al amigo Pram-Li—exclamó Hong.

—Así empiezo á creerlo; sin embargo, velaremos por turno—afirmó la joven.—Nunca está de más la prudencia.

—Haré yo el primer cuarto—se apresuró á decir Sheu-Kin,—porque presiento que, si me duermo, no me despertaré antes del alba. Ignoro si es el maldito licor ó el excelente cigarro, pero el caso es que tengo un sueño atroz. Paseando me despabilaré quizá.

—De todos modos, dormiremos con un ojo abierto—replicó el jefe del *Lirio de Agua*.

Acomodáronse lo mejor que pudieron y trataron

de dormirse para descansar durante aquellos momentos de tregua, ya que no estaban seguros de pasar con tranquilidad la noche.

Sheu-Kin comenzó su vela dando vueltas por el almacén para evitar que el sueño le rindiera; pero á cada instante sentía que le pesaban más los párpados y que se le entumecían los miembros, invadiéndole un sopor que al fin le hizo caer como un plomo.



—Le venció el sueño—dijo.—Afortunadamente me desperté yo.

Había pasado una hora, quizá dos, cuando Hong se despertó, pues tenía el sueño muy ligero, al oír unos golpecitos que parecían dados en la puerta de entrada. Creyendo que fuese el pescador, que los llamaba, se alzó rápidamente. La antorcha ardía aún, y vió á Sheu-Kin tendido en un rincón y profundamente dormido.

—Le venció el sueño—dijo.—Afortunadamente me desperté yo.

Miró á los otros, que también dormían, y quiso aproximarse á la puerta para interrogar al pescador; un rumor en la estancia vecina le detuvo.

—¿Qué quiere decir esto?—murmuró, alargando la mano hacia su fusil.—¿Nos hará traición?

Acercóse con mil precauciones á Pram-Li, y le sacudió, primero suavemente, luego con fuerza, sin lograr que abriera los ojos. Una sospecha asaltó su mente.

—¿Contendrían algún narcótico el *bram* y los cigarrillos?

Se acercó á Than-Kiú y la tocó; la simple presión de su mano fué bastante para despertarla. Iba á preguntarle lo que deseaba, pero se detuvo al ver que el chino, con un dedo sobre los labios, la recomendaba silencio, diciéndole luego al oído:

—Than-Kiú, estamos vendidos.

—¿Nos ha hecho traición el pescador?

—Sí; nuestros compañeros han bebido con el *bram* algún poderoso narcótico, y no hay medio de despertarlos.

—¿Y el traidor?

—Calla, y oye.

Escucharon y oyeron abrir con precaución la puerta de la cabaña; alguien entraba con ligero paso.

—Sí, Hong, estamos vendidos; pero no nos dejaremos sorprender. Dame mi fusil y veremos lo que sucede.

Después invitó al chino con una seña á acercarse junto al tabique que dividía la choza.

CAPÍTULO XI

LOS PIRATAS DEL TALAJÁN

La luz de la rama resinosa se filtraba á través del tabique de bambú y hojas, permitiendo ver lo que sucedía en la primera estancia, donde habían entrado dos hombres medio desnudos, armados de *bolos* y *kriss*, y que parecían malayos, aunque podían ser mindaneses, pues no alcanzaba á distinguirse en aquella semiobscuridad el color de la piel. El pescador los aguardaba armado de un largo *pisan-laut*, especie de daga agudísima. Entre los tres entablaron en voz baja rápido diálogo.

—¿Duermen, *orang-kaja*? (*Orang-kaja* significa jefe).

—Sí, y dos de ellos sobre todo; les he dado opio en el *bram*; no despertarán antes de veinticuatro horas.

—¿Y los otros dos?

—Uno es una mujer; no nos dará que hacer; el

otro, sí; es el más vigoroso y el más audaz; pero de seguro no querrá separarse de sus dos compañeros, que no pueden despertar.

—Entonces podemos obrar.

—Con toda confianza. El junco está anclado en la boca del río, y dentro de tres horas será nuestro.

—¿Está armado?

—No tiene más que un cañón y quince tripulantes.

—Si está anclado en la boca, puede huir, *orang-kaja*.

—Hay bancos de arena en la boca; mandaremos algunos hábiles nadadores á cortar las amarras del áncora, y, antes de que se den cuenta los chinos, la marea les hará encallar.

—Repetiremos el juego de la cañonera.

—Sí; ¿están todos prontos?

—Dentro de dos horas estarán embarcados.

—¿Y los *paraos*?

—Han sido avisados para que corten la retirada al junco.

—¿Y estos hombres?

—Los prenderemos mañana, no temáis; la moza me gusta mucho.

Dicho esto, el pescador y sus compañeros salieron. Hong tuvo impulsos de precipitarse sobre los tres bandidos, pero la joven le detuvo.

—¿Qué hacemos, Hong?

—Alcanzarlos y matarlos.

—Sí, y luego caer en una emboscada, porque esa gente no está sola; y, además, no salvar el junco de Tseng-Kai.

—¿No has oído la última parte? ¡Por Fo y Confucio!... ¡Mientras yo viva, ese canalla no te tocará!

—Todavía no me tiene en su mano. Pensemos, ante todo, en salvar á Tseng-Kai; si encalla la *tow-meng*, nuestros amigos están perdidos.

—¿Qué hacer?

—Hay que avisar á Tseng-Kai.

—¿Y quién irá?

—Yo, Hong.

—¡Tú! De ningún modo. ¿Crees que voy á darte atravesar de noche la selva, que acaso estará llena de piratas?

—Entonces, tú; yo me quedaré cuidando á Sheu-Kin y Pram-Li.

—¡Para que vuelva ese bandido y te atrape! ¡Jamás!

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

—Iremos juntos, pues no quiero separarme de ti.

—¿Y nuestros compañeros? No podemos llevarnoslos con nosotros, ni abandonarlos aquí.

—¡Por Fo y Confucio!—exclamó el chino golpeándose la frente.—¡Ah, ya sé!... Podemos advertir á Tseng-Kai y salvar á estos dos dormilones.

—¿Cómo? ¡Habla pronto!... los minutos son preciosos!

—Los llevaremos y esconderemos en algún matorral para volver mañana á buscarlos.

—¿Y las panteras y los gatos de algalia?

—Esperemos que no los devoren; pero no podemos hacer más. Prepara el fusil y aguarda.

Pasó con precaución por la cocina, salió de la cabaña y volvió á los pocos minutos con semblante alegre.

—Los piratas se han alejado, y hay un lugar donde se hallarán nuestros compañeros á salvo de los dientes de las fieras. Sígueme, Than-Kiú. Abre bien los ojos, y dispara sobre cualquier persona que veas.

Cargó fácilmente con Pram-Li, pues estaba dotado de fuerza hercúlea, y salió seguido de su compañera, pronta á defenderlo. El chino dejó el matorral, dirigióse al río y, levantando en alto al malayo para que no se mojara, penetró en el agua, que sólo tenía metro y medio de profundidad. En medio había una isleta boscosa; en un macizo de bananas silvestres depositó su carga, ocultándola entre las gigantescas hojas, y volvió á la choza para transportar á Sheu-Kin. Ambos durmientes no hicieron el menor movimiento, lo que probaba que la dosis de opio que se les había administrado era fuerte.

—Ahora podemos partir—dijo Hong al volver á la orilla donde le aguardaba la joven.—Los gatos de algalia y las panteras negras temen demasiado el agua para que vayan á devorarlos á la isla. Mañana vendremos á buscarlos y trataremos de pagar con plomo la hospitalidad de ese bergante. No te apartes de mi lado, y no temas, Than-Kiú. Me haré matar antes de que caigas en poder de los piratas.

—Gracias, Hong; eres un valiente.

Un relámpago de orgullo brilló en los ojos del chino al oír tales palabras. Cambió el cartucho al fusil, por temor de que la humedad de la noche lo hubiese mojado, y dijo:

—Esta corriente debe de llevarnos al Talaján, y no á mucha distancia de la boca.

Pusiéronse en marcha por la orilla, vigilando

atentamente en torno suyo y procurando no hacer ruido; podían andar de prisa, pues era el terreno igual y despejado; tenían además la ventaja de que, en caso de peligro, podían ponerse en salvo pasando á la otra orilla. No se veía ningún ser humano á ambos lados de la corriente, pero en la selva oscura oíanse rumores que hacían estremecerse á Hong y Than-Kiú, aunque eran tan valientes.

Oíase el rumor de las hojas, por más que no soplaban un hálito de viento, y crujían las ramas como si algún animal huyera precipitadamente de algún asalto temible; escuchábanse silbidos misteriosos, mugidos sordos, gruñidos y maullidos sofocados. Seguramente las fieras hacían sus correrías, y algún bramido estridente y tal cual maullido penetrante indicaban que las feroces panteras y los temibles gatos de algalia habían hecho su presa.

Hong y su compañera apresuraban el paso para poder llegar antes de que el junco fuera asaltado por los piratas. De pronto el chino se detuvo, papapetándose tras unas formidables raíces que se dirigían hacia el río formando graciosas arcadas.

—¿Los piratas?—preguntó la joven, que caminaba tras él.

—Algo peor; mira junto al tronco de aquel árbol.

La doncella miró en la dirección indicada y vio dos puntos luminosos, verdagantes, fosforescentes, que brillaban en las tinieblas.

—¿Un gato de algalia?—exclamó sin manifestar el menor temor.

—Ó una pantera negra—observó el chino.

—¿Nos asalta?

—Creo que no tenga tal intención.

—Afortunadamente tenemos buenos fusiles.

—De los que no podemos servirnos.

—¿Por qué, Hong?

—Porque á las detonaciones acudirían los piratas y te cogerían; y yo no quiero, ¿lo oyes?, aunque debiera costarme la vida, que *Flor de las Perlas* caiga en poder del malayo... ¡Acaso te amala?

—¿Y qué importa?

—Pero en sus manos estarías perdida...

—¿Para Romero?

—Para él... y acaso para otro.

Sorprendida por tal respuesta, iba á pedir explicaciones, cuando un sordo gruñido de la fiera la hizo enmudecer. La habían olvidado, y les recordaba con cierta impaciencia que estaba allí.

—Than-Kiú, mantente detrás de mí, y, suceda lo que suceda, no te expongas á su furor.

—¿Qué vas á hacer, Hong?... Tú quieres exponer tu vida por salvarme.

—Abatiré á la fiera con la culata de mi fusil.

—¿Estás loco?... ¡Ataquémoslo entre los dos!

—No; arriesgaré la muerte yo solo para salvar á *Flor de las Perlas*.

Esto dicho, sin aguardar más objeciones, confiado en su audacia y en su hercúlea fuerza, adelantó el intrépido chino, empuñando el cañón de su fusil con ambas manos hacia el temible felino, mientras Than-Kiú, conmovida y estupefacta ante tanto valor, permanecía inmóvil, pero con el dedo en el gatillo de su arma, dispuesta y resuelta á disparar sobre la fiera al menor peligro para su compañero, aunque la detonación atrajese á todos los piratas de la isla.

El felino, al ver acercarse á su adversario, saltó á la orilla, exhibiéndose por completo. Era uno de los que los malayos llaman *karimán-dahán*, animales que tienen el cuerpo largo, piernas cortas y robustas, armadas de potentes garras, cabeza pequeña, pelaje por lo general gris ó pardo á manchas negras, y largo y reluciente; con la fuerza del tigre y su agilidad extraordinaria, que les permite trepar por los árboles. Su estatura no pasa de ochenta á noventa centímetros, y de cabeza á colamiden de un metro diez á un metro quince centímetros.

Hong se dió en seguida cuenta de la calidad de su formidable adversario, pero no vaciló, resuelto al sacrificio de su vida por salvar la de *Flor de las Perlas*. Sin embargo, adelantaba con gran prudencia, resguardándose tras de los árboles para precaverse de un ataque imprevisto y poder esquivar el salto repentino é irresistible de la fiera.

—¡Hong!—llamóle ella al ver que continuaba adelantando hacia el felino.

—No temas—repuso aquél con voz serena.

El gato de algalia, viéndole acercarse, habíase recogido como si se preparara á dar el salto, lanzando un maullido breve y ronco. Brincó, describiendo una fosforescente parábola, y fué á caer en el sitio mismo en que un segundo antes se hallaba el intrépido chino, quien se había alejado de un salto atrás y refugiado tras el tronco de un sagú. Inmediatamente se precipitó sobre la fiera, antes de que ésta, rabiosa por haber perdido la presa que ya creyó suya, se dispusiese á brincar de nuevo.

El fusil, manejado por los robustos brazos de Hong, cayó por su culata con ímpetu terrible sobre el cráneo del felino, resonando el golpe como si se hubiera dado en un tambor y volando la culata hecha pedazos, mientras la fiera caía entontecida. Than-Kiú, al ver desarmado á su compañero, pues sólo tenía ya entre las manos el cañón de su fusil, lanzó un grito de terror y apuntó para hacer fuego. Pero el chino contaba todavía con su fuerza; arrojó al suelo el inútil bastón que le quedaba, agarró á la bestia por la cola y, con un esfuerzo de titán, la precipitó en el río. El felino se debatió en el agua y trató de ganar la orilla opuesta, aún medio aturdido. La joven se acercó presurosa á Hong, diciéndole con voz conmovida:

—¡Gracias, Hong; eres un valiente... como mi hermanol

El chino se volvió y, mirándola con fijeza, le preguntó con extraño acento:

—¿Crees tú que Romero hubiera podido hacer más?

—¿Por qué me lo preguntas?—exclamó estupefacta.

—Supón que por capricho de saberlo.

—Pues bien; no, Hong.

—Gracias, Than-Kiú.

—¿Me das las gracias, tú que has expuesto la vida por salvar la mía?

—Habría luchado con diez gatos de algalia por conservar salva á *Flor de las Perlas*.

—Una pobre joven...

—La hermana de Hang-Tu, y...

—Acaba, Hong; algo ibas á decir todavía.

—¡Marchemos!—repuso bruscamente.—Ahora tenemos que salvar á Tseng-Kai.

Recogió el cañón del fusil y se puso rápidamente en marcha, como para substraerse á las preguntas de la joven. Debían de hallarse próximos á la boca del riachuelo, porque la corriente se hacía más rápida y por entre la selva oíase un murmullo que parecía producido por una gran masa de agua. En efecto, diez minutos después hallábanse á orillas del Talaján. Hong miró, y escuchó un momento con gran atención.

—¡Nada!—dijo.—Hemos llegado antes que los piratas, y, si no me engaño, antes de un cuarto de hora estaremos á bordo de la *tow-meng*.

—Es necesario atravesar el riachuelo.

—Cierto; pero yo te pasaré sin que te mojes.

La levantó como una pluma, recomendándole

asirse á su cuello, y entró resueltamente en el agua, sin ocurrírsele que en aquel río pudiera haber cocodrilos. El fondo estaba á metro y medio, pero la corriente era impetuosísima y hacía muy difícil el pasaje; sin embargo, el chino, robusto y fuerte como un toro, resistía bien, no avanzando un paso sin haber sentado el pie sólidamente. De vez en cuando, bien por miedo de que se soltara ó por instinto, estrechaba fuertemente contra su pecho á la joven, y ésta sentía que aquel brazo poderoso que derribara al terrible felino temblaba á su contacto.

—¿Te has estancado, Hong?—le preguntó.

—¡No, no es nada!—repuso él con ahogado acento.

Con un postrer esfuerzo ganó la orilla, y pareció titubear antes de depositar en el suelo á Than-Kiú.

—¿Has oído algo?—le dijo ésta.

—No, Tan-Kiú; es que... pesas tan poco, que podría llevarte sin cansarme hasta el junco.

Ella sonrió sin responder, poniéndose en marcha tras su compañero, que se abría fatigosamente paso por entre aquella red de ébanos verdes, cocos, tamarindos, maderas de hierro—así llamadas porque sus fibras desafían el corte de los aceros mejor templados—y demás árboles de aquellas riquísimas selvas.

Tras de bordear un buen rato el río, paróse el chino y señaló á la joven una masa negra que surgía de las aguas.

—¿Es la *tow-meng*?

—Sí; es el junco de Tseng-Kai.

—¡Budda le ha protegido!—murmuró la muchacha.

Y luego, volviéndose á Hong, estrechóle afectuosamente la mano y le dijo con voz dulce:

—Gracias otra vez, amigo mío. Than-Kiú no olvidará jamás esta noche.

Tras breve pausa, en que le miró á los ojos con fijeza, añadió dándole un golpecito amistoso en el hombro:

—¡Eres de los leales, Hong!

—¿Qué quieres decirme con eso, Than-Kiú?...

—Ya me has comprendido bien... ¡tú que me amas!

—Pero ¿sin esperanza, verdad?—exclamó él con tristeza.—Sin esperanza, porque Romero te ha despedazado el corazón, Than-Kiú.

La joven le tapó la boca con la manita para im-

pedirle continuar, y reemprendió la marcha diciéndolo dulcemente:

—Sigamos, mi fiel amigo; tendremos apenas tiempo de prepararnos á la defensa.

CAPÍTULO XII

EL ASALTO AL JUNCO

La *tow-meng* hallábase anclada en el mismo punto en que la habían dejado, en medio del río, con las velas casi abatidas, por no considerar prudente el receloso Tseng-Kai hacerlas arriar, para estar en disposición de huir al menor indicio de una agresión. Aunque á doscientos pasos de distancia, Hong y su compañera pudieron distinguir varios hombres en el castillo de proa, que sin duda esperaban el regreso de la chalupa.

El chino iba á gritar para que enviasen la canoa á recogerlos, cuando creyó oír por la parte de la selva, no á mucha distancia de allí, rumor de ramas rotas y roce de hojas. Contuvo el grito que iba á lanzar, arrebató el fusil de manos de la joven, y apuntó hacia los árboles.

—¿Los piratas va?

—Me lo temo. Than-Kiú.

—Afortunadamente, estamos cerca del junco.

—Pero si gritamos, antes de que llegue Tseng-Kai nos apresarán los piratas.

—¿Qué hacer?

—Atravesar el río á nado, y llegar á la *tow-meng* sin que lo adviertan los piratas. ¿Tienes miedo del agua?

—No.

—Pues agárrate á mi cuello, y yo me encargo de ponerte en salvo.

—Te serviré de estorbo.

—Estoy acostumbrado á atravesar los grandes ríos de la Manchuria, y éste es, al lado de aquéllos, un arroyo. No temas.

—Contigo no temo nada, Hong.

Rodeó con su brazo derecho el cuello del chino, mientras con el izquierdo sostenía en alto el fusil, para que no se mojase, y se dejó llevar. Cuando iban á entrar en la corriente, preguntó á su amigo:

—¿No hab-á cocodrilos?

—Es probable—repuso él.

—¿Y si te cortan las piernas?

—No te soltaría aunque me las cortasen... Después de todo... ¿qué te importaría?... ¡No soy Romero!

—¡Hong! —exclamó la joven con acento de dulce reproche.—No quiero que te suceda nada malo.

Volvió él la cabeza para mirarla, rozando con el suyo el rostro de la doncella, como asombrado de sus palabras, y dijo:

—Gracias, *Flor de las Perlas*; ahora puedo desafiarse á todos los cocodrilos del Talaján.

Y se puso á nadar vigorosamente, cortando el agua para acercarse al junco y tratando de sostenerse lo más á flote posible, para no mojar el fusil de Than-Kiú. La corriente en el medio era rápida y formaba remolinos peligrosos, necesitando de todo su vigor para no dejarse arrastrar ni revolver. Ya estaban á treinta pasos de la orilla, cuando se oyó un silbido y vió la joven algo delgado y rígido sumergirse á poca distancia de ellos.

—¿Qué ha sido eso?

—Me ha parecido una flecha, Hong.

—Lanzada de seguro con cerbatana. Estemos en guardia, porque estos indígenas, como los de Borneo, suelen envenenarlas con jugo vegetal.

Nadó con brío para ponerse fuera del alcance de aquellos mortíferos proyectiles, y cuando estuvo en medio del río, gritó:

—¡Ohe!... ¡Tseng-Kai!...

Los hombres del castillo de proa, que examinaban ambas orillas, dirigieron entonces sus miradas hacia el río.

—¡Por cien mil pagodas!... ¡Que me devore un cocodrilo si no oí pronunciar mi nombre!

—Silencio, y echa una escala ó una cuerda, Tseng-Kai.

El viejo chino hizo lo que le indicaban, y ambos fugitivos, chorreando agua, subieron.

—¡Vosotros... solos... y de este modo!... ¡Gran Budda!... ¿Qué ha sucedido?...

—Ve á secarte y á cambiar de ropa, Than-Kiú. Ahora, amigo mío, si quieres salvar tu barco, no hay que perder un instante.

—¿Qué dices?

—Digo que hemos sido vendidos por ese canalla de pescador, y que en breve seremos asaltados.

Y rápidamente contó cuanto les había acaecido desde que salieron del junco.

—¡Ah!... ¡Salteador malayo!—gritó con ira el patrón.—Quiere apoderarse de mi barco... Ya verá qué recibimiento preparamos á sus piratas. Les romperemos los pies hasta que aúllen como conejillos... Vete á mudar de vestido, Hong, y cuando

de
da
el
de
de-
el
ste-
fu-
ipi-
de
vol-
ndo
ri-
s en
3or-
a de
o en
ina-
udas
un
rda-
am-
tran
Kiu.
, no
nalla
cido
ra el
vera
Les
nde
ando

vuelvas verás que todo está preparado para hacer los honores á esas lijas de agua dulce.

Dicho esto, llamó á cubierta á toda la tripulación, compuesta de quince robustos jóvenes que habían luchado contra los terribles piratas del Tonkín; mandó calzar el ancla con la zapata y ordenó que subieran á cuatro de los más fuertes una pesada caja que tenía en su camarote. Abierta por Tseng-Kai, rodaron por cubierta miles de pelotillas de metal, gruesas como nueces y erizadas de agudas puntas, que cubrían casi por completo desde la popa á la proa. Eran más de tres millares, inofensivas ó poco menos para los marineros, calzados con zapatones de recia suela, pero terribles para los que van descalzos, y muy usadas por los barcos que ejercen la trata de culíes, ó sea de emigrantes chinos destinados á las minas de salitre y guano de Chile y del Perú, cuando se rebelan los pobres diablos, hartos de ser maltratados, como se maltrataba á los africanos esclavos en los barcos negreros. Sembrada la cubierta de esas pelotillas, los culíes, desnudos de pies, tienen que detenerse y retirarse al entrepuente, si no quieren hacerse exterminar por la tripulación, refugiada en el castillo de proa, y que no tendría escrúpulo en hacer uso contra ellos de las armas de fuego.

Tseng-Kai, que había ejercido la trata indicada, conservaba una caja de aquellas pelotillas, y para herir los pies de los piratas las había echado por la cubierta. Después mandó colocar el cañón sobre el castillo de popa, que era el más alto, y lo cargó de metralla, poniendo en el de proa una espingarda que tenía en la estiva; repartió sus hombres á ambos extremos de la nave, dotándolos de igual número de granadas, balas y fusiles de los que, con el consentimiento de Hong, substrajera de las cajas destinadas á los insurrectos.

Cuando Than-Kiú, que había recobrado sus vestidos femeninos, y Hong reaparecieron sobre cubierta, el junco estaba en condiciones de sostener la lucha.

—Veo que no has perdido el tiempo; no creía que dispusieras de tantos medios de defensa.

—Siempre tuve empeño en conservar mi barco y procuré tenerlo bien pertrechado. Si esas lijas de agua dulce quieren probarlo, se convencerán á su costa. Destrozaremos sus pies y escaldaremos sus cuerpos con un huracán de metralla. Cierto que somos pocos; pero tú y la hermana del héroe amarillo valéis por cuatro cada uno.

—Haremos lo que se pueda; ¿verdad, Than-Kiú?

—Sí—repuso ella sonriendo.—Aún sé manejar bien un fusil.

—Os confío á los dos la defensa del castillo de proa con la mitad de mis hombres; yo, desde popa, cañonearé á los *paraos* que vengan por el mar.

Luego ordenó en voz alta:

—¡Izad velas y levad el ancla!...

Los marineros iban á obedecer, cuando aparecie-



Rodeó con su brazo derecho el cuello del chino...

ron dos grandes sombras en la boca del río; una tomó la derecha y otra la izquierda, parándose en medio como para impedir la salida al mar de la *tow-meng*.

—¡Por Fo y Confucio!... ¡Ya están aquí!—exclamó el jefe del *Lirio de Agua*.

—Nos espiaban—observó Than-Kiú.

—Nos abriremos paso á cañonazos, pasando sobre sus cascos si es preciso—dijo Tseng-Kai.

—¡Guarda al río!—gritó un marinero de los del castillo de proa.

El viejo y sus dos amigos volvieron la cabeza

precipitadamente y no pudieron contener un grito de furor; diez grandes chalupas, hechas de troncos ahuecados de gigantescos *tek*, árbol cuyas fibras desafían las balas de cañón, bajaban rápidas por el río en línea de batalla. ¡Eran embarcaciones pesadas, de quince y hasta diez y seis metros, tripuladas por veinticuatro remeros y un timonel, que eran otros tantos combatientes, todos armados de bolos y *kampilang* (espadales con punta en forma de górgola), y bastantes con fusiles.

Eran, pues, doscientos cincuenta hombres, de fijo valientes, los que se aprestaban al asalto del pobre junco, que sólo contaba con diez y ocho defensores, y además los dos *paraos* que habían aparecido en la boca del río para cerrarle el paso al mar. Probablemente estos barcos irían armados de morteretes con balas de dos á cuatro libras, de los que suelen llevar los veleros mindaneses. No obstante la gran desproporción de fuerzas, ni Than-Kiú, ni Hong, ni Tseng-Kai, llegaron á asustarse.

—Danos tus últimas instrucciones—dijo la joven al patrón.

—Mantened á raya las lanchas; luego saldremos al mar, pasando sobre los *paraos*. ¡Fuego sobre las barcas, mientras yo cañoneo á los veleros!

—Está bien.

—Una palabra: si se empeñaran en subir á bordo, dejadlos llegar á la cubierta, donde les he preparado una diversión con la cual no cuentan; pero evitad que se apoderen del castillo de proa, ó somos perdidos.

—No temas; los fusiles y la espingarda bastarán para contenerlos—dijo Hong.

Estrecháronse las manos y se fueron á sus puestos; los unos á proa con los siete hombres, el otro á popa con los ocho restantes.

—No te expongas demasiado, Than-Kiú; sé que eres valiente, pero tu vida me es muy cara.

—Descuida; trataré de conservarla, pues aún no he cumplido mi misión.

—¿La quieres conservar para Romero?

—No; para pagar mi deuda.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias! Ahora puede afrontar la muerte tranquilo... Aquí están... ¡Hola!... ¡Preparen... apunten!... Hay que darles la bienvenida antes de que se acerquen al junco.

Las diez canoas avanzaban con rapidez, sabiendo los piratas que, cuanta mayor fuera su velocidad, menos bajas experimentarían, ya que no se hallaban en disposición de contestar al fuego de la

tow-meng, pues sus fusiles eran pocos y antiguos.

La fuerza de los piratas está siempre basada en las armas blancas, los poderosos y afiladísimos *kampilang*, *bolos*, *parang* y *kriss*, y en los *lambing*, especie de jabalina corta y con la punta muy aguda, que lanzan con mucha habilidad. Si logran llegar al puente, la nave está perdida, porque aquellos intrépidos insulares luchan como tigres y atacan con furor y arrojo hasta á enemigos cuatro ó cinco veces más numerosos que ellos (1).

Los marineros chinos, á las órdenes de Hong y Than-Kiú, dispusieron á obedecer, y comenzaron en seguida un fuego terrible contra la primera chalupa, en tanto que el jefe del *Lirio de Agua* hacía funcionar la espingarda, que habían cargado con pedazos de hierro, y sobre todo con clavos.

Un aullido terrible contestó á la primera descarga; varios remeros cayeron víctimas de aquel vendaval de hierro y plomo, mientras otros, más ó menos gravemente heridos, batíanse en el fondo de las embarcaciones lanzando gritos de dolor.

—¡Bravo!—les gritó Tseng-Kai, desde popa.—¡Fuego, amigo, sobre esos perros!... ¡Ahora yo!

En tanto que Hong y Than-Kiú recargaban la espingarda, y sus compañeros continuaban haciendo fuego de fusilería, imitándoles los camaradas de popa, el viejo chino hacía tronar el cañón, tratando de dearbolar los *paraos* que se apresuraban pretendiendo coger en medio al pobre junco. La lucha se había empeñado por ambos bandos con igual furor.

Los piratas de las chalupas no respondían aún, procurando por el momento llegar bajo la *tow-meng* para saltar á bordo; pero los dos veleros habíanle enviado con espingardas balas de dos libras, que,

(1) La audacia de los piratas malayos raya en lo increíble. Como ejemplo, basta citar el saqueo de la nave inglesa *Pegú*, ocurrido el 11 de Julio de 1897. Este barco, que entre marineros y pasajeros contaba sesenta personas, había embarcado en Edea, entre Penang y Atchin, doce piratas sumatrianos que se decían tranquilos labradores. Aquella misma noche, tres de ellos mataban en su camarote al capitán y malherían al segundo, mientras los otros bandidos, cayendo de improviso sobre tripulación y pasaje, mataban cuarenta personas á puñaladas. Una vez dueños del barco, apoderáronse de la caja del capitán, que contenía quince mil duros y, echando al mar una canoa, huyeron hacia Sumatra.

El *Pegú*, después de muchas vicisitudes y peligros, logró arribar á Teluk-Semane, donde denunciaron el hecho á las autoridades holandesas.—(Nota del autor.)

ya por la mala calidad de la pólvora ó por el poco alcance de las piezas, no conseguían sino escaso resultado. En cambio, el fuego de los asaltados, con sus armas modernas, hacía gran estrago sobre los asaltantes. Las balas de los fusiles sobre todo, dotadas de gran poder penetrante, llegaban hasta los últimos barcos y mataban á veces dos hombres de un golpe.

Hong y Than-Kiú, impávidos y tranquilos, mandaban las descargas y disparaban certeros cañonazos con la espingarda, diezmando á sus enemigos. Ya tres lanchas, privadas de su tripulación, muerta ó herida en su totalidad, andaban á la deriva con su carga de muertos y moribundos, cuando las demás llegaron bajo la proa del junco en su rápida carrera.

—¡Todos atrás!—ordenó la joven.—¡Dejémosles subir y fusilémoslos á quemarropa!

Hong, después de haber cargado la espingarda con metralla, para poder barrer el puente, armóse de un fusil y una segur y se colocó parapetado tras la baranda, dispuesto á rechazar á los primeros asaltantes.

Entre tanto, Tseng-Kai, que debía de ser hábil artillero, había desarbolado el *parao* más próximo, haciéndolo encallar en un banco de arena, y desmontado la espingarda del segundo, poniéndole casi fuera de combate. Desembarazado por el momento de sus dos adversarios, revolvióse contra los piratas de las chalupas, mucho más peligrosos que los de los *paraos*, por hallarse bajo la proa á cubierto de los cañonazos.

—¡Hong!—rugió el viejo, que había empuñado una especie de cimitarra de hoja ancha y pesada, y un revólver de grueso calibre.—¡No dejéis entrar á nadie en el castillo ó seréis acuchillados todos!

—No temas... Aquí no pondrá nadie el pie.

Los piratas saltaban de las chalupas aullando para inspirar mayor terror, tratando de subir por todas partes. Los primeros que lo lograron cayeron con la cabeza rota por la primera descarga, derribando á los que les seguían. Sin embargo, no se arredraron por aquel primer fracaso. Otros cubrían las bajas, animándose entre sí, y procurando con espantosos gritos aterrar á sus contrarios, mientras los que tenían los fusiles los descargaban con gran estruendo inofensivo.

Á proa y á popa, los disparos se sucedían con prodigiosa rapidez, dando excelentes resultados las armas de retrocarga sobre aquellas masas de salva-

jes que intentaban escalar la cubierta. Los piratas caían á docenas, pero otros los reemplazaban, y veinte consiguieron penetrar por entre el trinquete y el palo mayor. Sus gritos de triunfo trocáronse al instante en aullidos de rabia, que revelaban atroz dolor: se habían clavado en los pies las pelotillas esparcidas por Tseng-Kai, mortificándoles atrozmente.

Trataron de retroceder gimiendo, pero las bolas rodaban, y concluían los desgraciados por caer á la larga sobre cubierta, desgarrándose las carnes, mientras, á balazos y á quemarropa, los remataban los chinos. En tanto, Than-Kiú bajaba con rapidez la espingarda para no herir á sus compañeros de popa, y desalojaba la baranda de babor con la metralla.

El asalto al centro del junco, que creían irresistible, fué abandonado. Los piratas, más cautos ya y muy asustados á la vista de aquellas terribles pelotillas que rodaban sobre cubierta, concentraron sus esfuerzos en torno de los castillos de popa y proa. Se encaramaban como simios, trepaban á la obra muerta y dirigían fendientes formidables para alejar á los defensores; los primeros caían, pero otros ocupaban los puestos desocupados, y llegaban hasta las bandas con el *kris* entre los dientes y los *bolos* ó el *kampilang* empuñados.

Los chinos luchaban con el furor que infunde la desesperación; tumbaban á los más lejanos con sus fusiles, y abatían á los más próximos con los revólveres y las hachas; pero comenzaban á cansarse, y los cañones de sus fusiles ardían, quemándoles los dedos. Tsang-Kai, Hong y Than-Kiú los animaban con frases alentadoras y con su ejemplo, multiplicándose para acudir á los sitios de mayor peligro, y haciendo prodigios de valor. La valerosa joven volvía á ser la hermosa admirada por todos en Salitrán, en San Nicolás y en Malabón; su fusil tronaba de continuo, derribando un adversario á cada disparo, y descargando á intervalos su revólver.

Hubo un momento en que cinco ó seis piratas, trepando por las cuerdas del ancla, saltaron á proa por detrás de Hong y sus hombres. La intrépida mujer vió el peligro y se lanzó valerosamente á cerrarles el paso, echando á dos por tierra de dos disparos de su revólver; el tercero, un mocetón vigoroso, acaso obedeciendo una orden, la estrechó fuertemente entre sus brazos y trató de llevársela fuera del junco. Sonó un tiro; el pirata perdió el

equilibrio y cayó al río, arrastrando en su caída á la joven. Parecióle á Than-Kiú haber oído un rugido y haber visto á Hong dar poderoso salto y caer tras ella al agua; pero se sintió ahogar... y perdió el sentido...

CAPÍTULO XIII

EL JEFE DE LOS PIRATAS DEL BUTUÁN

Cuando la china volvió en sí, hallóse, con gran sorpresa, en una especie de camarote de dos metros cuadrados, con paredes cubiertas de esterillas pintadas de vivos colores. Estaba tendida en un gran sofá de seda carmesí, en el centro del camarote, y tenía aún los vestidos empapados de agua, pero no oía ni las descargas de fusilería ni los aullidos de los piratas. Sólo llegaba á sus oídos el ruido de un remar acompasado y rápido que debía hacer volar sobre el río al barco en que iba.

Estupefacta en extremo, sentóse en el lecho y observó que la embarcación se balanceaba mucho, como si remontase rápida corriente ó navegase en el mar.

—¿Dónde estoy?—exclamó.—¿Qué ha sucedido?...

Una risita sardónica que oyó en el ángulo más obscuro del camarote le advirtió de que alguien la vigilaba. Volvióse, y un grito de estupor se escapó de sus labios. Un malayo, con los brazos cruzados y los ojos puestos en ella, estaba allí; á la primera mirada lo reconoció.

—¡Tú!—exclamó.—¡El pescador!...

Era él, en efecto; pero no medio desnudo, como cuando lo vieron antes; vestía una hermosa camisa de seda blanca con dibujos azules, y calzones también de seda, ceñidos á los muslos; una faja roja sostenía dos *kriss*, signo de alto mando, pues sólo los jefes superiores ó los notables malayos pueden usar dos puñales, y llevaba á la cabeza un pañuelo escarlata con flores amarillas. Se acercó á la joven, que creía soñar, y le dijo sonriendo:

—¿Quieres saber dónde estás, hermosa muchacha?... Á bordo de uno de mis *paraos*. Subimos el río para llegar cuanto antes al Bacat, y de él al Butuán.

—¿Y soy tu prisionera?—preguntó la joven palideciendo.

—He tenido esa dicha—repuso él, siempre sonriente.

—¡Miserable! ¿No era bastante habernos vendido?...

—Sin eso, no estarías tú aquí.

—¡Ah!... ¿Y por apoderarte de mí has asaltado el junco?

—No precisamente por eso; creí poder apoderarme de él, y hubiera hecho mal en dejarle tranquilo, porque entonces no te hubiera recobrado.

—¿Qué ha sido del junco?

Á esta pregunta dibujóse en la frente del malayo profunda arruga, y dijo con sorda cólera:

—Eran demonios y no hombres los que lo defendían, y por eso se me escapó de entre las manos cuando menos lo creí. Los condenados forzaron la boca del río, pasando por ojo á uno de mis *paraos*, y salieron al mar. ¡Ojalá sean todos comidos de perros marinos!...

—¿Y...?

—¿Qué otra cosa deseas?

—Saber lo que ha sucedido al hombre que me siguió al agua—dijo Than-Kiú ruborizándose.

—¿Aquel hermoso chino que se batió como un demonio en el castillo de proa... á quien tú llamas Hong, si no me es infiel la memoria?

—Sí—murmuró la joven con ansiedad.

—Está aquí.

—¡Aquí... él!...

—Lo pescaron al mismo tiempo que á ti; pero, antes de dejarse prender, estranguló á dos de mis hombres. Fué una verdadera suerte para él que yo le viese, pues iban ya á romperle el cráneo con los bolos. Es fuerte como cinco hombres, y valiente como una pantera negra.

—Sí; fuerte y valiente como...

Se interrogó ahogando un suspiro, y, dirigiendo amenazadora mirada al malayo, le preguntó:

—¿Qué has hecho de él?

—Está preso á bordo de este *parao*, en compañía de los otros dos.

—¿De qué otros?

—De los dos que bebieron mi excelente *bram*.

—¿Sheu-Kin y Pram-Li?

—Sí; así creo que se llaman.

—¿Cómo?... ¿Los hallaste?...

—En el islote en que los escondisteis—repuso el pirata riendo.—Dormían tan apaciblemente que no se han despertado hasta hace poco, y aun han habido necesidad de darles un buen baño para despertarles á que abrieran los ojos. Mira, muchacha, para hacer esas jugarretas á un hombre como yo,

hace falta asegurarse primero de que no es uno es-

—¿Y no se les ha hecho mal alguno?

—¿Á cuento de qué?

—¿Ni siquiera á Hong?

—Si no les hicimos nada á los otros, ¿por qué íbamos á hacérselo á un valiente? Estimo á los valientes, y ese chino es el hombre más intrépido que he visto en mi vida.

Than-Kiú afirmó con la cabeza, y por algunos instantes permaneció pensativa; luego, mirando escrutadoramente al malayo, le preguntó:

—¿Y qué piensas hacer de mí... ahora que me tienes en tus manos?

—Lo que se hace de una mujer que nos gusta.

—¿Ó sea...?—exclamó la joven poniéndose en pie y estremeciéndose.

—Haré de ti la esposa del jefe de los piratas del sultán de Bacat.

—¡Ah!... ¿Y te figuras que yo puedo aceptar?

—Sí, porque haré de ti la verdadera reina del sultanado. Soy poderoso como mi señor, y acaño más: él extiende sus dominios desde las orillas del Butuán y del Bacat hasta las altas montañas del Dicalungan; pero yo mando en jefe todos sus *paraos* y chalupas con dos mil hombres arrojados de tripulación. Además soy riquísimo, y mi nombre hace temblar hasta al mismo sultán de Selangán, pues, como has visto, correteo por sus ríos sin que se atreva á impedirme el paso. ¿Qué mujer rehusaría ser la esposa del jefe Pandaras?... Todas las del sultanado de Bacat se enorgullecerían de aceptar mi mano, incluso las mismas hijas de mi señor.

—Más te valiera haber elegido entre las hijas del sultán; yo no soy sino una pobre mujer.

—Eres una valiente, y la más hermosa que he visto; esto basta para el jefe de los piratas. ¿Quieres ser mi mujer?... Te juro que no tendrás que quejarte de mí, y quizá un día pueda darte también súbditos.

—¿Y si rehusase?

—No respondería de tu vida ni de la de tus compañeros.

—Muy bien; pero hasta ahora no me has dado prueba alguna de tu amor, para que yo lo crea—repuso la joven con sutil ironía.

—Estoy pronto á darte cuantas quieras.

Un relámpago brilló en los ojos de *Flor de las Perlas*; comprendió cuán útil podía serle la pasión

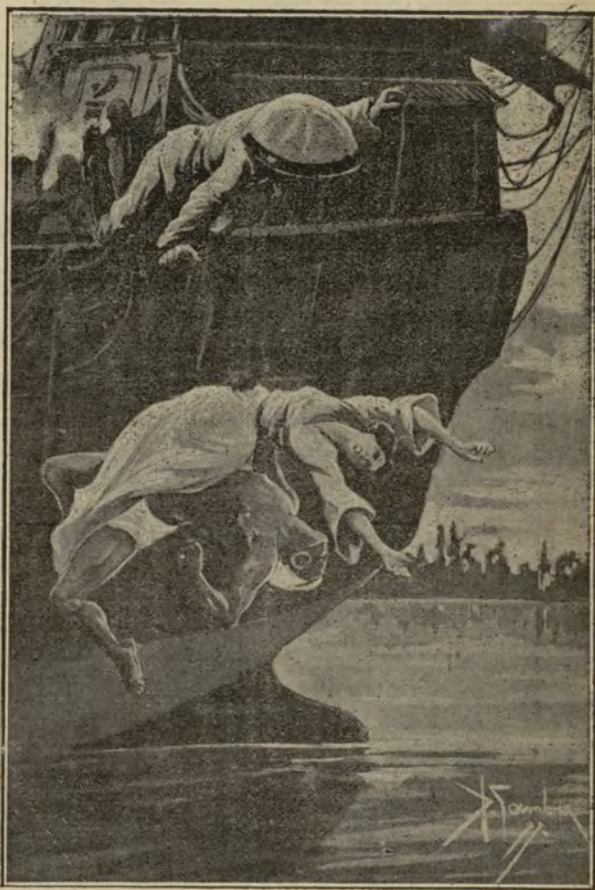
de aquel bárbaro, y trató de sacar pronto provecho de su amor.

—Si es cierto que me amas, me dirás qué ha sido de los hombres que iban en la cañonera.

—¿Todavía la cañonera?—exclamó el pirata, cuya frente se cubrió de arrugas.

—Te dije que entre aquellos hombres iba un hermano mío.

—¡Ah!... Sí, creo recordar...



—¿Dónde estoy?—exclamó.—¿Qué ha sucedido?...

—¿Los hiciste prisioneros, Pandaras?

El malayo parecía vacilar. Than-Kiú se le acercó y le dijo:

—¿Es así como quieres darme una prueba de tu amor?

—Tienes razón—repuso el malayo, herido en lo vivo por el acento sarcástico de la joven.—Sí, fueron mis piratas los que asaltaron la cañonera; los jefes dormían en sus camarotes, y fueron hechos prisioneros.

—¿Y qué hiciste de ellos?

—Los que se defendieron, murieron; pero los más dormían, como te dije, y los apresamos.

—¿Cuántos eran?

—Una docena.

—¿Había una mujer entre ellos?—preguntó la china con ansiedad.

—Sí, una muchacha blanca.

—¡Ahl... ¡Vive!... ¡No la ha abandonado su buena estrella!...



—¿Es así como quieres darme una prueba de tu amor?

Calló un instante é interrogó de nuevo:

—Había también un hombre de tez bronceada y pelo negro, un hombre fuerte y valeroso como Hong... ¿Lo has visto?...

—Sí, recuerdo. Estaba siempre al lado de la doncella blanca.

Than-Kiú hizo un gesto tan brusco, que el malayo la miró estupefacto, conociendo que una tempestad se desencadenaba en su corazón. Instintivamente se acercó á ella, viendo sus facciones desecadas y anublada su frente.

—¿Qué tienes?... ¡Pareces muy agitada!...

—Nada—replicó ella bruscamente.—Pensaba en mi hermano.—Y mirando ardientemente al malayo, agregó:—Se amaban aquel hombre y aquella mujer, ¿verdad?

—Me pareció que sí; él hizo toda clase de esfuerzos para protegerla; hablaban mucho en voz baja, y se miraban tiernamente... Después supe que eran novios... pero...

—¡Sigue, sigue!—exclamó la joven palideciendo más y más.

—No habrá sido, seguramente, el sultán quien les haya dado permiso para casarse... Una esclava tan hermosa no se cede así como así á otro esclavo.

—¿Qué crees que habrá hecho de ella el sultán?

—Lo ignoro; cuando lleguemos al lago lo sabremos.

—¿Estarán ya en Butuán?

—Así lo espero, si esos condenados salvajes no asaltaron mis lanchas. Acechan siempre el paso de mis hombres, y, en cuanto hallan ocasión, los asesinan. Nos han jurado odio mortal. Verdad es que algunos de nuestras tribus, más salvajes aún, los asaltan de vez en cuando para hacer colección de cabezas.

—¿Y habrán matado á los prisioneros?

—Confío en que mis chalupas habrán podido escapar de los igorotes. De todos modos, no habrán hecho nada á los hombres de la cañonera, porque los blancos son temidos y respetados. Pero ¡lo que es á mis hombres!... ¿Exiges alguna otra prueba de mi amor?

—Otra.

—Habla.

—Concede lá libertad á mis compañeros.

El pirata, al oírlo, hizo una mueca, y dijo:

—Lo haré en cuanto lleguemos á Butuán. No me fío de ese Hong; es demasiado fuerte y audaz, y podría jugarme alguna mala treta.

—Concédeme, á lo menos, el permiso de verlos.

—No te lo impido... podrás hablar con ellos cuanto quieras. ¿Te basta?

—Sí.

—¿Y serás mi esposa?

—Sí... y te demostraré que puedo combatir á tu lado... pero no seré tuya hasta que lleguemos á Butuán.

—Aguardaré—dijo el pirata radiante,—y serás la mujer más envidiada del sultanado.

—Ahora, mantén tus promesas.

—Manda: eres mi sultana.

—Llévame adonde están los prisioneros; quiero verlos.

—Sígueme.

Y viendo que sus vestidos estaban aún empapados, dijo:

—Estás bañada de agua y no puedo darte nada, porque en mis *paraos* no entró nunca una mujer de tu país; pero cuando lleguemos á Butuán te daré el arca de la doncella de piel blanca, que está llena de vestidos.

—No te inquietes por ello; hace mucho calor, y un poco de sol bastará para secarlos del todo.

Salieron del camarote y subieron al puente. El velero que los conducía por el Talaján era uno de los dos que pretendieron impedir la salida al mar de la *tow-meng*; era alto, de doce metros de eslora, con alta proa que terminaba en una horrible cabeza de cocodrilo, tallada groseramente, pintada de verde y con los ojos de escarlata. Tenía roto uno de sus palos, cortado por el cañón de Tseng-Kai, y el otro había tenido que ser reforzado con sólidos bambúes.

Diez hombres á babor, y otros tantos á estribor, pertrechados de largos remos, hacían volar la nave, mientras otros seis, armados de fusiles, vigilaban atentamente desde popa ambas orillas; los esforzados remeros parecían todos mindaneses, por su piel roja oscura y los *bolos* que llevaban al cinto; en cambio, los que vigilaban y que tenían trazas de formar parte de algún destacamento de honor, eran malayos.

Pandaras hizo atravesar á Than-Kiú la cubierta, y la guió á proa indicándole una estrecha carlinga que daba indudablemente á algún escondrijo.

—Ahí están... ¿Oyes?

—Sí; oigo la voz de Hong. Estará muy furioso por hallarse preso.

—Lo creo. Háblales, mientras doy algunas órdenes. Hasta luego.

—Gracias, jefe.

Bajó prontamente una escalerilla y se halló en un camarote aún más pequeño que el suyo, y tan bajo de techo que no se podía estar de pie; á la escasa luz que penetraba por la carlinga vió á sus tres amigos, acostados uno junto á otro y con las piernas fuertemente atadas con cuerdas hechas de fibras de *rotang*. Al verla, Hong y sus compañeros lanzaron gritos de estupor.

—¡Than-Kiú!

—Yo soy, amigos.

—¡Por Fo y Confucio!... ¿No soñamos?...

—No soñáis, Hong.

—Te veo sin ligaduras...

—Y casi dueña del buque.

—¿Te chaceas?... ¿Por qué milagro?...

—No hay milagro... Simplemente me he convertido en la prometida esposa del jefe.

—¡Muerte de Fo y Confucio!...—rugió Hong, tratando con rabioso esfuerzo de romper sus ligaduras y de levantarse.—¡Tú... novia de ese perro!... ¡Ah!... Pero no; ¡no es posible que la gentil *Flor de las Perlas* disipe tan pronto las esperanzas del pobre Hong!

La joven le dejó desahogarse con toda calma, y luego, acercándose más, le dijo sonriente:

—¡Y has podido creerlo!... *Flor de las Perlas* no es falsa y tornadiza, y no olvida á los amigos que han expuesto, más de una vez en veinticuatro horas, la vida por salvarla. No, bravo amigo mio, no; mi corazón no pertenece al jefe de los piratas; soy su prometida, pero... ¿por cuántos días? Tengo que pensar en salvaros... á ti y á mis dos fieles compañeros.

—¡Ah, gracias, Than-Kiú!—exclamó radiante de entusiasmo y amor el chino.—¿Esperas, pues, poder libertarnos?

—Sí, Hong; y acaso muy en breve.

—¿Y quizá también... tu corazón...? ¡Oh, dime-lo, Than-Kiú!...

—Espera—repuso la joven lanzando un suspiro. Y, moviendo con gracia la cabeza, añadió tristemente:—Él está perdido para mí... por siempre. ¡Ellos se aman! ¡Ah! ¡La doncella blanca debía ser fatal á la pobre *Flor de las Perlas*... todavía... y siempre!

CAPÍTULO XIV

ASTUCIA DE THAN-KIÚ

El *parao* continuaba remontando las aguas del gran río. Había pasado sin detenerse ante Tavorán, pequeña aldea á orillas del Talaján en la confluencia del Sur, y proseguía su rápida carrera para llegar al Bacat y de allí salir al vasto lago de Butuán. Las regiones por donde atravesaban eran salvajes; la parte occidental de Mindanao no tiene pequeños poblados sino en las costas, y lo más hasta la boca de los grandes ríos; pero, á veinte ó treinta millas

del mar, la naturaleza selvática domina y sólo se hallan selvas inmensas, casi vírgenes, pobladas sólo por monos, panteras negras, ciervos, gatos de algalia y osos malayos.

De trecho en trecho, á grandes distancias, pero próximos á los montes, hay indígenas que viven como fieras y que no quieren trato alguno con los habitantes de la costa, que son de origen tulisán-malayo. Pandaras se apresuraba á atravesar aquella región, sabiendo que tenía mucho que temer de los habitantes de los bosques. No concedía reposo alguno á sus hombres durante la jornada, y trataba de que no descansaran un instante los remos; aquellos remeros parecían de hierro, y su duro y fatigoso ejercicio un simple juego. Por la noche anclaba el *parao* en medio del río, y hacía velar por turno á varios piratas armados de fusiles.

De fijo tenía prisa por llegar al lago para poseer á su graciosa novia, de la que ya estaba locamente enamorado. No se separaba de ella un solo instante, guardándola delicadas atenciones, que parecían incompatibles con un hombre como él, medio salvaje y acostumbrado á la guerra y á la rapiña; le prometía cien veces al día convertirla en la verdadera sultana del Bacat, y, cosa más extraña aún, la respetaba, portándose como el galán más civilizado y rendido.

Than-Kiú, que representaba á las mil maravillas su papel de novia, no se descuidó en aprovecharse de la pasión ardiente del jefe de los piratas. Á los dos días consiguió que soltaran las ligaduras á sus compañeros y que les dieran tabaco para fumar; lo que no logró fué que los dejaran salir libres á cubierta.

Un resto de desconfianza le había impedido complacerla. Probablemente creía que el verdadero peligro no podía proceder de Than-Kiú, sino de Hong, cuya audacia y vigor extraordinarios conocía. Sin embargo, había prometido darles mayor libertad en cuanto llegaran al lago, y asegurado que no los regalaría al sultán ni los vendería como esclavos.

La joven se guardó mucho de insistir, para no despertar sospechas que podrían redundar en contra y comprometer la libertad de los cuatro. Sin embargo, día y noche meditaba, discurriendo el medio de librarse de su futuro y huir con sus compañeros, pues no tenía el menor deseo de ser la sultana de los piratas.

También Hong, Sheu-Kin y Pram-Li, que fia-

ban poco en las promesas de Pandaras, y que estaban hartos de prisión, torturaban sus cerebros buscando un plan que los libertase; pero tampoco habían hallado hasta entonces ningún medio práctico para dejar de una vez tan poco agradable compañía.

El acaso indicó á Than-Kiú el recurso que con tanta ansia buscaba.

El *parao* se hallaba ya muy cerca del Bacat, gran corriente que surge del lago de Butuán y que tras largo curso va á descargar por dos brazos en el Talaján y en el Río Grande, en las cercanías de Kabato, cuando Than-Kiú, llegándose inopinadamente á la estiva, sorprendió al jefe de los piratas tendido sobre algunas esterás, teniendo entre los labios un tubo que á su mitad sostenía un pequeño recipiente que terminaba en forma de copa.

La joven creyó que aquella pipa era una *yentsciáng*, ó sea una pipa de opio, muy semejante á las usadas por sus compatriotas, y asaltó de improviso su cerebro un nuevo proyecto que debía de tener un éxito inesperado hasta para ella misma.

—¡Ah! ¿Fumas opio como mis compatriotas?—dijo á Pandaras, que parecía avergonzado de haber sido sorprendido por su novia.

—Sí; pero sólo de vez en cuando. Sé que es un vicio que embrutece, y que hace desfallecer á los más vigorosos. ¿Te desagrada?

—No: en mi país, casi todos lo fuman; por eso no me ha sorprendido.

—Verdad que los chinos consumen mucho, y el opio que fumo fué cogido en un junco que lo transportaba á Cantón.

—¿Tienes gran provisión á bordo?

—Una bala de veinte onzas, pero de primera calidad; legítimo *patna*.

—Entonces podrás dar un poco á mis amigos; tendrán una dicha en poder fumar opio.

—Si tienes gusto en ello, les daré y pondré á su disposición algunas pipas mías.

—Eres muy amable, Pandaras—dijo ella con admirable sonrisa.

—Nada puedo rehusar á la hermosa que dentro de dos semanas será mi mujer.

—No es cierto, Pandaras; me rehusas siempre una cosa.

—¿Qué?

—La libertad de mis amigos. ¿Crees que no sufren en su estrecha prisión?

—Desconfío de Hong; es demasiado intrépido.

—¿Qué puede intentar contra tus hombres, todos armados y tan numerosos?

—Podría huir y no quiero que se escape.

—Me has prometido su libertad.

—Pero cuando lleguemos á Butuán. Necesito demostrar al sultán que hice algo en el Talaján, y que, si he fracasado en el golpe del junco, no vuelvo sin prisioneros.

—Eres valiente y astuto.

—Soy jefe.

—Y de los más intrépidos del mundo—añadió la china con acento que entusiasmó al pirata.

—Y tú, hermosísima y audaz.

—Hemos nacido uno para otro, ¿verdad?

—Sí, adorable mujer; y te haré la más feliz del sultanado.

—Lo creo, Pandaras; pero nos olvidamos de mis compañeros, para quienes me ofreciste opio.

—Te daré cuanto quieras. Todos tus deseos son ordenes para mí.

Se levantó con trabajo, pues le temblaban las piernas por efecto del opio; condujo á la joven á un rincón de la estiva, y de un escondite sacó una bola gruesa como un queso de Holanda, en parte ahogada en un espacio en el que podrían caber dos nueces, y se lo ofreció diciendo:

—Toma, para tus amigos; es del mejor que produce la India.

Cogió luego dos pipas, que eran todas las que poseía, y se las dió también.

—Gracias—contestó Than-Kiú; y salió á cubierta para reunirse con sus amigos.

Antes de llegar adonde estaban hizo desaparecer en uno de sus bolsillos la mayor parte del opio que llevaba. Tenía su idea.

Aquella misma noche, cuando anclaron el *pa-rao* en medio del río, en vez de bajar á su camarote á cenar con Pandaras, como de costumbre, se sentó á popa, y en actitud de llamar muy pronto la atención de su futuro marido.

—¿Estás mala?—preguntó, acercándose presuroso.—¡La cena aguarda y te estás aquí!

—No tengo ganas de comer.

—¿Qué tienes?

—Estoy triste, Pandaras.

—¿Por qué causa?

—Lo ignoro; me acaece alguna vez caer en hon-da melancolía...

—¿Qué hacer para disipar tu tristeza?

—Haz cantar algo á tus hombres.

—Y si lo deseas, haré también que toquen.

—Mejor que mejor; la música me devuelve pronto la alegría.

—¿Quieres que haga cantar también á tus compañeros?

—No, déjalos en paz; tendrán sueño.

—Es que, si tú quieres, con sueño ó sin él me obedecerán y cantarán hasta que digas *basta*.

—No; es suficiente con tus hombres.

Pandaras, para quien un capricho de Than-Kiú era una orden, se apresuró á satisfacer éste. Llamó sobre cubierta á sus hombres, que acababan de devorar su misera cena, compuesta de pan de sagú y peces aderezados con aceite rancio de nuez de coco, y les ordenó que cantasen sus mejores canciones, prometiéndoles recompensar las que más agradasen con un poco de *bram*. Dió á cuatro de ellos un *gong*, especie de disco metálico replegado hacia atrás por los bordes, un *bangsi* (flauta de caña de bambú), y dos *gendang* ó tamboriles que se tocan con las manos.

A una señal del jefe, improvisado director de orquesta por satisfacer el capricho de su futura esposa, músicos y cantantes se pasieron á la obra, armando infernal estrépito que sobresaltó á Hong y sus compañeros, ignorantes del suceso.

Los marineros, animados por la promesa de una distribución de *bram*, aullaban como condenados, más que una banda de monos rojos, mientras los músicos parecía que iban á destrozar el *gong* y á reventar los tamboriles. Tal era el estruendo, que en la selva escapaban asustadas fieras y aves, y se corría el peligro de atraer hacia el río alguna tribu de igorotes del interior; pero nadie se preocupaba de ello, y hasta el mismo Pandaras, viendo que Tan-Kiú sonreía, alentaba á sus hombres para que subieran el tono, con el placer que puede suponerse por parte de Hong y sus compañeros, que no podían conciliar el sueño con semejante algarabía.

Al primer coro sucedió otro más bárbaro y más estrepitoso, y luego un tercero y un cuarto, mostrando los piratas la solidez de sus pulmones y lo férreo de sus gargantas; pero al quinto, ya algunos cantores aflojaban.

Than-Kiú, que se había puesto de buen humor, creyó llegado el momento de vigorizar á los pobres cantores. Llamó á dos de ellos y les hizo sacar de la estiva un enorme cántaro con la provisión de *bram* del jefe, y, llenando una gran taza, fué á ofrecérsela graciosamente á su futuro esposo, que

pareció agradecer muchísimo tanta amabilidad. Luego repartió entre la tripulación tazas del licor, con tal prodigalidad, que podía temerse que iba á acabarse pronto la bebida.

Pandaras, aunque tuviese en mucho su provisión del excelente *bram*, no protestó; estaba muy alegre; bebía como una esponja y aceptaba cuantas tazas le brindaba su hermosa novia. Cantores y músicos, fortificados por la abundante libación, volvieron á armar una gritería infernal, desganiándose; en tanto que el jefe, en medio de su tripulación, saltaba como un kanguro acompañado por sus fieles guardias.

¡Cosa extraña! Aunque habían bebido pocas tazas, parecía haberse enloquecido todos; cada uno cantaba por su lado, sin hacer caso de la música; se interrumpían para reir ruidosamente, y brincaban con alegría. De pronto, Pandaras y sus guardias, que habían bebido más, se tendieron sobre cubierta, como atacados de un sueño fulminante irresistible.

Ninguno hizo caso. Than-Kiú continuó repartiendo sendas tazas de *bram*, y los marineros, ávidos como salvajes, sólo se preocupaban de beber y alborotar; pero el sueño que había hecho caer á Pandaras y sus guardias los iba diezmando; algunos parecían asustarse de ese sueño tan repentino y miraban recelosos y desconfiados á la joven, que continuaba sonriendo y dándoles de beber. Quizá concibieran sospechas, mas les faltó tiempo de cerciorarse; porque, pocos minutos después, todos los hombres del *parao* yacían sobre cubierta, rígidos como catalépticos, y roncando como una orquesta de contrabajos.

En cuanto cayó el último pirata, se alzó Than-Kiú con los ojos brillantes y el rostro resplandeciente; atravesó el puente, después de lanzar una mirada irónica á Pandaras, que dormía entre sus leales con el rostro apoyado en el pecho del flautista, y bajó lentamente al pequeño camarote de proa donde Hong se daba á los diablos, creyendo que la tripulación del velero se había vuelto loca.

—¡Aquí me tenéis, amigos!—les dijo al aparecer.

—¡Por Fo y Confucio!... ¿Qué pasa?... ¿Qué significa esa gritería infernal?

—Los piratas que festejaban nuestra marcha.

—¿Quieres burlarte, Tan-Kiú?

—¿Quieres una prueba? Aquí tienes un *kriss* para cortar las cuerdas que te sujetan los pies.

—¿Y los piratas?—exclamaron á la vez los tres hombres.

—Duermen tan profundamente todos, que ni la gran campana de Pekin los despertaría.

—¿Y ese bribón de Pandaras?

—Más que los otros; creo que no podrá abrir los ojos antes de veinticuatro horas.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—La cosa más sencilla; que han bebido de aquel excelente *bram* que Sheu-Kin y Pram-Li probaron en la cabaña del pescador—dijo la joven riendo.

—Aquél tenía opio—exclamó Sheu-Kin.

—Y también el que han bebido los piratas; y tal vez más que el otro. Pandaras os hizo dormir, y yo he hecho dormir á todos en desquite.

—¡Ah! ¡Bravo!... ¡Á ti te deberemos la libertad, y acaso la vida!—dijo Hong, ya desatado.

—Y yo deberé la mía á vosotros. ¡Vámonos, amigos! Los piratas no despertarán hasta mañana por la tarde, lo menos; pero es mejor partir cuanto antes y alejarnos de aquí para no dejarnos prender.

—¿Prender?—exclamó Hong.—Cuando estemos en el bosque, los cocodrilos se habrán tragado hasta los huesos de Pandaras y de sus compañeros ladrones.

—¿Pretendes asesinarlos?

—Los asaremos, prendiendo fuego al *parao*.

—No, Hong: Pandaras no ha sido cruel con nosotros, y menos sus hombres; dejémosles dormir en paz.

—Pero ¿no ves que nos los encontraremos en Butuán, adonde vamos todos?

—Cierto; pero me repugna matar á quien no puede defenderse. ¡Seamos generosos, amigos!

—¿De qué modo?

—Echando á pique el *parao*; así se verán obligados á volver á la boca en busca de *canoas*, lanchas ú otro *parao*, y mientras tanto llegaremos nosotros al lago.

—¡Soberbia ideal!—exclamaron Pram-Li y Sheu-Kin.

—Sí; es más humana que la otra—afirmó Than-Kiú.

—Entonces, vamos á ver á esos dormilones—dijo Hong, armado con el *kriss* que le dió la joven, y dirigiéndose á cubierta seguido de sus compañeros.—¡Por Fo y Confucio!—exclamó al verlos.—Se diría que están muertos.

—Era opio de primera calidad.

—Verdadero, legítimo *patna*. Soy conocedor.

—Será tarea larga desembarcar á toda esta canalla—observó Pram-Li.

—¡Bah! Duermen tan profundamente que no se despertarían ni en el agua. Ayúdame á acercar el *parao* á la orilla. Tenemos tiempo.

Levaron el ancla, y á fuerza de remos arribaron y embarrancaron el velero en la arena entre gigantescas raíces. El malayo y el jefe de la sociedad secreta apoderáronse de dos preciosas carabinas indias, de culata adornada con conchas de madreperlas y cañón largo, armas indias de buena construcción, y bajaron á explorar los alrededores. Su ausencia fué breve; no vieron ni oyeron nada.

—Ese rabioso concierto habrá espantado hasta á las fieras.—Tienen suerte estos granujas. Merecían ser devorados por las panteras. ¡Hala! Descarguemos el barco, y tú, en tanto, hija mía, elige otros dos buenos fusiles y reúne víveres y municiones.

—Los dos chinos y el malayo se pusieron inmediatamente á la obra; Hong los sacaba de dos en dos y los dejaba caer sobre el césped, sin que los pobres diablos dieran el menor indicio de vida; tan profundo era su sueño. Á la media hora, los treinta piratas y su jefe yacían amontonados en confusión, pues los prisioneros no se habían tomado el trabajo de alinearlos.

Cuando terminaron, Hong buscó todas las armas que había á bordo, eligió cuatro de los mejores sables, y arrojó al río *bolos*, *kampilangs*, *kriss* y los restantes fusiles.

—Así les quitamos toda esperanza de perseguirnos.

—Pero los expones al peligro de morir de hambre—observó la joven.—¿Cómo podrán cazar salvajinas sin armas?

—Que se arreglen como puedan.

—Además—añadió Pram-Li,—no falta fruta. Enflaquecerán, pero no morirán.

—¡Eal! ¡Echemos á pique el *parao*! ¿Están en tierra los víveres y las armas?

—Sí—contestó Than-Kiú.

—¡Ayudadme, compañeros!

Armóse de una hacha, que se había reservado con tal intento, y se puso á romper el costado del barco, ayudado por Sheu-Kin y Pram-Li. El *parao* era muy viejo, y pronto se inclinó á babor bajo el peso del agua que entraba por los agujeros abiertos; entonces lo abandonaron, no sin darle Hong una robusta sacudida que lo impulsó hacia la corriente,

que lo arrastró. Viósele por un momento cabecear, y luego hundirse.

—¡Buen viaje!

Volvióse hacia sus compañeros, que acababan de repartirse los víveres y las municiones, cuando sonó un disparo aguas abajo y como á distancia de un kilómetro.

—¡Por Fo y Confucio!... ¡Un tiro!... ¿Habéis oído?

—Y muy próximo—aseveró Than-Kiú.

—¿Quién puede haberlo hecho? Que yo sepa, los salvajes de estas regiones no tienen fusiles.

—¡Calla!... Escucha.

Al primer disparo siguieron con cortos intervalos otros cinco ó seis, acompañados de gritos furibundos y exclamaciones espantosas.

—Than-Kiú—exclamó con inquietud Hong,—¿estás segura de que no seguían al *parao* las chalupas?

—Pandaras no me dijo nada; pero, ahora que lo veo, es posible que llevara escolta, pues manifestaba vivo temor de ser asaltado por los salvajes del Bucat.

—Así debe de ser; y sus hombres van armados de fusiles.

—¿Qué debemos hacer?

—Intrincarnos cuanto antes en la selva y alejarnos de aquí todo lo posible.

—¿No nos perderemos por el bosque?

—Tengo una brújula que me dió Tseng-Kai hace pocos días, y espero guiarte al Butuán.

—¡Marchemos, pues! Oigo que se alejan los gritos y que los disparos disminuyen.

—Sí, marchemos—dijo Hong, colgándose á la espalda su paquete de víveres y llenándose los bolsillos de municiones.—Aquí no soplan buenos vientos para nosotros.

Cargaron sus carabinas, lanzaron una última ojeada al río para ver si aparecían las chalupas, y se internaron resueltamente en el bosque, volviendo las espaldas al río Bacat.

CAPÍTULO XV

LOS OSOS MALAYOS

Aventurarse otra vez aún en aquellas selvas, y á la hora en que las fieras se ponían á caza, era tentar al destino; pero el temor de volver á caer en manos de Pandaras, que había de enfurecerse por

la treta que le jugó la joven, les forzaba á desafiar todos los demás peligros. Hong, el más intrépido y fuerte, se puso á la cabeza; seguía Than-Kiú, y cerraban la marcha el chino y el malayo, encargados de proteger la retirada. La selva estaba obscura como boca de lobo, y no permitía avanzar á los fugitivos con la rapidez que deseaban.

Viejos troncos de circunferencia enorme, caídos por vejez ó derribados por los rayos, impedianles á menudo el paso y les obligaban á dar largos rodeos; á veces había necesidad de abrirse paso con los *kampilangs* cortando las ramas entrelazadas, y muchas, envueltos entre desmesuradas raíces, como en una red, veíanse obligados á una gimnasia rudísima. Hong, furioso por tantos obstáculos, daba desesperados golpes á diestra y siniestra, derribando ramas, lianas y raíces con verdadera rabia; pero, cuando creía haberse abierto paso, veíase obligado á volver á empezar.

Afortunadamente no se hallaban animales, cual si aquella parte del bosque estuviese desierta, lo cual constituía gran suerte para los fugitivos, porque los tiros podían atraer la atención de las chalupas que seguían al velero de Pandaras.

A media noche, Hong concedió un breve reposo, no queriendo fatigar demasiado á Than-Kiú, y á los treinta minutos reemprendieron la marcha, pues le pareció oír gritos á lo lejos, procedentes quizá del río.

—Nos hallamos entre dos peligros—dijo á la joven.—Tenemos que guardarnos de los hombres de Pandaras y de los salvajes que los atacaron.

—Prefiero caer en manos de los últimos á caer en las de los primeros. Pandaras no me perdonará nunca haberlo engañado así.

—Ese bribón sería capaz de asesinarte.

—Así lo creo, Hong.

—¡Por Fo y Confucio!... ¡Es extraño! Veo brillar dos luces en el aire.

—¿En el aire?... No puede ser, Hong.

—No estoy ciego. Te digo que he visto sobre los árboles dos puntos luminosos.

—Serán luciérnagas.

—Tendrán que ser muy grandes para... ¡Eh!... ¡Mira allí... en lo alto!

Los cuatro miraron poniéndose juntos, y vieron á algunos metros del suelo dos lucecitas ante la frondosa copa de un árbol.

—Pues es verdad; se diría que hay gentes guiando sobre los árboles—dijo la joven.

—¡Ya caigo!—añadió Pram-Li;—son cabañas de salvajes.

—¡Cabañas sobre los árboles!...

—Sí, Hong; sobre los árboles. Así las hacen los igorrotos para substraerse á los ataques de sus enemigos—afirmó el malayo.

—¡Singular costumbre!...

—Que les permite librarse de alguna sorpresa.

—¿Será la tribu que atacó las chalupas?

—Probablemente.

—Entonces, lo mejor es evitar su encuentro.

—Así lo creo, puesto que no sabemos con qué gente tratamos. Los igorrotos no odian á los chinos, de los cuales no han tenido hasta ahora que defenderse. Pero lo mejor es que nos larguemos. Estamos demasiado próximos al río.

—Sí; no me agrada quedarme á tan corta distancia de Pandaras.

Continuaron la marcha, tratando de hacer el menor ruido para no despertar la atención de algún salvaje que pudiera velar, y á los trescientos pasos, Hong, que andaba delante, se detuvo. La selva que hasta entonces estaba entapizada de musgo y hierba, comenzaba á presentar un suelo terroso, húmedo, que hacía temer la proximidad de algún pantano.

—¡Otro obstáculo!... ¿Cuándo acabaremos?

—¿Qué hay, Hong?

—Pantanos.

—Los costaremos.

—¿Y por dónde? No veo sino tinieblas por todas partes.

—Volvamos á la selva.

—¿Y los salvajes?

—¡Terrible situación! ¿Y qué hacemos? ¿Aguardar el alba?

—¿Y si los piratas de las chalupas nos persiguen?

—Tratemos de buscar un refugio.

—Me alegraría mucho de poderlo hallar; pero no veo gota, Than-Kiú.

—Vamos á explorar los alrededores; permaneced aquí tú y Than-Kiú—dijo Pram-Li,—y Sheu-Kin y yo buscaremos algún paso.

—Es lo mejor que podemos hacer; pero mirad dónde ponéis los pies, porque hay pantanos de éstos donde abundan los cocodrilos.

El malayo y el chino se desembarazaron de las provisiones, dejándolas al cuidado de Hong, y se alejaron, tanteando el terreno con dos ramas, que

les servían de bastones, y con el temor de sentir que de improviso les faltara bajo sus pies. Los árboles escaseaban cada vez más y en su lugar aparecían cañaverales, indicio seguro de la proximidad del agua.

Entre aquellos grandes vegetales oíanse de vez en cuando vagos rumores que anunciaban la presencia de animales nocturnos. Sheu-Kin y Pram-Li avanzaban con prudencia, creyendo al principio que eran cocodrilos; pero pronto se convencieron de que se trataba de bichos menos temibles; eran *bambirales* ó gatos pescadores que se proveían de su alimento. No son enemigos despreciables, pues tienen un tamaño algo mayor que el de los gatos comunes; son vigorosos, y alguna vez hacen frente á las panteras hembras; pero es raro que ataquen al hombre, á no estar heridos ó acorralados.

Otros animales huían por entre las cañas al sentir el ruido, lanzando gruñidos bastante agudos; los gatos oseznos negros, que los malayos llaman *untarong*, de recio cuerpo y de más de medio metro de largo, cola de igual longitud, cabeza gruesa terminada por un hocico puntiagudo, piernas cortas y fuertes, y pelaje mezclado de rubio y negro. Como sus *colegas* los pescadores, rondan cerca de los pantanos, pues son grandes comedores de peces; sin embargo, no son muy hábiles para pescarlos, y suelen ser víctimas de otros nocturnos ladrones.

Al cabo de diez minutos hallaron una lengua de tierra de unos quince metros de anchura, flanqueada por enormes macizos de cañas, y que se prolongaba en medio de una gran extensión de agua. Detúvose el malayo, y dijo:

—¿Adónde llegará esto?

—Debe atravesar el pantano; á menos que no sea pantano y conduzca al río...

—Será un lago.

—¿Y lo atravesará esta lengua de tierra?

—Parece que se prolonga bastante; hay cañas hasta perderse la vista. Lo que hay es que está tan oscuro que no se puede calcular la distancia.

—Estamos perdiendo el tiempo, que es precioso.

—Y hay cocodrilos; los huelo á derecha é izquierda.

Retrocedieron unos trescientos metros y vieron á Hong y Than-Kiú que avanzaban rápidamente, ocultándose entre las cañas.

—¿Somos perseguidos?

—Lo ignoramos; pero en la selva sucede algo.

Hemos oído gritos y un estruendo de todos los demonios.

—Sospecho que nos hallamos en medio de un pantano; hemos encontrado una lengua de tierra que de un momento á otro puede acabarse.

—Por el momento, es nuestra única vía de salvación; ¡vamos allá! Acaso logremos dar con un refugio más seguro que los de la plena selva.

—Sí, sí—ratificó la joven;—volviendo el paso atrás nos exponemos á caer en manos de los salvajes ó de los piratas de las chalupas.

—¿Nos persiguen ya los de Pandaras?—preguntó Sheu-Kin.

—Lo sospecho. Si han encontrado á sus compañeros dormidos, sabiendo que íbamos prisioneros, se habrán imaginado lo hecho y nos perseguirán.

—¡Apresurémonos, compañeros, ó dejamos aquí la piel!—observó la joven.

Los dos hombres recobraron sus paquetes de provisiones, que no había abandonado Hong, y todos se pusieron de nuevo en camino rápidamente, decididos á no detenerse mientras no tropezaran con obstáculos. Adquirieron la convicción de que estaban en medio del lago sondando con una larga caña el agua del camino, á cuyo fondo no pudieron tocar. Aquél estanque, muy extenso en apariencia, estaba sembrado de varios islotes de pequeñas dimensiones, cubiertos de cañas y en torno de las cuales pululaban los cocodrilos.

Hong continuaba avanzando rápidamente y seguido de sus compañeros, pero ojo avizor y temiendo á cada instante que le iba á cerrar el paso alguna fiera, y con la carabina preparada para poder hacer fuego pronto. La lengua de tierra dejaba ver cada vez más su declive, y tendía á ponerse al nivel del agua; por grados iba haciéndose más flojo y fangoso el terreno, hundiéndose bajo los pies, lo cual alarmaba al chino.

—¿Adónde irá á parar esta lengua de tierra?—exclamó, tras otros diez ó quince minutos de camino.—Debemos haber recorrido ya dos kilómetros lo menos, y no se ve nada sino agua.

—Atravesará la laguna—opinó Than-Kiú.

—Quiero averiguarlo. ¡Eh, Sheu-Kin! Sube sobre mis hombros y mira dónde termina.

El joven entregó al malayo fusil y víveres, y en un instante se encaramó sobre Hong.

—¿No ves nada?

—Sí; veo dónde termina esta lengua de tierra.

—¿No atraviesa la laguna?

—No; termina en un islote lleno de cañas, que me parece más elevado que esta península.

—¿Está lejos?

—A unos quinientos pasos quizá; pero...

—No veo la orilla opuesta de la laguna.

—Estará más baja, y con esta obscuridad...

—A pesar de las tinieblas, veo perfectamente dos animales que avanzan hacia nosotros.

—¿Son panteras, quizá?

—No tengo ojos de gato para distinguirlos bien; pero, por sus lentos movimientos, sospecho que no son ni panteras ni gatos de algalia.

—Vamos á ver lo que son.

El chino descendió al suelo y recobró su fusil y sus víveres.

—Teneos tras mí y no hagáis fuego; si no son panteras ni gatos de algalia, podemos usar nuestro *kampilang*. Las detonaciones pueden vendernos y atraer á los piratas ó á los salvajes.

Colgaron al hombro los fusiles, sacaron los afilados sables y avanzaron sin separarse de las cañas, bien resueltos á abrirse paso hasta el islote. Á los cinco minutos, un gruñido sordo muy fuerte les detuvo.

—¡Bueno!—exclamó Hong.—Ahora veremos con qué clase de animales vamos á luchar.

—Ó mucho me engaño—observó el malayo,—ó se trata de una pareja de *birmang*.

—¿Qué es eso de *birmang*?

—Osos malayos.

—¿Y qué hacen por aquí los osos?

—Habrán venido á buscar insectos ó pequeños roedores que, con la fruta, son su principal alimento.

—¿A estas horas?

—Son nocturnos.

—Muy bien; probaremos en ellos el temple de nuestros *kampilangs*.

—No te dejes llevar de tu acostumbrada temeridad, Hong—advirtióle Than-Kiú.

—¡Bah! Los osos no son panteras para caer sobre nosotros con inesperado salto.

Avanzaron todos hacia el bosquecillo de caña de donde saliera el gruñido, empuñando los pesados sables; pero se detuvieron á los pocos pasos, porque vieron á uno de ellos levantarse sobre las patas traseras, como preparándose al ataque.

No se había equivocado Pram-Li; eran *bismang*, osos de cuerpo grueso, pero bastante largo, de una altura de setenta u ochenta centímetros puestos en

cuatro pies, cabeza voluminosa, de largo hocico y orejas pequeñas. En dos patas alcanzaría aquel ejemplar una estatura de unos seis pies cumplidos. Su pelo era corto, de un negro brillante, y tenía en el pecho una ancha mancha amarilla en forma de herradura.

Hong se precipitó sobre él, sable en mano; pero el animal, espantado quizá por el número de sus enemigos, bajó las patas delanteras y escapó, internándose en el cañaveral.

—¡Ah, miedoso!—exclamó el chino, lanzándose en su persecución; pero halló el bosquecillo vacío; los dos osos galopaban velozmente por la lengua de tierra hacia el islote.

—Allá los encontraremos, á no ser que prefieran tirarse al agua.

—Quizá tienen en el islote su cubil—observó Pram-Li.

Pusiéronse á seguirlos; los animales se volvían de vez en cuando para ver si eran perseguidos, y continuaban la fuga; pero, al llegar ante el canal que dividía la lengua de tierra del islote, se pararon, disponiéndose á la defensa.

—Deben de tener ahí su guarida, y tal vez sus cachorros—insistió el malayo.

—Ó se largan, cediéndonos el puesto, ó los mataremos. No quiero vecinos que puedan ser peligrosos.

Los *birmang* se habían enderezado y lanzaban sordos gruñidos. El más grueso, indudablemente el macho, se precipitó sobre Hong con agilidad que nadie hubiera sospechado en un cuerpo tan macizo, no dándole tiempo de levantar el sable; el otro se precipitó sobre Sheu-Kin y Pram-Li, tratando de abrazar al uno ó al otro.

Hong, á pesar de su vigor extraordinario, no pudo sostener á pie firme el violento encontronazo de la fiera en pleno pecho, y cayó hacia atrás, tanto más cuanto que el terreno era fangoso. El *birmang*, sin preocuparse de Than-Kiú, que acudía en auxilio de su compañero, se echó sobre él para abrazarlo y ahogarlo. La joven, sin embargo, era adversario respetable: serena y arrogante, hizo brillar en el aire su *kampilang*, dando formidable tajo en el hocico al oso, al cual produjo espantosa herida, de la que brotó sangre en abundancia.

Entonces, el irritado animal abandonó al caído y se precipitó furioso contra la joven. ¡Ay de ella si se hubiera dejado abrazar! Pero comprendió que no era ocasión de caricias, y, con la punta de su

sable centelleante y siempre ante el pecho de la fiera, la mantuvo á raya. No obstante, veíase precisada á retroceder; y como la lengua de tierra no tenía más que cinco metros de altura, pronto tocó el agua con el pie.

—¡Muerte de Fo!—bramó el chino levantándose presto.—¡Firme, Than-Kiú!...

Buscó el *kampilang* que había soltado al caer, y se precipitó sobre el oso, hiriéndole por la espalda. La fuerte hoja vibró en el aire, impulsada por el poderoso brazo del chino, con fuerza capaz de partir en dos el cuerpo de la fiera, y, dejando á ésta debatirse en las convulsiones de la agonía, cogió á la joven, que se había hundido ya hasta las rodillas, y la levantó bruscamente.

Ya era tiempo. En aquel mismo instante, dos enormes mandíbulas, armadas de grandes dientes, se abrieron y se cerraron con ruido semejante al que produce una gran caja cuya tapa se deja caer de golpe.

—¡Mil demonios!—rugió el chino, pálido como un cadáver.—Si me descuido un instante, ese maldito cocodrilo le corta las piernas.

Mientras pronunciaba estas palabras, el segundo oso caía también exánime á los sablazos de Sheu-Kin y Pram-Li.

CAPÍTULO XVI

EN EL PANTANO

Diez minutos después estaban acampados entre las cañas del islote, ante un buen fuego en que se asaba un muslo de oso, bocado exquisito según Pram-Li.

Aquel pedazo de tierra perdido en medio de la extensa laguna, separado de la larga península por un canal de unos diez metros de ancho y fácil de vadear, tenía una circunferencia de cien metros próximamente, y se elevaba sobre el nivel de las aguas más que todos los demás islotes y aquella especie de dique que habían atravesado poco antes.

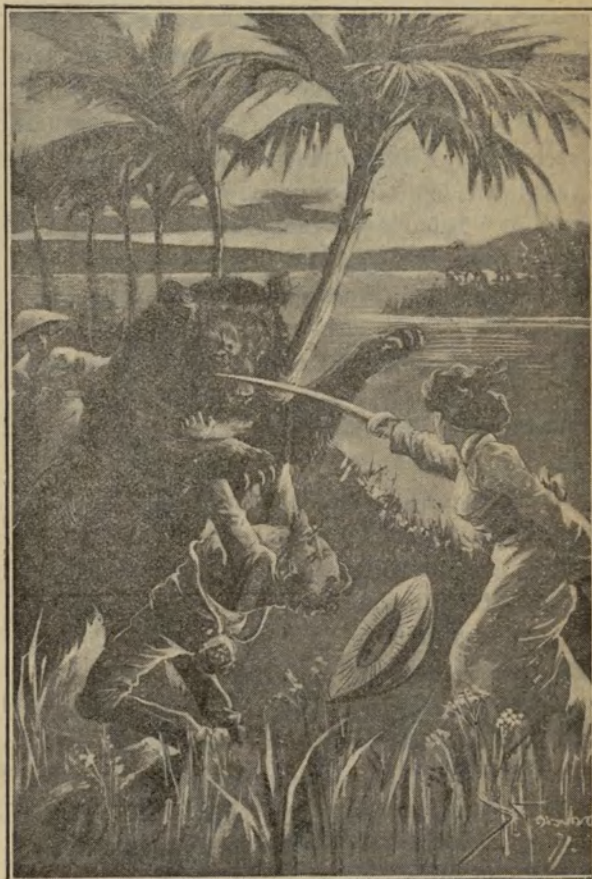
Hong y sus compañeros, después de explorar las orillas por temor de que hubiera cocodrilos, abrieron paso por el cañaveral espeso y acamparon en medio de las altas cañas, encendiendo aquel fuego que no podía verse desde tierra y cuyo humo se perdía en las tinieblas.

El malayo no se descuidó en llevar consigo un par de patas de oso, y una de ellas estaba asándo-

se. Mientras se asaba, discurrían los fugitivos un medio de salir de aquella situación, peligrosa por la proximidad de Pandaras y su gente.

—Si no hallamos cómo atravesar esta laguna, ó lago, ó lo que sea, corremos muy inminente riesgo de caer en manos de ese canalla de Pandaras y de ser desollados, ó decapitados por lo menos—exclamó Hong.

—No veo cómo—observó Than-Kiú.—Este lago



...dando formidable tajo en el hocico del oso...

parece tan grande, que no podremos pasarlo á nado.

—Y menos, habitado como está por cocodrilos—añadió Pram-Li.

—Entonces, tenemos que volver atrás y ganar otra vez la selva.

—¿Y Pandaras, Sheu-Kin?

—¿Crees que nos persiga?

—Sí, Than-Kiú. Amándote, no se resignará á perderte, y nos dará desesperada caza.

—Afortunadamente nos hallamos en una isla que hace fácil nuestra defensa.

—Pero pésima para sostener el asedio, porque sin algo flotante no es posible desalojarla.

—¿Qué decides, pues, que hagamos, Hong?

—Por lo pronto, no encuentro cosa mejor que permanecer aquí. Tenemos víveres para diez días, y armas y municiones que nos permiten mantener á raya á los piratas ó impedirles cruzar el canal que nos separa de la lengua de tierra. Además, el agua tampoco nos falta. Dejemos transcurrir algunos días, y, si no podemos procurarnos barca ó almadía, volveremos á la selva.

—¿Sabes, al menos, dónde nos hallamos, Hong?

—Tengo en el bolsillo un buen mapa de la isla que me procuré en Nasugbu, el del capitán Montero y Gay, el mejor y el más reciente, y lo estudié precisamente ayer, indagando adónde nos conducía ese condenado pirata. Si no me equivoco, debemos de estar á mitad del camino entre el Kabato y el Butuán.

—¿Cuántos días crees que necesitaremos para llegar al lago?

—Por lo menos dos semanas, teniendo en cuenta los obstáculos que hemos de hallar.

—¡Tan pronto!...—murmuró estremeciéndose Than-Kiú.

—Sí, lo verás tan pronto... si no ha muerto.

—¿Temes que no viva?

—En esta tierra no está uno seguro de hallarse vivo al día siguiente. Pero confiemos en que viva para arrancar aún muchas lágrimas de los ojos de *Flor de las Perlas*.

—No, te engañas, Hong; *Flor de las Perlas* no llorará más por el hombre que ama á la doncella blanca.

—No lo digas tan pronto, muchacha.

—¡Te engañas!—insistió la joven con energía.—No le amo ya.

—¡Y vas á salvarlo!

—Para pagar mi deuda.

—¿Y luego?

—Cuando lo haya conducido á la costa...

—¿A él y á la mujer blanca?—dijo Hong.

—Cuando los haya salvado—prosiguió ella con profunda amargura, que encerraba cierta dosis de desesperación,—les diré adiós para siempre.

—¿Y te irás?...

—Adonde quiera llevarme el hombre que me ama.

—¿Qué hombre?... ¡Than-Kiú, nómbrale!—exclamó Hong ansioso.

—Ya lo sabes—murmuró limpiándose dos lágrimas que le rodaban por las mejillas.

—¿Lloras?—exclamó el chino con dolor.

—Sí; de rabia—contestó la joven con voz ahogada.

—¡Than-Kiú!

—¡Calla, Hong! Deja que el tiempo realice su obra de destrucción.

Pram-Li había sacado del fuego el asado, que exhalaba apetitoso olor, y lo había puesto ante sus compañeros sobre dos grandes hojas.

—No aguardéis á que se enfrie—advirtió, como si quisiera cortar aquel diálogo que tanto emocionaba á su joven ama.

Hong cortó varios trozos y los repartió, diciendo á su amada:

—Desecha esos tristes pensamientos, y prueba esta carne exquisita, ahora que nadie nos molesta. Acaso mañana nos falte el tiempo para ocuparnos de la cocina.

La joven obedeció, pero comió poco, aunque la pierna era excelente, parecida á la carne del cerdo. En cambio, los hombres, y sobre todo el malayo, lo hicieron bien, como quien no está seguro del mañana y aprovecha la ocasión.

Aunque se hallaban á cubierto de una sorpresa, y casi seguros de pasar tranquilos el resto de la noche, decidieron velar por turno, y Hong se encargó del primero, preparando un lecho de cañas para Than-Kiú, y yendo á hacer centinela á la orilla del islote, frente á la lengua de tierra.

Ninguna sombra humana veía el chino, y ningún rumor llegaba á sus oídos por más que aguzaba sus vigilantes sentidos, á no ser los golpes sonoros dados en el agua con las colas por los cocodrilos, ó el crujir de sus mandíbulas cerrándose violentamente. De vez en cuando llegaba hasta él improvisado concierto de bramidos y silbidos de algunos sapos y ranas gigantescas; otras era el grito estridente de cualquier perdigón zorrero ó de bandadas de enormes murciélagos que revoloteaban pesadamente sobre las negras aguas. Del lado de la selva iba alguna vez una especie de ladrido ó aullido que duraba breves minutos, se extinguía y volvía á escucharse un cuarto de hora después; eran mapadas de perros salvajes que los malayos llaman *agiang*, y que cazan por su cuenta en las orillas de la laguna.

Hong, ya familiarizado con aquellos rumores, no se inquietaba, pero seguía vigilando y no perdía de

vista sobre todo á los cocodrilos que nadaban en torno del islote, y que parecían haber olido la carne fresca oculta entre las cañas. Ya dos ó tres habían tratado de subirse á la orilla, asomando la cabeza; pero el chino, con tremendos mandobles, les había hecho sumergirse medio aturdidos, no obstante lo duro de sus huesos capitales, á prueba de balas.

Temiendo, sin embargo, que alguno de aquellos terribles saurios hubiera logrado subir á tierra y meterse entre las cañas, dió la vuelta al islote, y luego se acercó al fuego, que estaba á punto de apagarse. Con gran sorpresa suya vió á la joven sentada, el rostro oculto por las manos, y como entregada á tristes pensamientos.

—¿No duermes? ¿No se considera acaso *Flor de las Perlas* tranquila bajo mi vigilancia?

La joven, al oírle, alzó la cabeza y procuró sonreír, pero Hong distinguió lágrimas en sus ojos.

—¿Lloras?—le preguntó con tristeza.—Comprendo; piensas en él.

Luego, tras breve pausa, prosiguió con tono en que se traslucía una sorda amenaza:

—Terminaré por odiar á ese hombre; ayer aun no tenía derecho para ello, pero hoy sí.

—¿Y por qué has de odiarle, Hong?—interrogó ella con dulce reproche.

—Porque no piensas sino en él, y destroza tu corazón su recuerdo.

—Es cierto que pienso en Romero, no intentaré negártelo, amigo mío, pues soy leal; pero te engañas si crees que padezco porque no me ama. Cuando fuiste á mi casita la tarde en que me hiciste huir, lloraba el desamor de Romero; la herida era demasiado reciente... Pero ahora, ya el amor se ha trocado en rencor, y acaso se cambie en odio más adelante. He pensado mucho en él, he llorado y sufrido atrozmente, pues ya sabes que nosotras las chinas amamos con toda nuestra alma, Hong; mas ahora, ¿á qué llorar más ni qué esperar? ¿Que abandone á la doncella blanca? Cuando no lo hizo aquella noche fatal, que debía ser la última de mi hermano, no lo hará jamás.

—Y, sin embargo, llorabas.

—Cierto; no se puede de un golpe olvidar, destruir el pasado, hacer callar el corazón, ni hacer brotar nuevos sueños de las hondas raíces que en nuestra alma echaron los antiguos.

—Temía que te lamentases de haberme hecho concebir esperanzas...

—No, amigo mío, no; eres valiente, y la hermana del que llaman heroico Hang-Tu ama el valor.

—Entonces... ¿me amarás algún día, *Flor de las Perlas*?

—Espera.

—Gracias, Than-Kiú; pero no quiero verte triste como esta noche.

—No lo estaré más.

—No quiero ver lágrimas de dolor en los ojos encantadores de la más hermosa hija del Celeste Imperio.

—No lloraré más, Hong.

En aquel instante Pram-Li se levantó, y dijo:

—¿Me toca ya á mí la vela?

—Lo creo inútil, porque apunta el alba y velaremos todos juntos.

—Sea bienvenida y nuncio de un buen día.

—Para mí será el mejor de mi vida—exclamó el chino, mirando á la doncella, que se ruborizaba.—Que vengan Pandaras y sus bandidos; los echaremos á la laguna para que hagan compañía á los cocodrilos.

—¿Eres brujo?—dijo el malayo, levantándose bruscamente.

—¿Por qué lo dices?

—Porque veo que avanzan cautelosamente por la lengua de tierra formas humanas.

Alzáronse Hong y Than-Kiú, y á la escasa luz del alba, que se difundía por el cielo reflejándose en la llanura, vieron formas, indecisas aún, pero más bien de hombres que de animales, que avanzaban, en efecto, por la lengua de tierra.

—¡Por Fo y Confucio!... ¡Son hombres!...

—Sí; y no menos de una docena—corroboró la joven.

—Será algún grupo de exploradores en busca de huellas nuestras. ¿No veis cómo se detienen á cada paso y examinan el suelo?

—Las habrán hallado ya por lo blando del terreno.

—Sin embargo, Pandaras y sus hombres no deben de haberse despertado todavía—observó el malayo.

—Serán los piratas de las canoas. No habiéndonos encontrado allí, habrán sospechado de nosotros y, para ser gratos á su jefe, nos están buscando.

—Eso debe de ser—agregó *Flor de las Perlas*.

—¿Los dejamos acercarse?—preguntó Pram-Li.

—No conviene atacarlos; dejémosles que se

acerquen y preparémonos á la defensa. ¡Quién sabe!... Tal vez no se atrevan á cruzar el canal para venir á registrar estas cañas. Miradlos: son, en efecto, los piratas; veo varios compatriotas de Pram-Li.

—Compatriotas que desearía ver ahogados.

—Ocultémonos y veamos lo que pretenden esos bribones.

Apagaron los tizones para que el humo no les hiciera traición, despertaron á Sheu-Kin y se escondieron en medio del cañaveral, poniendo ante ellos las carabinas y sables. El sol apareció bruscamente, pues el alba es brevísima en las regiones ecuatoriales, espantando las tinieblas y haciendo brillar el agua de la gran laguna. Todas las aves que anidaban en los islotes alzaron el vuelo, lanzando alegres gritos; bandadas de ánades silvestres, de magnífico plumaje azul con reflejos metálicos, revoloteaban á flor de agua en busca de peces, sumergiéndose acá y allá á despecho de los cocodrilos, cuyas mandíbulas se veían aparecer por todas partes; y los vencejos, de atrevido vuelo, producían una tempestad de gritos ensordecedores.

Por el agua circulaban y combatían rabiosamente cocodrilos en legión, de arrugados dorsos y vientres amarillentos. Los había de todos tamaños, desde los que medían siete metros hasta algunos no más grandes que un lagarto de los mayores, y todos cubiertos de fango. Algunos carecían de cola, y eran los más peligrosos, por lo batalladores y audaces.

Hong y sus compañeros no se ocupaban sino de los hombres, que eran, á lo menos por el momento, los más temibles. Ya se hallaban á la mitad de la lengua de tierra, y se les distinguía perfectamente: era una partida de doce piratas, la mayoría mindaneses, armados sólo tres de fusiles, y de kampilangs y bolos los nueve restantes. Debían de haber hallado las huellas de los fugitivos en el fangoso suelo, y andaban más resueltamente, resguardándose tras las cañas, sin duda por saber ó sospechar que estaban armados los perseguidos.

—Son exploradores, como sospeché—afirmó Hong, que los observaba atentamente.—Si hubieran estado seguros de que nos habíamos refugiado aquí, habrían venido en mayor número.

—Entonces, ¿crees que se volverán en busca de refuerzos?

—No me cabe duda alguna, Tan-Kiú.

—¡Si pudiéramos hacerles prisioneros!...

—No volverían á avisar á sus compañeros. Pero ¿cómo apresarlos? Necesitaríamos una canoa para ir á cortarles la retirada, y no tenemos barca alguna.

—Si no fuera por los cocodrilos, podíamos ir nadando entre dos aguas y salir á tierra tras ellos.

—¿Y las carabinas se habrían mojado? No; lo único que tenemos que hacer es defendernos en este islote, confiando en rechazarlos y producirles tantas bajas que se acobarden.

—Aquí están ya—exclamó Sheu-Kin.

Hong y Than-Kiú apartaron con cuidado las cañas y miraron. Los piratas se hallaban á la orilla del canal, ocultos prudentemente tras las plantas y dirigiendo sus ojos al islote, donde esperaban descubrir á los fugitivos. Después de algunos minutos, sea que se atrevieran á cruzar el canal, bien que se convencieran de no haberse engañado, iniciaron la retirada. Sheu-Kin y Pram-Li quisieron saludarlos con sus disparos; pero el jefe del *Lirio de Agua* les hizo bajar las armas, diciéndoles:

—No; esperemos que ataquen; acaso no están persuadidos de que estamos aquí. De todos modos, pronto lo sabremos, porque veo otros hombres reunidos en la margen del bosque.

—¿Serán sus compañeros?—preguntó la joven.

Hong iba á responder, cuando sonaron dos tiros: dos de los exploradores habían disparado, quizá para llamar la atención de sus compañeros.

—Amigos—dijo el enamorado de Than-Kiú.—Se trata de quemar bien nuestros cartuchos. Hemos sido descubiertos, y en breve nos veremos empujados en la lucha. Afortunadamente somos buenos tiradores y tenemos municiones abundantes.

CAPITULO XVII

UNA DEFENSA DESESPERADA

Aquellos disparos de los piratas no tenían otro objeto, efectivamente, que el de llamar á sus compañeros, y en breve las dos partidas se reunieron en una bastante numerosa y bien armada. Los treinta hombres, sin pérdida de tiempo, avanzaron en fila india, para no exponerse demasiado á las descargas de sus ex-prisioneros, y procurando siempre resguardarse tras las laderas de cañas. No se podía dudar de su intención de asaltar el islote.

Hong y Than-Kiú, que se habían tendido en el suelo tras una quiebra del terreno, enteramente cubiertos por las cañas, vieron que sólo ocho hombres estaban armados de fusiles.

—¡Bah!—dijo el primero, encogiéndose de hombros.—Si esos perros pretenden cazarnos con tan pocos dientes, están muy equivocados. Nuestras carabinas, que deben de ser las mejores que tenía Pandaras, son de doble alcance que sus fusiles, y los mantendremos á raya.

—¿Aguardaremos á que lleguen á la orilla del canal para romper el fuego?

—Sería una imprudencia, Than-Kiú; ya saben que estamos aquí.

—Sin embargo, pueden no habernos visto.

—Sí, pero hemos sido vendidos.

—¿Vendidos?... ¿Por quién?

—Por los osos. No serán tan estúpidos los piratas que crean que esos animales se suicidaron.

—Cierto. Fué una imprudencia dejar allá los cadáveres.

—Nos hubieran descubierto lo mismo. ¡Hola! Ya están á trescientos metros. Probemos nuestras carabinas y hagámosles ver que somos adversarios temibles.

El chino, que había sido en su tiempo el mejor tirador de la caballería manchuriana, apuntó cuidadosamente al primero de los piratas é hizo fuego. El pobre diablo cayó fulminado á la laguna, precipitándose sobre su cadáver varios cocodrilos que lo despedazaron en un instante y no dejaron en el agua más que un círculo sangriento.

—¡Buen golpe!—exclamaron Pram-Li y Sheu-Kin, que estaban detrás de Hong.

—Un golpe que los hará prudentes—añadió Than-Kiú.

Los piratas, asombrados por tan excelente puntería á tan respetable distancia, se echaron al suelo, escondiéndose en el cañaveral. Poco después, los que iban armados de fusiles hicieron una descarga; pero sus armas debían de tener poco alcance, pues las balas no llegaron al islote. Hong dijo irónicamente:

—Eso se llama gastar pólvora en salvas. ¡Si creerán asustarnos con el estruendo!...

No era tal el objeto de los piratas. Sea que creyesen de buena fe hallarse á tiro, ó que pretendiesen hacerse respetables, demostrando que ellos también tenían fusiles, continuaron las descargas con estrépito tan ensordecedor como inofensivo. Hong dejó que se acercaran otros cien pasos y apuntó otra vez cuidadosamente, imitándole la joven.

Las dos detonaciones fueron tan simultáneas

que sonaron como una sola; y los dos piratas más próximos agitaron el aire con las manos, se tambalearon y cayeron uno encima de otro. Era demasiado para aquellos bárbaros. Invadidos por supersticioso terror, volvieron las espaldas y huyeron á toda prisa, saludados por dos tiros sueltos de Sheu-Kin y Pram-Li.

Aquella fuga vertiginosa no cesó hasta que se hallaron en las márgenes del bosque, al principio de la lengua de tierra. Púsose en pie Hong y gritó:

—¡Buen viaje!... Creo que por hoy tienen bastante.

—¿Crees que no volverán?—preguntó *Flor de las Perlas*.

—No me atreveré á asegurarlo. Si entre los muertos hubiera estado Pandaras, podíamos esperar semejante ventura; pero ese canalla no se habrá despertado aún y él los hará volver; con él es con quien tendremos que habérmolas.

—Cierto; guiados por su jefe, no escapan á los primeros disparos.

—Pues, como se deje ver, todos nuestros tiros le serán reservados.

—Enviaré á sus hombres, y él quedará fuera de tiro; sabe que somos audaces, y te tiene un miedo cervical.

—Me alegro de que me tema. Así tendrá menos alientos para el ataque.

Y volviéndose hacia el malayo, prosiguió:

—¡Eh, Pram-Li! Tú que eres tan amante de las patas de oso, ve á preparar el almuerzo: y tú, Sheu-Kin, ven conmigo á buscar los cadáveres de esos animales. Su carne puede sernos preciosa durante el sitio que tendremos que sostener.

No teniendo que preocuparse de los piratas refugiados en el bosque, tal vez aguardando á sus compañeros, los chinos podían recuperar su caza, el malayo hacer la comida y todos descansar, velando por turno, pues había que precaverse contra los cocodrilos.

Aquella primera jornada pasó sin más incidentes que algunos tiros disparados contra los saurios, que cada vez se mostraban más audaces é impertinentes; se habían reunido en gran número alrededor del islote, y varios intentaron ocultarse entre las cañas para atacar á los acampados, pagando algunos con la vida su atrevimiento.

Cuando las tinieblas invadieron la isleta, los chinos y el malayo redoblaron la vigilancia contra los feroces devoradores de carne humana; velaban

por parejas, y encendieron numerosas hogueras en torno del islote.

Presentían que los piratas aprovechaban la obscuridad de la noche para acercarse. Sin embargo, transcurrió la noche sin novedad. Próxima el alba, Hong, que vigilaba frente á la lengua de tierra, creyó ver algunas sombras humanas entre el cañaveral.

—Los piratas toman posiciones—murmuró con inquietud.—Si se atrevieron á acercarse tanto, es que recibieron refuerzos y Pandaras está con ellos.

Acercóse á Than-Kiú, que vigilaba la ribera por los cocodrilos y le dijo:

—Ahí están.

—¿Los piratas?

—Sí.

—Me lo supuse hace algunos minutos, al ver á los cocodrilos moverse hacia el canal.

—Temo que Pandaras esté con ellos.

—Debe haberse despertado ayer.

—Llamemos á los compañeros y preparémonos á defender el canal. ¡Ah!... Voy á valerme de los cocodrilos.

—¿De qué modo?

—Creo haber encontrado un medio.

Despertó á los dos hombres, cortaron cuatro gruesas cañas de tres metros de largo, las unió por la punta con un pedazo de piel de oso fuertemente atada, y dijo al chino y al malayo que le siguieran llevando el cuerpo de uno de aquellos animales y recomendando á la joven que disparara sobre los saurios que intentaran acercárseles. Entraron en el canal, cuya agua, de solo un metro y pico de profundidad, les ponía á cubierto de una sorpresa por parte de los cocodrilos. Sin embargo, iban muy en guardia y armados de sus sables. Al llegar al centro de la anchura plantaron las cañas en el suelo, introduciéndolas en el fango con toda su fuerza á fin de que resistieran bien, y en la cima, que sobresalía de la líquida superficie como metro y medio, hizo atar el cadáver del *birmang*.

—Mientras resistan las cañas, no pasará ningún pirata. Y ahora, amigos, ¡escape al islote, antes de recibir algún balazo!

Así lo hicieron, poniéndose á observar curiosamente lo que iba á ocurrir. No habían transcurrido cinco minutos, cuando ya siete ú ocho saurios, atraídos por el olor de la carne fresca, se dirigían al canal sin separar sus ojos del cadáver del oso, que parecía un ahorcado sobre el agua. Al principio con-

tentáronse con mirarlo mucho, sospechando quizá algún lazo; mas en breve la gula fué más poderosa que el miedo y se acercaron internándose en el bajo fondo del canal y abriendo sus enormes mandíbulas.

—La presa les seduce. ¿Has comprendido mi astucia, Than-Kiú?

—Sí; los cocodrilos impedirán á los piratas el paso del canal.

—Eso es; y como la presa está muy alta para ellos, tardarán mucho tiempo antes de que sus cerebros obtusos comprendan que con un par de coletazos derribarían las cañas.

—¿Y los piratas?... ¿Dormirán?

—Páreceme—dijo el malayo,—que se preparan á fusilarnos. Si llegan un poco antes de nuestra expedición al canal, no daría una pizca de *betel* por nuestra piel.

—¡Calla!—exclamó Hong.

Una voz se alzó desde la ribera opuesta, entre los cañaverales de la lengua de tierra.

—¡Escuchadme, chinos!—dijo.

—Es la voz de Pandaras.

—¡Sí; él es!...

—¡Devorado sea por los cocodrilos!

—¡Parece que se ha despertado el canalla!

Hong se acercó á la orilla con la carabina preparada y gritó:

—¿Eres tú el jefe?... Cuida de no enseñarnos un pedazo, por pequeño que sea, de tu cuerpo que pueda servirnos de blanco.

—¡Escuchadme!—repitió Pandaras.

—¡Habla!

—Os intimo devolverme la doncella de cabellos negros, ú os haré desollar vivos.

—Gracias por el aviso. ¿Y qué más?

—Que me devolváis las carabinas, que son las mejores que tenía.

—¿Y nada más? ¿No quieres también nuestras cabezas?...

—Dispondrá de ellas el sultán de Butuán.

—Bueno; pues como no nos fiamos de tu sultán, te invitamos á que vengas tú mismo por la doncella pelinegra y por tus carabinas.

—¡Entregadme á mi futura esposa!—gritó furioso el pirata.

—Tu futura esposa ha renunciado al honor de serlo, y me encarga decirte que eres un canalla indigno de ser devorado por los cocodrilos.

—Moriréis todos.

—La puerta está abierta; puedes entrar cuando

quieras á retorcernos el pescuezo; pero te prevengo que no te dejes ver, si no quieres que te incruste una bala, ¡bandido!

La respuesta que recibió Hong fueron cuatro disparos que cortaron algunas cañas próximas.

El chino, que se había fijado en el sitio de donde partieran los tiros, y que vió el humo elevarse entre las cañas, apuntó rápidamente é hizo fuego. Un grito agudo le probó que no había errado.

—Ésa es mi respuesta, Pandaras—gritó reuniéndose con sus compañeros, parapetados en un repliegue del terreno y echándose junto á Than-Kiú. Si quieres más, pide por esa boca. Tenemos muchas bolitas de ésas.—Ahora—añadió dirigiéndose á sus camaradas,—¡mucho ojo y procuremos impedir á toda costa que vadeen el canal, ó somos perdidos!

Empezaba á salir el sol, cuando los movimientos de los piratas les indicaron que se preparaban á pasar el vado. Eran unos cincuenta, pero no disponían más que de diez (1) fusiles y de algunos pistolones de bien poco valor.

Mientras los unos abrían el fuego, los otros, armados de *kampilangs* y *bolos*, se metieron en el agua denodadamente. Bien pronto fueron detenidos por los cocodrilos. Una veintena de éstos había invadido el bajo fondo para disputarse el oso, que ondeaba sobre las cañas, y, furiosos por no poder alcanzar su presa, desahogaban su rabia dando coletazos que esparcían agua y fango en todas direcciones. Al ver aparecer á los hombres, volvieron hacia ellos con la intención de regalarlos con la succulenta carne humana, obligándoles á retirarse precipitadamente, no obstante los furiosos aullidos de Pandaras, que se mantenía emboscado por prudencia.

Pero el colmo fué cuando los asaltados comenzaron el fuego, matando siete hombres en dos descargas, con gran satisfacción de los cocodrilos. Los restantes huyeron á esconderse entre las cañas, adonde les siguieron los certeros tiros de los chinos y el malayo. Á la cuarta descarga parece que tenían ya bastante, incluso el mismo Pandaras, pues se le vió escapar desordenadamente en busca de refugio más seguro.

(1) El original dice *seis*; pero debe de ser error, pues que los treinta piratas que asaltaron antes á Hong y sus compañeros tenían, como se recordará, ocho fusiles.—N. del T.

—¡Os haré comer por los cocodrilos!—rugió el jefe de los piratas antes de desaparecer.

—Y yo—repuso con voz tonante Hong—te aplastaré el cráneo si vuelves. Así, no pienses más en la doncella de cabellos negros.



—¡Escuchadme!—repitió Pandaras.

—¡Habla!

CAPÍTULO XVIII

UNA NOCHE TERRIBLE

Las fanfarronadas de Pandaras—tal, á lo menos, las creían los asaltados—no tuvieron consecuencias durante la segunda jornada, en la cual ni volvieron á aparecer los piratas, como si, descorazonados por aquellas dos infructuosas tentativas, hubieran abandonado por completo la peligrosa empresa que les había costado doce hombres. Pram-Li, subido á hombros de Hong para abarcar mayor horizonte, no pudo descubrir señales de piratas por ningún lado.

Tranquilizados por la ausencia de los bandidos, al llegar la noche se arreglaron para dormir á piedad suelta hasta que les llegara su turno de vela, exigido por el temor á los cocodrilos, y tomaron las precauciones de la víspera, encendiendo hogueras en las orillas del islote. El valiente malayo, á quien le tocó el primer cuarto, había recorrido ya dos ó tres veces la circunferencia de la isla y aguardaba la hora en que lo relevase Sheu-Kin. Hacía dos horas que velaba, luchando con el sueño que le invadía á pesar suyo, cuando observó con gran sorpresa que se apagaban todos los fuegos de la orilla y se oía un silbido sospechoso. Sorprendido y alarmado por tan inexplicable suceso, miró con cuidado por todas partes, pero nada vió.

—¿Quién ha hecho eso? No pueden haberse apagado sin una causa... ¿Habrán sido los cocodrilos?... Pero ¡si no es posible! Veamos, sin embargo...

Empezó á dar la vuelta al islote, y á los pocos pasos metió el pie en el agua. Doblemente inquieto por aquel fenómeno, corrió hacia Hong y lo despertó sacudiéndole.

—¿Todavía los piratas?—preguntó el chino, restregándose los ojos.

—No; pero suceden cosas inexplicables para mí.

—¿Qué ocurre?

—Todas las hogueras se han apagado repentinamente.

—Se habrán consumido las cañas.

—No; se apagaron por el agua.

—¿Por el agua? ¡Si está el cielo estrellado!...

—Sin embargo, el islote se está inundando.

—¡Por Fo y Confucio!... ¿Corremos entonces el peligro de perecer ahogados como topos en la trampa? ¡Sheu-Kin, Than-Kiú! ¡En piel!

Todos, ávidos de encontrar la explicación del fenómeno, avanzaron hacia la orilla, pero en breve les detuvo el agua. La circunferencia del islote, que medía antes cien metros, apenas era ya de cincuenta.

—Es una verdadera inundación—dijo el chino, cuya frente se nublaba.—A poco que continúe, cubrirá todo el islote.

—Y la península está ya cubierta—observó Sheu-Kin, mirando hacia la lengua de tierra.—Sólo se ven ya las cañas.

—¡Qué desgracia que no estén en ellas los piratas con el canalla de su jefe!...

—¿De qué puede provenir esta repentina eleva-

ción de las aguas?—preguntó Than-Kiú.—Del cielo no ha caído una gota.

—¿Será cosa de Pandaras?—murmuró Hong.—¿Será el cumplimiento de su amenaza? Recuerdo bien sus palabras: «Os haré comer por los cocodrilos».

Un estremecimiento de horror recorrió los miembros de sus compañeros á esta reflexión.

—¿Qué quieres decir, Hong?—exclamó la joven palideciendo.

—Piensa en lo que sucederá si sigue subiendo el agua. ¿Quién impedirá á los cocodrilos despedazarnos?

—¿Y cómo quieres que Pandaras pueda subir al nivel de la laguna?

—No lo sé; pero si este pantano se hallase cerca del Bucat ó de algún lago...

—¿Qué?

—Admitiendo que el río ó lago estuviese más alto que esta laguna, y abriendo un canal, aumentaría considerablemente el caudal de agua.

—¿Supones que esté próximo el río?

—Lo sospecho...

—Pero se necesita tiempo para abrir un canal.

—Los piratas que nos han asaltado eran más de cuarenta, y, en doce ó catorce horas, cuarenta hombres pueden hacer mucho.

—Me asustas, Hong.

—Tampoco yo estoy tranquilo. Mira, mujer; el agua continúa avanzando incesantemente.

Hong decía verdad; el agua subía y avanzaba poco á poco, pero sin interrupción, amenazando anegar aquel pedazo de terreno, único que todavía continuaba visible y seco entre todos los islotes y bancos de la laguna.

¿Qué había sucedido? ¿Á qué causa atribuir aquella inundación repentina que amenazaba ahogar á los cuatro fugitivos? ¿Había sido roto el dique de algún lago más elevado y caudaloso que el pantano? Era probable, pues que, durante aquellos dos días, el cielo estuvo despejado y no cayó una gota de lluvia.

La situación resultaba cada vez más desesperada; el agua avanzaba siempre, haciendo sonar las cañas, y en ella una horda de famélicos saurios. Los cuatro compañeros se retiraron al punto más alto del islote, presa de verdadero terror y de inexpresable angustia. Desde aquella plataforma, de unos dos metros escasos, miraban avanzar las aguas con los ojos desmesuradamente abiertos.

En vano escrutaban las tinieblas que los envolvían, esperando ver algún árbol en que salvarse; inútilmente aguzaban los oídos para oír el rumor de unos remos ó una voz humana. Nada se distinguía sobre las negras aguas, ni grito alguno vibraba en el espacio; sólo el avance de los cocodrilos y sus coletazos formidables.

—Hong—dijo la joven, cuya voz, acaso por primera vez, temblaba.—Tengo miedo.

—¡Animo, pobre amiga! Nos quedan aún las carabinas para defendernos.

—Pero el agua continúa avanzando—repuso con inquietud la joven.

—En último caso te subiré sobre mis hombros; soy alto, y serás la última en morir, si está escrito que aquí acabemos todos. ¡Amigos, cuidado de no perder los sables y de no errar golpe cuando ya no podamos hacer uso de las armas de fuego! ¡Quién sabe!... Tal vez se restablezca pronto el equilibrio entre las aguas del lago ó del río y esta laguna, y podamos salvarnos de una horrible muerte.

Hong, corazón fuerte y animoso, no desesperaba todavía y se preparaba á sostener gallardamente el espantoso ataque de los reptiles; mientras Sheu-Kin y Pram-Li, á su lado, disponíanse á vender caras sus vidas.

Se habían colocado formando un triángulo, en cuyo centro pusieron á Than-Kiú, para defenderla mejor y para impedir que las agitadísimas aguas la arrastraran en su rápido descenso hacia el Sur. Los cocodrilos estaban ya á pocos pasos del grupo; eran lo menos treinta, casi todos grandes, y castañeteaban los dientes con fruición y abrían sus fauces, como si ya estuvieran saboreando la carne de los desdichados.

—¡Abramos el fuego hasta agotar las municiones!... ¡Disparad contra las bocas abiertas de esos asquerosos saurios!

Uno monstruoso, más impaciente y audaz, destacóse del grupo y se precipitó rápidamente sobre aquel pedazo de tierra que empezaban ya á cubrir las aguas. Hong y Pram-Li dispararon á la vez, y el monstruo, herido de muerte por habersele obligado á engullirse las dos balas, se alzó más de medio cuerpo sobre el agua, como una serpiente que se endereza, dió tremendo coletazo que levantó montaña líquida y cayó de golpe como una chalupa desfondada.

En vez de asustarse, sus compañeros parecieron cobrar nuevos ánimos y se apresuraron á iniciar el

ataque; Than-Kiú y Sheu-Kin derribaron inmediatamente otro cocodrilo en la misma forma, y comenzó la terrible lucha. Los infelices refugiados en la extremidad del islote, y apoyándose espalda con espalda para resistir á la violencia de la corriente, defendíanse con desesperada energía. Los fogonazos se sucedían alumbrando la famélica horda, y las detonaciones retumbaban incesantemente en la desierta laguna.



Se habían colocado formando un triángulo, en cuyo centro pusieron á Than-Kiú.

Era un espectáculo terrible, espantoso, el de aquellos cuatro seres rodeados de monstruosos saurios que se precipitaban al asalto de un puñado de tierra para comerse la carne de sus defensores, mientras el agua subía implacable, espumante y con sordos bramidos siniestros. Los reptiles continuaban estrechando el círculo y atacaban cada vez con violencia mayor, cual si les irritara la resistencia, llegando á arrojar al rostro de los desgraciados su aliento cálido y fétido.

¡Ay de los animosos sitiados si los estúpidos saurios, en vez de obstinarse en atacarlos de frente con la boca abierta, hubieran adoptado la táctica de volverse y hacer uso de su potente cola!... Pocos coletazos habrían sido suficientes para dar al traste con el grupó.

La lucha continuaba. Hong y sus compañeros hacían fuego casi metiendo los cañones de los fusiles en las bocas de los monstruos, teniendo que recurrir muchas veces á los *kampilangs*, por no darles tiempo de cargar ó por estrecharles demasiado los feroces asaltantes. Llegó un instante en que Sheu-Kin y Pram-Li, dieron un grito; el agua les llegaba á la cintura, y las municiones mojadas les eran inútiles. Hong tenía la frente bañada de frío sudor; miró con angustia á Than-Kiú, rozó sus mejillas con un rápido beso, y subiósela á hombros diciendo:

—Si estamos condenados á perecer, tú serás la última que mueras.

Luego, dando á la joven sus municiones, que estaban casi secas, añadió:

—Continúa el fuego, Than-Kiú; nosotros seguiremos defendiéndonos con los sables.

Y entonces vióse una escena todavía más terrible. Aquellos tres hombres que tenían la conciencia de su próximo fin, pero que no querían entregarse á la muerte sin combatir, se defendían encarnizadamente á sablazos, con agua á los riñones, y sobre ellos la intrépida jovencita disparaba su fusil contra los cocodrilos, cuyos coletazos, al morir, levantaban cataratas de espuma. Los tres hombres no cejaban y manejaban sus sables cual si sus brazos fueran incansables, de acero, machacando, macerando y rompiendo huesos de mandíbulas saurianas, sobre todo Hong, que parecía haber centuplicado sus hercúleas fuerzas.

—¡Valor, amigos!... Si hemos de morir, vendamos caras nuestras vidas. ¡No temas, Than-Kiú, no te suelto!... ¡Fuego contra ese reptil!...

Sheu-Kin lanzó un grito de júbilo supremo.

—¡Hong, Than-Kiú!... El agua ya no sube; no nos ahogaremos.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí; el agua mengua.

—¡Por Fo y Confucio!... ¡Es cierto!... Comienzo á creer que no acabaremos en el vientre de los saurios... ¡Un último esfuerzo, amigos!... ¡Si podemos resistir cinco minutos más, estamos salvados!

En efecto, las aguas, después de haber alcanzado su máxima altura, comenzaban á descender con

la misma rapidez con que habían subido. En pocos minutos bajó algunos centímetros su nivel.

Para mayor fortuna, los saurios, ya acobardados por los sablazos y tiros que los habían diezmando, ya por la escasez de agua que les obligara á retirarse á los puntos más bajos de la isla inundada, no se atrevían á atacar con el ímpetu de antes.

La esperanza comenzaba á renacer en los corazones; el peligro mayor había pasado; por poco que continuase el descenso de las aguas, podrían considerarse salvos.

Alentados por tales pensamientos, redoblaron sus esfuerzos, precipitándose audaces sobre los saurios y haciéndoles por fin apelar á la fuga.

La punta extrema del islote comenzaba á descubrirse, y más allá á verse las cañas hasta entonces cubiertas por el agua; hasta las plantas de la lengua de tierra dejaban ver sus hojas.

—Ese bandido de Pandaras, si ha sido él quien ha hecho abrir algún canal ó romper cualquier dique para que se nos comieran los cocodrilos, no estará muy satisfecho de su obra—exclamó el chino, bajando de sus hombros á la joven.—Puede ufanarse de habernos hecho pasar una hora de horrible angustia; pero todavía estamos vivos y en disposición de hacerle pagar cara su venganza.

—¿Esperas encontrártelo, Hong?

—No lo sé, Than-Kiú; mas el corazón me dice que no acabó todo entre los dos.

—Acaso nos creará ya muertos y habrá abandonado estos parajes.

—¿Sin visitar antes el islote?... ¡Hum!... Lo dudo.

—No podrá acercarse, pues la lengua de tierra está anegada.

—Tiene las canoas.

—¿Y nos asaltará de nuevo? ¿Y qué haremos, teniendo las municiones mojadas?

—No le aguardaremos aquí; tranquilízate.

—¿Quieres abandonar el islote?

—¡Y me lo preguntas, Than-Kiú!... No tenemos en torno sino algunos pasos de tierra, el espacio apenas suficiente para movernos, y hemos perdido todas nuestras provisiones. No hay más remedio que largarnos lo más pronto posible, para no morir de hambre ó ser devorados sin remedio por los cocodrilos.

—¿Y cómo?

—¿De qué modo?

—¿Quieres atravesar á nado la laguna?

—No; malditas las ganas que tengo de dejar mis piernas en las fauces de esos monstruos.

—Entonces, explícate; que nos haces morir de impaciencia.

—¿Has observado, chiquilla, cómo los cocodrilos que matamos el otro día, después de algún tiempo salían á flote?

—Sí; y ¿qué deduces de ello?

—Pues que me han sugerido el medio de construir una especie de embarcación que nos permita abandonar este condenado islote. ¡Eh, Pram-Li!... ¿Ves aquel cocodrilo que flota tripa arriba en medio de aquellas cañas?...

—Sí que lo veo.

—Pues ve á buscarlo y remólcalo aquí. Y tú, Sheu-Kin, apodérate de aquel otro que ha encallado en la arena, mientras yo cojo aquellos dos que la corriente trae.

El malayo y el chino, sin pedir más explicaciones, cumplieron las órdenes de Hong, mientras éste hacía lo que había indicado.

—Ahora necesito cañas. Más tarde remolcaremos otros dos ó tres cadáveres, con lo que tendremos bastante para nuestra balsa.

Sus compañeros, que habían adivinado ya su idea, y que eran habilísimos nadadores, sumergieron en el agua, y á los pocos minutos tenían acumuladas veinte ó veinticinco cañas de bambú, de cinco ó seis metros de largas, y gruesas como el brazo de un hombre.

—Me bastan—dijo Hong, que entre tanto había cortado las correas de las carabinas en estrechas y sólidas tiras.—Ayudadme, para poder huir de este islote antes de que apunte el alba; no sea que á ese maldito Pandaras le dé la ocurrencia de venir y nos coja.

—Pero explícame—observó Than-Kiú—para qué pueden servirnos los cadáveres de los cocodrilos, si se trata, como has dicho, de construir una balsa.

—¿No has adivinado?

—No, Hong.

—Pues para mantener á flote la balsa. Comprende que estos bambúes no pueden sostenernos á los cuatro. Así, para impedirles que se hundan bajo nuestro peso, los sostendremos con vejigas de aire.

—¿Hinchando la piel de los cocodrilos?

—Sí.

—¡Espléndida idea!... Lo que me extraña es que no se te ocurriera antes.

—No pensé en los saurios; pero pongámonos á la obra antes de que vuelvan los piratas.

No era fácil construir una balsa en aquella obscuridad y con los terribles saurios por vecinos; pero comenzaron la labor animosamente, mientras Than-Kiú vigilaba para impedir que los peligrosos adversarios, que no habían abandonado el islote, se acercasen. Hong y Sheu-Kin construían la balsa; el malayo vaciaba los cadáveres para inflar después aquellos pellejos. Faltaban aún dos horas para salir el sol, cuando la embarcación estaba concluida y rodeada de enormes vejigas hinchadas, al extremo de amenazar elevarse como globos. Medía la balsa cinco metros de largo por cuatro de ancho, y era ligerísima, aunque acaso resultaba arriesgado emprender con ella la travesía de aquella laguna llena de cocodrilos.

—¡Embarquémonos!—exclamó Hong, ufano con su obra.—Os recomiendo que vigiléis atentos para impedir que se acerquen esos monstruos, que pueden hacernos naufragar de un coletazo. Mis municiones están secas. Repartámoslas para poder hacer todos fuego.

—¿Y dónde vamos?

—Dejémonos llevar de la corriente hacia el Sur; así nos alejaremos de Pandaras y sus secuaces.

—¡Vayámonos! Estoy harto de laguna y de islote—dijo el malayo.

Embarcáronse todos, é impulsada por la corriente la balsa comenzó á moverse con rapidez y con un leve balanceo de babor á estribor.

CAPÍTULO XIX

UNA DEGOLLINA EN MEDIO DE LA SELVA

La extraña balsa ideada por el emprendedor chino marchaba bien, pero sufría peligrosas ondulaciones, á causa de su excesiva ligereza, al solo choque de la corriente ó al menor movimiento de los pasajeros; el encuentro con un banco de arena ó con un cocodrilo sería suficiente para romperla; tan frágil era. No obstante, todos tenían confianza en atravesar felizmente la laguna.

Agrupados en el centro, con los fusiles preparados para defenderse de los saurios, estudiaban el modo de mantener una inmovilidad casi absoluta, porque las cañas, aun auxiliadas por las vejigas, les obligaban á tener constantemente los pies bajo el agua. La corriente era ya lenta; se hallaban á

unos tres kilómetros del islote, cuyas cañas se distinguían apenas, y las estrellas comenzaban á palidecer, tiñéndose de arrebol el cielo.

—Quizá el mayor peligro ha pasado ya—dijo Hong.—Ha sido una gran suerte que los cocodrilos no se hayan atrevido á atacarnos.

—Habrán tenido miedo; como los escarmentamos antes...—opinó Pram-Li.

—No hubiera dado una partícula de opio por mi piel, á pesar de apreciarla tanto, si nos atacan. Vale más que nos hayan dejado tranquilos.

—¡Ya lo creo!... Me estremezco toda al pensarlo—añadió Than Kiú.—No hubiera podido soportar una segunda prueba como la de esta noche.

—Ni mujer alguna hubiera podido resistir tanto, yo te lo afirmo. Sólo la hermana de un héroe podía sostener tan improba lucha.

—Esperemos que sea la última.

—Con los cocodrilos, tal vez; pero con los hombres, no. Tendremos que afrontar muchos peligros antes de salvar al hombre que has amado.

—Los afrontaré, Hong.

—¿Continúas resuelta?

—Siempre; si tú me ayudas.

—Sabes que te pertenezco en cuerpo y alma.

—Lo sé y te lo agradezco; tengo ya contigo dos deudas, acaso más grandes...

—Prosigue.

—Que la que contraje con Romero.

—Acaso exageras.

—No, Hong; nada te dije esta noche, cuando por salvarme afrontabas la más horrible muerte; pero *Flor de las Perlas* esperaba poder probarte en alguna ocasión su reconocimiento.

—¡Explicate, mujer!

—No ha llegado el momento; pero ya me comprendes.

—No me atrevo á entenderte; podría crearme una esperanza falaz, y caer en la desilusión horrible que tú has padecido.

—No, no; no destruiré un hermoso sueño, como hizo Romero. Las chinas somos generosas, y...

Un choque repentino que hizo cabecear bruscamente la balsa echando uno sobre otro á los cuatro, cortó la palabra á la joven.

—¡Por Fo y Confucio!... ¿Qué ha sucedido?... ¡Otro golpe como éste y zozobramos!

—¿Habrá sido un cocodrilo?—dijo Sheu-Kin.

—No he visto ninguno—afirmó el malayo.—El agua está en calma alrededor.

Ambos se arrastraron con precaución, y metieron los brazos en el agua.

—Hay cañas bajo nosotros—dijo el chino.

—¿Estando sobre algún islote sumergido?—preguntó Hong.

—Así lo creo—afirmó Pram-Li.

—Evitemos los choques, pues no respondo de la solidez de la embarcación.

—¡Y tengamos ojo con aquel comedor de hombres! ¿Lo veis? Parece que tiene la intención de acercarse á visitarnos.

A veinte brazas de la embarcación apareció, en efecto, la cabeza de un saurio mostrando sus formidables dientes; sumergiéndose pronto, pero ya todos le habían visto.

—Ese monstruo es más temible que el choque con otro islote. ¡Que no nos han de dejar un momento tranquilo esos maldecidos!... Se diría que han jurado nuestra perdición, ó que están aliados con ese tunante de Pandaras.

—¡Aguardemos á que muestre las fauces y matémoslo!—sugirió el malayo.

—No; prefiero darle con el sable; la detonación podría vendernos.

—¿Continúas temiendo á Pandaras?

—Sí. Ese hombre debe de ser muy tenaz.

—Creo que tienes razón—observó Sheu-Kin.

—¿Todavía gritos?

—¡Y disparos!...

Con efecto, hacia el Sur y de la selva llegaban aullidos agudos y detonaciones como si se hubiera empeñado ruda lucha en algún islote ó en la orilla de la laguna. El estruendo duró un cuarto de hora en espantoso *crescendo*; luego los tiros se hicieron más raros, y los gritos perdiéronse á lo lejos.

—¡Condenado país!...—exclamó el chino.—Las aguas infestadas de cocodrilos, y los bosques de hombres cuyo único deseo parece ser el de exterminarse.

—¿Crees que se trate de un combate entre salvajes?

—No. ¿Y esos tiros? Más bien creo que Pandaras, por seguirnos á todo trance, haya sido atacado por los indígenas.

—Entonces, habría que suponer que no nos cree muertos.

—Así lo creo. Habrá supuesto que conseguimos salvarnos.

—Tenemos, pues, la probabilidad de encontrarlo.

—Quizá, fijándose en la dirección de la corriente, se apresuró á aguardarnos, corriéndose con sus hombres á la orilla Sur de la laguna.

—¿Qué piensas hacer, entonces?... ¿No es posible desviarnos...?

—Carecemos de remos, Than-Kiú. Todo lo que podemos hacer es dejarnos llevar.

—¡Qué hombre más vengativo ese Pandaras!— exclamó Sheu-Kin.

—No sería malayo si no fuese tenaz en su odio. ¿Y el cocodrilo que nos seguía, Pram-Li?...

—Ha desaparecido; tal vez se asustó por los gritos y los disparos... ¡Ah!

—¿Qué es eso?... ¿Vuelve?...

—No; es que comienzo á ver una línea negra, que calculo es la margen de una selva.

—Es verdad—corroboró Sheu-Kin.—Veo la orilla del pantano.

—Pronto lo sabremos, porque va á amanecer.

Las aves acuáticas comenzaban á despertarse, apareciendo en grandes bandadas para principiar su pesca. Las estrellas habían palidecido mucho y una claridad nebulosa se extendía por el cielo. Hong, que no separaba los ojos del punto obscuro, que cada vez se destacaba más en el horizonte, se convenció muy pronto de que sus amigos no se habían engañado. Veíase una costa algo baja, interrumpida por grupos de árboles, y, habiendo aumentado la rapidez de la corriente, podían llegar en un par de horas.

A las cinco, el sol surgió bruscamente, iluminando de una vez toda la laguna. Innumerables volátiles aparecieron por todas partes. Hong y sus compañeros pusieron en pie para abarcar mayor horizonte. No se veía embarcación alguna; pero la costa estaba allí, á poca distancia.

—Parece que los piratas han desaparecido—dijo el jefe del *Lirio de Agua* respirando.—¿Ves algo tú, malayo, que tienes mejor vista que nosotros?

—Absolutamente nada.

—Examina bien la costa.

—Sólo veo árboles.

—Dentro de una hora estaremos en tierra—observó Sheu-Kin.—La corriente aumenta en rapidez por momentos.

—¡Si tendrá la laguna alguna salida hacia la costa!... dijo Than-Kiú.

—¿Á algún río ó algún canal? Puede ser... ¡Oh! Chocamos?

La balsa había chocado con algo; giró dos veces

sobre sí misma y se detuvo. Pram-Li observó que el agua no tenía más que veinte centímetros de profundidad.

—Aquí acabó nuestra navegación. Hay que abandonar la balsa y seguir á la costa con agua á la rodilla.

—¿No se tratará de algún banco de arena?—exclamó Hong.

—No, no—afirmó el malayo, que se había puesto en pie;—veo por todas partes plantas acuáticas, lo que indica que este fondo se extiende hasta la orilla.

—Cargad con las armas y las municiones, y yo transportaré á Than-Kiú.

—Puedo ir yo por mi pie, Hong.

—No; soy fuerte, y pesas como una pluma para mí—insistió el chino.—No me cansaré. ¡Ven!

La cogió en sus brazos, y con el pie en el agua tanteó el fondo.

Abandonaron la balsa, que había encallado, y se pusieron á vadear aquel trozo de dos ó tres millas que les separaba de la costa.

La travesía de aquel bajo fondo realizóse con facilidad, y una hora después los fugitivos reposaban tranquilamente bajo la sombra de los primeros árboles de la selva.

El primer cuidado de Hong fué el de poner á secar las municiones, para poder hacer uso de ellas cuando llegara la ocasión. Sheu-Kin y Pram-Li internáronse en el bosque, á guisa de exploradores y para coger fruta, pues no habían comido desde el día anterior y habían perdido todas sus provisiones á causa de la inundación.

Al principio sólo vieron algunas especies de palmeras; después de un rato lograron descubrir un *pombo*, enorme planta que produce naranjas grandes como la cabeza de un niño y á las que los malayos llaman *buá kdarigsa*; y poco más allá un palmito-col que produce una legumbre colosal de tallo de cerca de un metro y de recio como el muslo de un hombre, que contiene una pulpa blanca algo dulce y de sabor parecido al de las almendras.

Los dos fieles compañeros de Than-Kiú, recogidas sus provisiones, volvían hacia la orilla de la laguna, cuando, al pasar cerca de un macizo de bananas silvestres, hallaron en el suelo varias lanzas rotas y *bolos* y *kris* arrojados por inservibles.

—Aquí ha habido lucha—dijo el malayo parándose.

—Y reciente—corroboró Sheu-Kin, que estaba examinando el terreno.—Veo sangre en la hierba y en las hojas.

—¿Será el que hemos oído esta madrugada? Los tiros y los gritos llegaban de esta parte.

—Veamos: si hay sangre, habrá también algún cadáver.

Apartaron las gigantescas hojas de los bananos y penetraron entre los árboles, deteniéndose á los pocos pasos. De sus gargantas surgieron dos gritos de horror simultáneos. Ante ellos, en una especie de plazoleta, había quince ó veinte cadáveres confusamente amontonados, y todos sin cabeza. Casi todos estaban cubiertos de espantosas heridas, causadas, al parecer, por *bolos* y *kampilangs*, pero sin tener casi manchas de sangre.

Alrededor de aquellos miseros cadáveres se veían armas quebradas: algunos fusiles despedazados, lanzas despuntadas; cartuchos, trozos de tela, césped y hojas pisoteadas y manchadas, y algo más lejos dos cuerpos más, con cabeza. Pertenecían á hombres de pequeña estatura y cutis más obscuro que el de los otros.

—Aquí ha habido una verdadera degollina—exclamó Sheu-Kin palideciendo.—¿Quiénes serán estos desgraciados?

—¿Quiénes?—repitió el malayo, que había levantado y examinado algunos.—¿Quieres saberlo? Pues éstos eran de los piratas de Pandaras.

—¿De Pandaras?

—Sí; he conocido uno, el que llevaba siempre á la cintura una faja de seda azul. Era el timonel del *parao*. Estoy seguro de no equivocarme. ¡Toma!... Y aquel otro que está más allá, con la rodilla encogida sobre el vientre y que conserva aún la cartuchera, lo he visto también en el *parao*. Era uno de los malayos que formaban la guardia de honor del pirata.

—¿Y á Pandaras no lo ves?

—Le busco, pero no lo encuentro.

—¿Se habrá librado de la degollina?

—Lo supongo.

—Entonces, puede que se halle todavía en estas inmediaciones.

—Es lo más probable, y creo que haremos bien en largarnos de aquí.

—¿Quiénes pueden ser los asaltantes?

—Pues los igorotes. Esos dos negros que conservan sus cabezas son igorotes, nombre de los salvajes que habitan la parte interior de esta isla.

—¿Ésos son los feroces cazadores de cabezas?

—Sí, amigo; hay algunas de estas tribus que coleccionan cráneos.

—Entonces conviene huir, para que no nos decapiten también á nosotros.

—Así me parece. Opino que haremos bien alejándonos lo más pronto posible de esta maldita laguna. Apresurémonos á reunirnos con nuestros compañeros para huir.

Salieron del bosquecillo vivamente alarmados, temiendo ya que durante su ausencia los salvajes hubieran atacado y decapitado también á sus compañeros; y después de asegurarse de que no eran seguidos, dirigieron muy ligeros hacia la laguna. Un suspiro de satisfacción salió del pecho de cada uno al ver á Hong y Than-Kiú tranquilamente tendidos bajo la sombra de los árboles y charlando animados y descuidados. Apenas llegaron, el malayo se apresuró á darles cuenta de su descubrimiento, demostrándoles el gran peligro que corrían si permanecían en aquellos sitios.

—¡Condenado país!—exclamó Hong.—¡Apenas acabamos de salvarnos de ser despedazados por los cocodrilos, y ya corremos el riesgo de que nos decapiten!... Pero ¿es que no se va á poder descansar un momento en esta isla?... ¡Gracias á que tenemos buenas piernas y podremos poner pies en polvorosa antes de que esos feroces salvajes nos sorprendan!

—¿Y Pandaras ha conseguido huir?—preguntó Than-Kiú.

—Comienzo á creer que ese bergante, causa de todos nuestros males, no nos dará más que hacer. Si ha perdido sus hombres, se habrá apresurado á correr hasta llegar al Bacat. ¡Ea!... Comamos un bocado y marchemos en busca de algún refugio que nos permita dormir tranquilos veinticuatro horas de un tirón.

—Y comer un buen asado. Un pedazo de oso ó de babirusa no vendría mal.

—No nos faltará salvajina, Pram-Li—repuso Hong.

Devoraron su parca colación; dividiéronse las municiones secadas al sol, y, orientándose por medio de la brújula y del mapa que llevaba Hong encerrados en una cajita de hojadelata absolutamente impermeable, se pusieron en camino costearo la inmensa laguna, que parecía convertida en pantano.

Al principio iban por entre las cañas, no atreviéndose á internarse en la selva; mas á los dos ó tres

kilómetros de marcha, al observar que los árboles crecían muy juntos y con grandes hojas, ofreciendo escondites casi inaccesibles, se atrevieron á cambiar de ruta penetrando en un gigantesco bosque, que parecía no haber sido hollado todavía por planta humana. Quizá, en efecto, ni siquiera los indígenas lo habían atravesado, pues no existía en él ni rastro del más pequeño sendero.

En aquel caos vegetal, entre aquellas inmensas redes de cálamos y lianas de toda especie, crecían uno junto á otro y como mezclando sus raíces los más espléndidos y magníficos árboles de la flora malaya. Acá, tropel de plantas de pimienta, ora serpenteando por el suelo, ya pendientes como festones de los troncos más añosos y gruesos; allá carga de racimos de hermoso color coralino ó pardo obscuro, según su grado de madurez; en un lado, entre un montón de monstruosas raíces, alzábanse los macizos troncos de los enormés alcanforeros que no miden menos de cinco metros de circunferencia; y más lejos, entre bananos silvestres y beteles de gigantescas hojas, alzábanse grupos de sagúes que contienen la preciosa fécula con la cual se hace un pan excelente, y grupos de una clase especial de pinos de cuyas cortezas, haciendo en ellas una incisión, destila una substancia olorosa muy buscada y que se denomina benjuí; y en otras partes grandes palmeras y succulentos palmitos, sándalos, ébanos, tecas, mangos, cuya exquisita fruta se deshace en la boca, y número infinito de naranjos, de frutos más ó menos jugosos y deliciosos, pero impregnados del agradable sabor de la trementina.

Entre esa hojarasca de tamaño enorme en general y por las lianas, soberbias aves gorjeaban ruidosamente y en plena seguridad. Veíanse faisanes de pluma dorada, grandes *augang* ó pájaros rinoceroni-

tos, así llamados por crecerles en el pico una excrecencia córnea que les da extraño aspecto; palomas coronadas, vestidas de azul y oro; magníficos *epimachus* de aterciopeladas plumas de reflejos bronceados; *vecinnurus* reales, del tamaño de tordos y hermosos sobre toda ponderación, y otras cien clases de preciosas aves que, al volar, presentaban todos los colores del iris y todos los matices imaginables.

Hong, Than-Kiú, Sheu-Kin, y hasta el mismo Pram-Li, aunque acostumbrado á recorrer las selvas de la Malasia, parábanse á cada instante para admirar tan soberbio espectáculo formado por aquellos magníficos árboles y sus graciosos y espléndidos habitantes, olvidándose del peligro que les amenazaba y que les había obligado á abandonar precipitadamente la orilla de la laguna.

De pronto vibró en los aires un grito extraño, que no podía saberse si había sido lanzado por algún ser humano ó por cualquier animal desconocido, y al oírle substrañéronse al encanto de su contemplación.

Hong, que, como de costumbre, abría la marcha, se detuvo, preparando apresuradamente su carabina y echando una mirada inquieta en torno suyo.

—¿Una señal?—preguntó alarmada la joven.

—Lo ignoro—contestó el chino, que no parecía más tranquilo que ella.

—Nunca oí á ningún animal lanzar un grito semejante—observó el malayo.

—Entonces, es que alguien nos espía.

—Me lo temo, Hong.

—Pongámonos tras el tronco de este colosal alcanforero, y preparad las armas, prontos á hacer fuego en cuanto yo os lo mande.

La acción de esta obra continúa en la titulada *Los cazadores de cabezas*, que forma el tomo XXXIII de LA NOVELA DE AHORA.

ÍNDICE

	Páginas.
CAPÍTULO I.—El naufragio de la cañonera.....	5
II.—El jefe del <i>Lirio de Agua</i>	8
III.—La fuga.....	12
IV.—La caza de los fugitivos.....	15
V.—La captura de Than-Kiú.....	19
VI.—Un coronel generoso.....	22
VII.—Á bordo de la <i>tow-meng</i>	26
VIII.—La boca del Talaján.....	28
IX.—El casco de <i>La Concha</i>	32
X.—La traición del malayo.....	35
XI.—Los piratas del Talaján.....	38
XII.—El asalto al junco.....	42
XIII.—El jefe de los piratas del Butuán.....	46
XIV.—Astucia de Than-Kiú.....	49
XV.—Los osos malayos.....	53
XVI.—En el pantano.....	57
XVII.—Una defensa desesperada.....	60
XVIII.—Una noche terrible.....	63
XIX.—Una degollina en medio de la selva.....	69